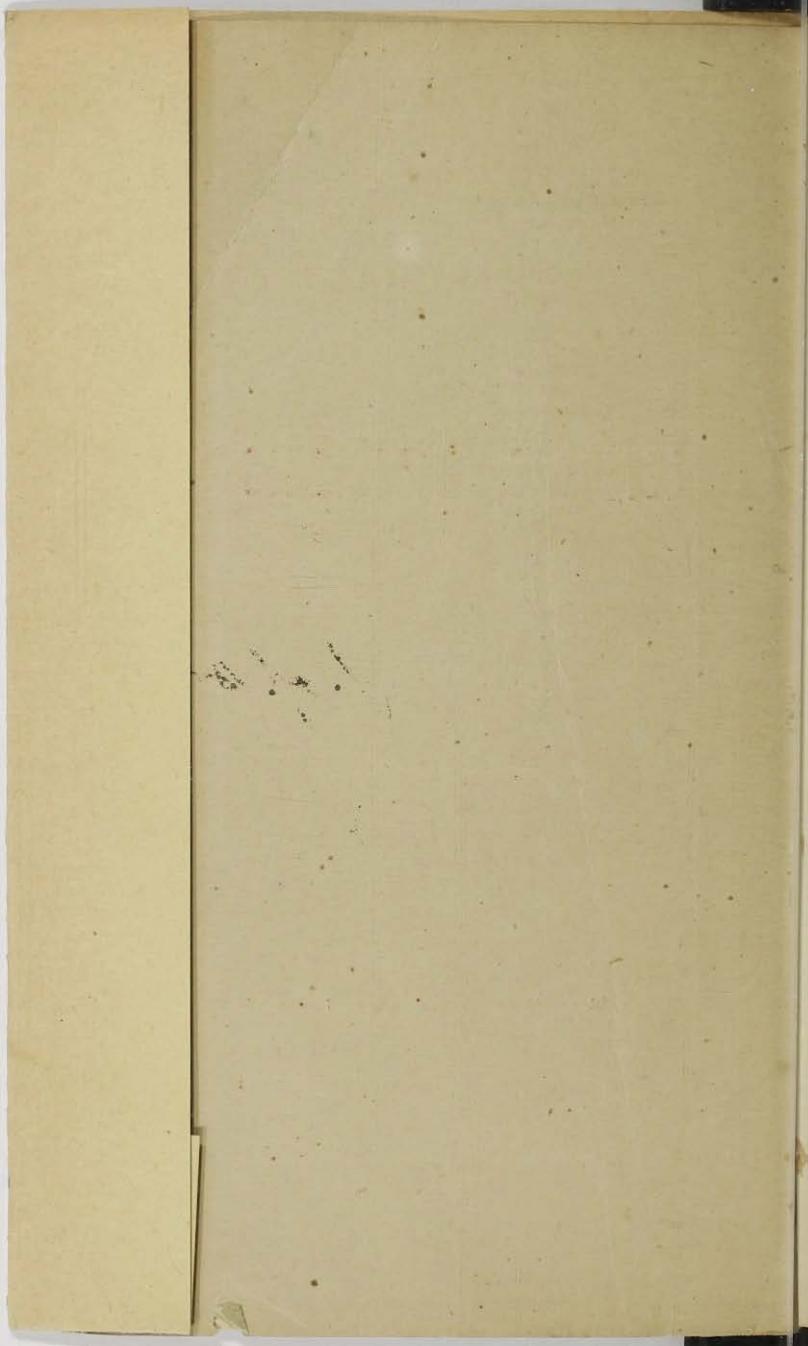


1
4
10
10
10





R. 14317

M. 14349

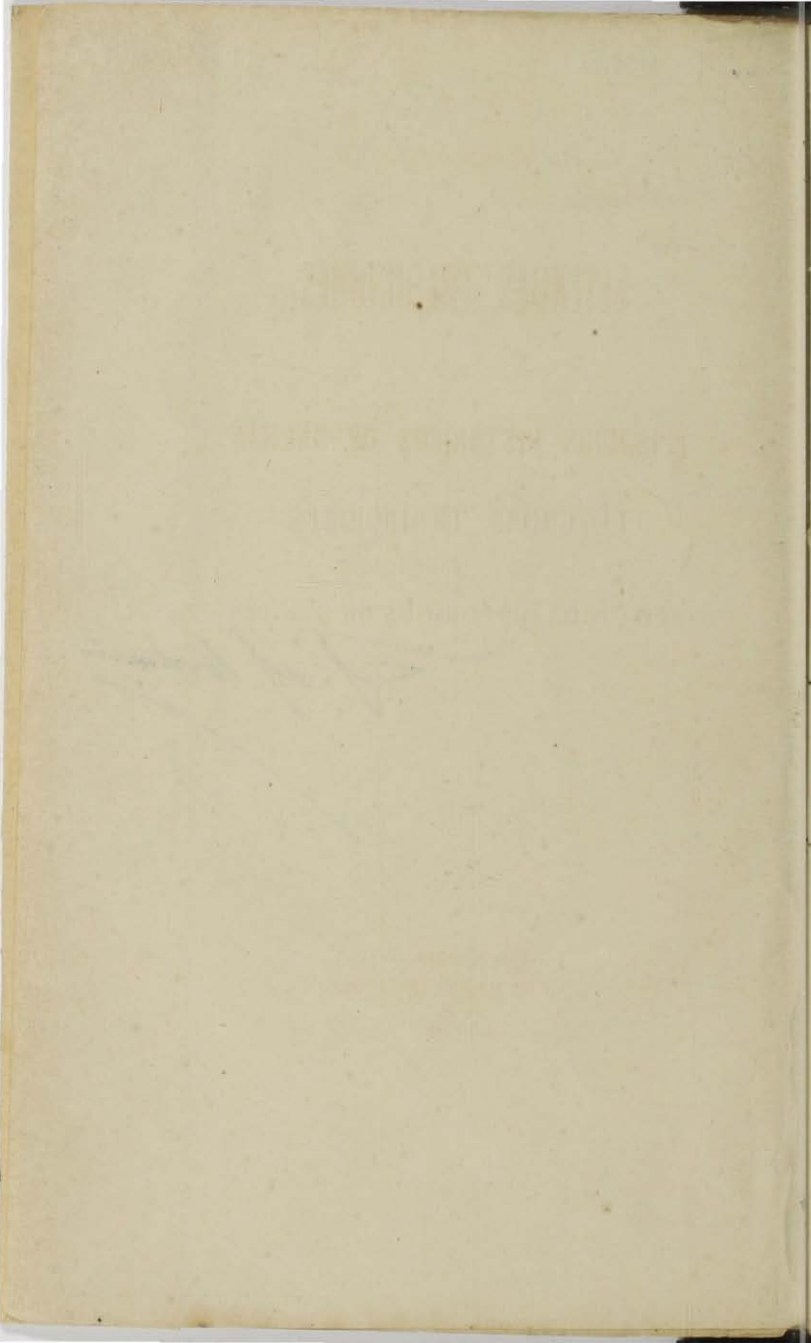
6/210

LEYENDAS, TRADICIONES

Y

EPISODIOS HISTÓRICOS DE GALICIA

J. a. Bordeu



R 2660

BIBLIOTECA GALLEGA

LEYENDAS, TRADICIONES

Y

EPISODIOS HISTÓRICOS DE GALICIA

POR

LUCIANO CID HERMIDA



LA CORUÑA

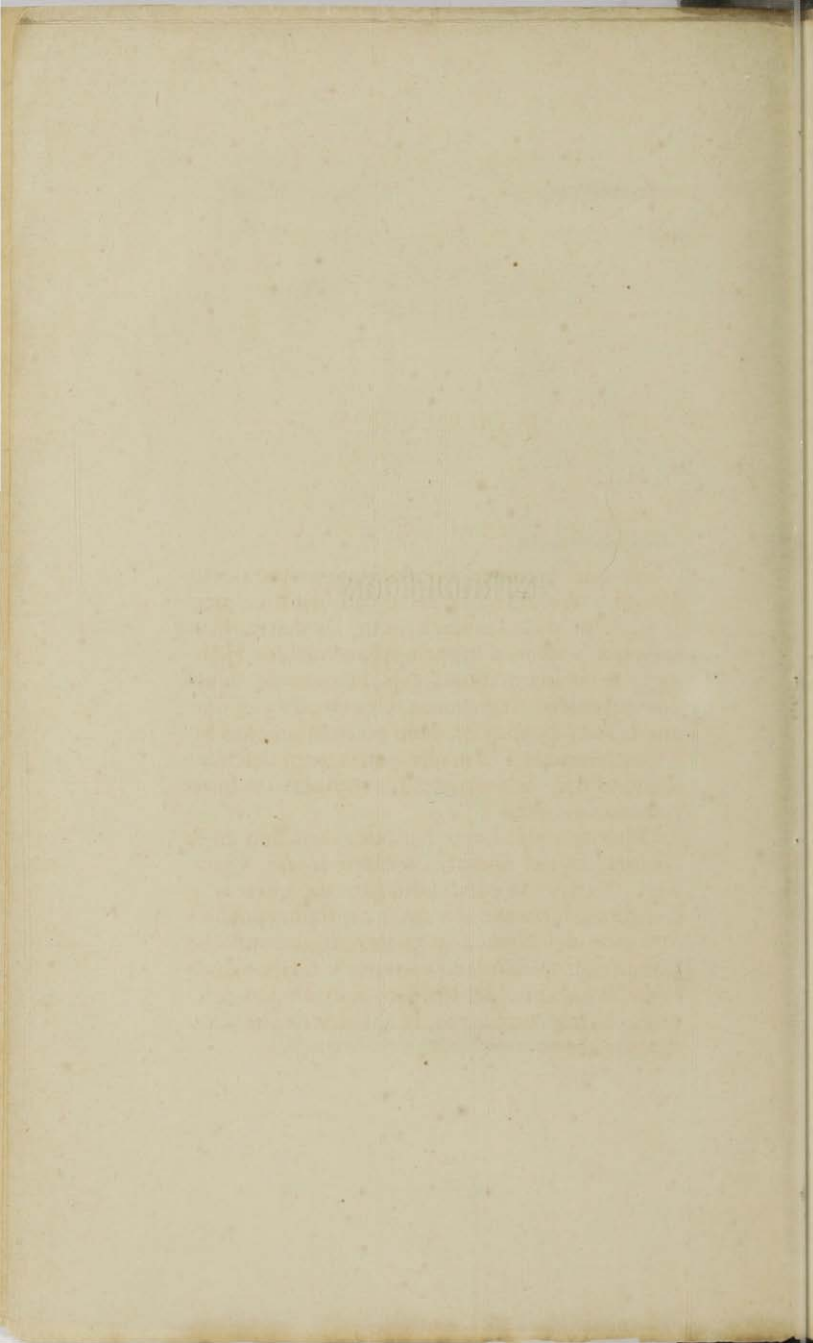
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

1891

Es propiedad.

Tipografía de la Casa de Misericordia.

INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

Sin que pretenda remontarme á épocas tan lejanas y oscuras, que la verdad histórica pierda su valor y desaparezca entre las densas brumas, que rodean á los primitivos pueblos lacustres y á las maravillosas expediciones de aquellos intrépidos Argonautas, bien puedo asegurar que la raza galáica ha dado constantemente hijos esclarecidos á la madre patria, para defender la integridad del territorio y rechazar las invasiones extranjeras.

Durante aquel largo período, conocido en la Historia con el nombre de *Edad Media*, y también durante la época anterior de guerras y combates, lucharon sin cesar contra los pueblos invasores del Norte, los cuales, atravesando las Galias cual desbordado torrente y trasponiendo las altas cumbres del Pirineo, se extendían, feroces y hambrientos, por la fértil y hermosa península ibérica.

Desde las primeras colonias griegas establecidas en las costas de Galicia, hasta la invasión de los suevos; desde la batalla del Guadalete, hasta la reconquista de Granada, los bravos y sufridos galáicos han derramado su sangre en los campos de batalla, guerreando contra cartagineses, romanos, suevos, godos, árabes y normandos, siendo por esta causa nuestra región la cuna de varones ilustres y de encopetadas y linajudas familias que, como las de Osuna, Trastamara, Grajal, Altamira, Olivares, Veraguas, Camarasa, Puñoenrostro y otras muchas, ostentan escudos de armas y pergaminos con los blasones de la nobleza más distinguida, que sus antepasados conquistaron con fuertes golpes de maza y recios botes de lanza.

He aquí porqué Galicia puede enumerar entre sus hijos, desde el valiente guerrillero que peleó entre las abruptas montañas de su país contra el feroz conquistador, hasta el egregio monarca que arrastró purpúreo manto y ciñó real corona; desde el poderoso magnate, señor de horca y cuchillo, que dió honra y gloria con sus proezas á la patria, hasta el sabio y virtuoso prelado que logró alcanzar la deslumbrante y pura aureola del martirio.

Al revisar las antiguas crónicas, encontraremos en sus páginas los nombres de varones ilustres, bravos caudillos, esclarecidos capitanes, prudentes y sabios monarcas, virtuosos prelados y esforzados guerrilleros, que figuran dignamente en la interminable relación de los

nobles hijos de esta tierra, tan brava como leal, tan sufrida como olvidada.

Y no se atribuya á un orgullo mal entendido este juicio que he formado sobre Galicia, ni á un excesivo amor propio el deseo que pueda tener de publicar mis pobres apuntes, sin novedad alguna, ni mérito literario para cuantos conocen la historia de mi país; porque esta pasión que siento acá en el interior de mi pecho, sólo puede y debe calificarse como el puro y legítimo amor que todos debemos profesar á la tierra que nos vió nacer, y á cuanto se relaciona con el esclarecimiento de timbres gloriosos y de nombres ilustres, que únicamente á Galicia se refieren.

Mi objeto, pues, se concreta tan sólo á popularizar aquellas proezas, aquellos actos heroicos, aquellas hazañas y gentilezas que más llamaron mi atención al leer las antiguas crónicas gallegas, y á demostrar, al propio tiempo, cuán erróneos son los juicios de algunos que, sin conocer á Galicia ni el carácter de sus habitantes, han intentado zaherirnos y rebajarnos ante los ojos del vulgo, ignorando, sin duda, el importante papel que los hijos de esta región han desempeñado en hechos de gran trascendencia para España.

Esta es la única causa porque me he decidido á escribir la pobre colección de leyendas, tradiciones y episodios históricos, que ofrezco á mis lectores, con el natural temor de quien reconoce su insuficiencia; pero que confía en la

protección que han de dispensarle con el brillo de su nombre los eminentes escritores y poetas gallegos que le han precedido en la patriótica empresa del renacimiento literario de Galicia, y que abriga la esperanza de que todos juzgarán este trabajo con la benevolencia que es compañera inseparable del verdadero talento.

Orense 1889.

LUCIANO CLD.

FERNÁN IOANES

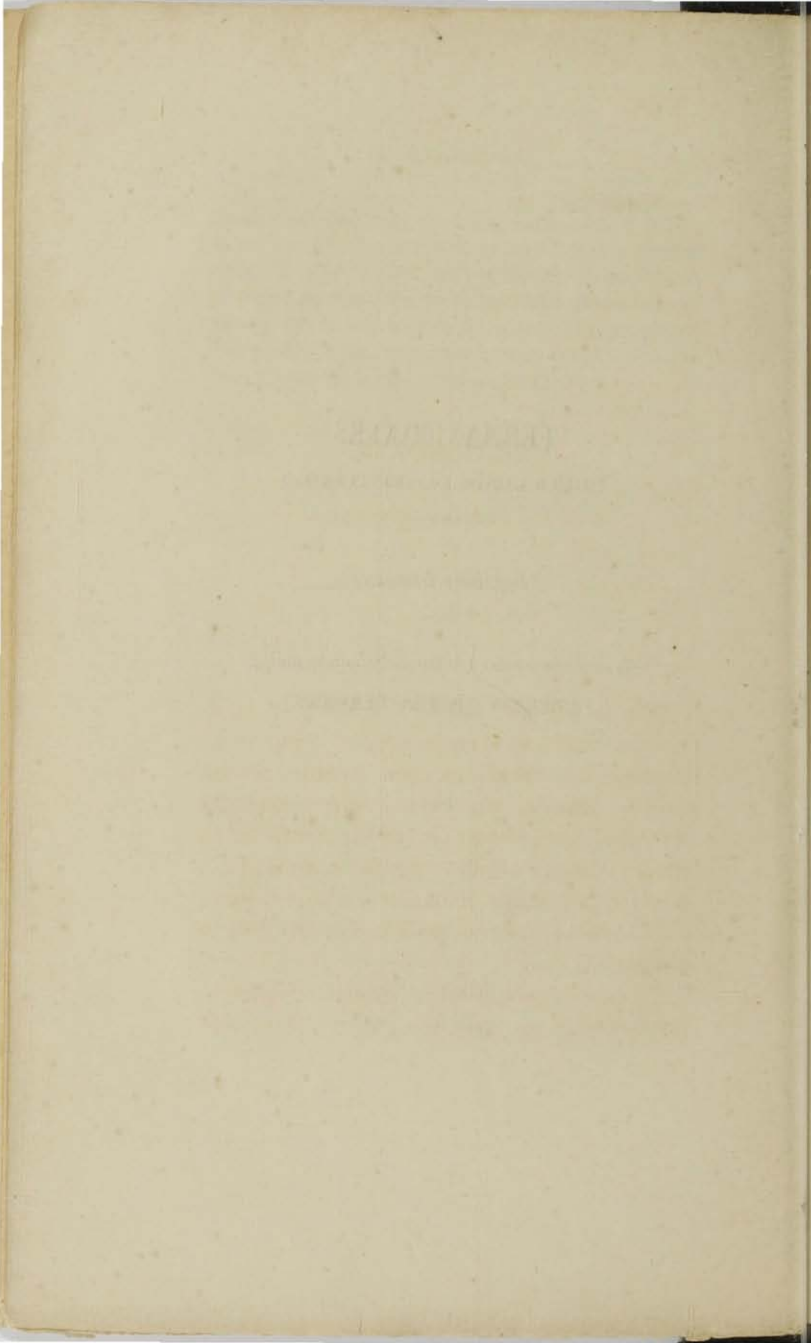
PRIMER CONDE DE MONTERROSO



(Episodio histórico)

Al constante amigo y laureado poeta gallego

ALBERTO GARCÍA FERREIRO



FERNÁN IOANES

PRIMER CONDE DE MONTERROSO

I

Reinaba Alfonso VII en Castilla y en León, monarca belicoso y emprendedor, como lo demuestran sus excursiones por Aragón, Sevilla, Jerez y Almería, plaza que logró conquistar, obteniendo asimismo, por la muerte de su padrastro Alfonso I, todo el territorio situado á la derecha del Ebro, reinando entonces Ramiro II el Monje, que no dejó herederos directos á la corona.

En estas guerreras expediciones le siguieron varios nobles gallegos con sus vasallos y mes-

nadas, figurando entre los principales infanzones D. Suero Bermúdez de Montaus, primer Marqués de este nombre é hijo del Conde de Lemos, D. Bernardo Ordóñez; D. Gutiérre de Castro, de la misma noble familia de Lemos; D. Pedro Gómez Barroso, uno de los ascendientes del Conde de Ambía y el Conde Fernán Ioanes, señor de la Limia y del Castillo de Allariz.

Al escribir el episodio histórico que se refiere al *último señor de Milmanda*, hago una breve reseña de su ascendencia, que proviene de los Fernán Ioanes, Condes de Allariz, por el cuarto hijo de D. Fernán, que se llamaba Sanchó, siendo muchos los señoríos, villas y lugares que los Reyes de Castilla donaron á esta familia, como acaso refiera al tratar de los nobles señores de Villamarín.

Aun cuando Alfonso VII había ajustado paces con su tía D.^a Teresa de Portugal, que pretendiera emancipar este feudo de la tutela y vassallaje de la corona de Castilla, el espíritu nacional portugués, alentado por el joven Alfonso, heredero de tan vasto como rico señorío, había realizado sus aspiraciones declarando independiente su territorio, y constituyendo un nuevo estado, cuyo cetro empuñó con mano fuerte

Alfonso I de Portugal, reinando desde 1139 hasta 1185.

No alcanzaron sin grandes dificultades los portugueses el logro de sus deseos, viéndose obligados á sostener con las armas en la mano y en diferentes encuentros sus pretensiones; pero las continuas guerras que Alfonso VII vino sosteniendo contra los árabes primero, y más tarde contra los Almohades, llamados á España por los Almoravides, impidieron á éste poner coto á la rebelión portuguesa, viéndose precisado á reconocer la independendia de Portugal y la soberanía de Alfonso I.

II

Alentado el joven y nuevo monarca lusitano con sus triunfos, intentó penetrar en Galicia y extender las fronteras de su reino más acá de la orilla derecha del Miño, no habiendo podido lograr su objeto en vista de la enérgica resistencia de los gallegos, que, unidos bajo la bandera de Fernán Ioanes, Capitán general á la sazón de Andalucía y de la frontera portuguesa, salieron al encuentro de Alfonso I, encontrándose los

dos ejércitos á las orillas del río Tea, en el valle de Salvatierra.

Pernoctaron los portugueses en una pequeña aldea, conocida con el singular nombre de *Pedrafurada*, y brillaban las fogatas del campamento de Fernán Ioanes sobre una de las colinas que dominan el pueblecillo y valle de Oliveira, siendo por esta razón más ventajosas las posiciones de los gallegos que, desde la eminencia en que se hallaban situados, podían vigilar todos los movimientos del enemigo, y esperar sin impacientarse sus ataques, desde aquella altura, la cual protegía, en caso adverso, su retirada sobre Puente-Aréas.

Amaneció el siguiente día, y los engreídos lusitanos ordenaron sus huestes, superiores en número á los gallegos, y avanzaron decididamente sobre Oliveira, á cuyo pie esperaban en primera fila los bravos montañeses de San Mamed y de Monterroso con sus terribles guadañas y afilados chuzos, destacándose en segundo término, cubierto por rica armadura, y sobre negro caballo árabe, el noble señor de Allariz, Fernán Ioanes, rodeado de sus deudos y vasallos, y formando pequeño pero lucido escuadrón de valientes caballeros.

Hallábase el resto de la colina cubierto por

los honderos y ballesteros, y colocada á los flancos la caballería, con órdenes expresas de no avanzar hasta que se diese la señal convenida.

No titubeó Alfonso I en atacar con sus tropas; arrastrado por su fogoso carácter, propio de la juventud, y, confiado en la superioridad numérica de sus soldados, ordenó que avanzasen á la carrera cien ginetes sobre las compactas filas de los montañeses, que, al ver venir encima aquella avalancha de hierro, apretaron los puños con coraje, hincaron una rodilla en tierra, afianzaron sus largos chuzos, y esperaron serenos la terrible acometida.

Encabritáronse los caballos, al sentirse heridos, y produjeron gran confusión entre los ginetes lusitanos, y cuando éstos intentaron saltar en el centro de aquella masa de hombres, que con tanta bravura sabía resistir los ataques del enemigo, viéronse avanzar por encima de las cabezas de los chuceros aquellas terribles hoces y guadañas cumpliendo á conciencia con su deber, y segando, cual si fuesen maduras espigas, manos y corvejones, caballos y ginetes, que caían unos sobre otros, produciendo espantosa confusión.

Al ver en tan grave aprieto á sus mejores caballeros, acudió el mismo Rey de Portugal en

su auxilio con todas las fuerzas lusitanas; pero por muy rápida que hubiera sido la ejecución del noble y generoso pensamiento del joven monarca, ya la caballería de Fernán Ioanes se había extendido por ambos lados, flanqueando las posiciones del enemigo, y el mismo señor de Allariz se encontraba cubriendo con sus ginetes á los bravos montañeses de Monterroso y San Mamed.

No desperdiciaron la ocasión los honderos y ballesteros, causando numerosas bajas en las filas contrarias, al verificar los portugueses su movimiento de avance, defendiendo aquéllos heroicamente sus posiciones hasta que, generalizada al fin la batalla como consecuencia del encuentro habido entre los escuadrones capitaneados por el joven monarca y el mismo Fernán Ioanes, recibieron la orden de avanzar en unión de los bravos chuceros y guadañeros, á quienes se debía indudablemente la primera ventaja alcanzada sobre el enemigo, y que se abrieron ancho y sangriento camino en las filas del ejército portugués, causándole grandes destrozos con sus mortíferas y terribles armas.

Peleóse ya desde entonces cuerpo á cuerpo, viéndose caer acompasadamente la pesada maza de armas del noble ascendiente de los Villa-

marines sobre los guerreros portugueses, aplastando cabezas, magullando brazos, y sirviendo de guía á sus soldados, que degollaban á los del Rey Alfonso I, completamente aterrorizados y sin orden ni concierto, al ver la horrible matanza de los suyos.

No desmintió su valor el monarca lusitano en esta desastrosa jornada; pero convencido de su derrota, y rodeado de sus fieles y bravos servidores, procuró reunir su destrozado ejército, emprendiendo la retirada sobre el río Tea, en donde fué alcanzado por Fernán Ioanes y cincuenta de sus mejores caballeros, cayendo el Rey de Portugal herido por un bote de lanza que le asestó uno de los deudos del Conde de Allariz.

Este fué el desastroso fin de la descabellada intentona del monarca portugués; siendo premiado por Alfonso VII el valeroso y leal señor D. Fernán Ioanes con los ricos señoríos de Viña y de Barbantes.*

III

Corría el año de 1147 y el Rey de Castilla entraba por tierra de moros al frente de pode-

roso ejército, figurando entre sus más aguerridos capitanes el poderoso Conde de Allariz Fernán Ioanes, Capitán general de Andalucía, señor de la Limia, de Viña y Barbantes, y Jefe, en esta expedición, de todos los escuadrones y mesnadas de Galicia.

Hallábase aún la importante plaza de Almería en poder de los moros, sirviendo su puerto de guarida á las carabelas de los piratas berberiscos, que en aquella época eran dueños del Mediterráneo, y que con sus robos y rapiñas habían causado la ruina del comercio entre las naciones cristianas.

Divididos los árabes por las civiles discordias que entre ellos se agitaban, no pudieron atender á la defensa de sus villas y ciudades, llegando el victorioso Alfonso VII hasta los mismos muros de Almería, y estableciendo allí sus reales con intención decidida de tomar la plaza por asalto, si los sitiados no se rendían y entregaban las llaves de la ciudad al Rey de Castilla.

Con la esperanza de recibir pronto socorros, y libres sus comunicaciones por el puerto, resistieron los moros y se prolongó el asedio, teniendo lugar varios encuentros y escaramuzas entre sitiados y sitiadores, en los que tomó parte el bravo Fernán Ioanes al frente de sus caba-

llos de la Limia y Allariz hasta que, señalado el día en que se había de dar el asalto, dispuestos los arqueros, bien ordenados los peones con escalas y faginas para escalar muros y cegar fosos, y preparado el ataque por tres distintos puntos á la vez, eligió el más peligroso el Conde de Allariz y arremetió con denuedo al frente de sus escuadrones gallegos y de sus mesnadas, sin cejar ni retroceder ante la espesa lluvia de proyectiles y armas arrojadas que los de Almería disparaban sobre los bravos guerreros que seguían á Fernán Ioanes, con verdadera y completa confianza en su buena estrella y acreditado valor.

Arrimadas al muro las escalas, precipitáronse al asalto los terribles montañeses de Monterroso, ágiles como el ciervo que recorre las agrestes espesuras de su patria; fuertes y con músculos de acero, como el oso que habita en las grutas de sus montañas; callados y sufridos, sóbrios é incansables y que, al ver derrumbarse desde lo alto de las murallas enormes pedruscos que les aplastan y destrozan, no retrocedieron un solo paso, no cesaron en su empeño, y alentados por la voz del caudillo que al frente de ellos peleaba, consiguieron al fin sentar su pie sobre el muro y enarbolar con orgu-

llo, el primero entre todos, el glorioso estandarte de Fernán Ioanes con sus cinco medias lunas y su estrella de oro en medio.

Importante y de gran trascendencia fué la victoria obtenida en esta memorable jornada, haciéndose dueño Alfonso VII de la plaza y puerto de Almería, arrojando de allí á los piratas que tantas depredaciones venían causando al comercio, y asegurando la libre navegación entre los pueblos del Mediterráneo.

Reconoció el Rey la gran parte que del triunfo obtenido correspondía a su Capitán Fernán Ioanes, y le otorgó en Real cédula expedida en aquella plaza, el título de *Conde de Monterroso*, primero de este nombre, y del que descienden las nobles familias de los Villamarines, Yáñez de Parada, Ojeas y Pelayos.

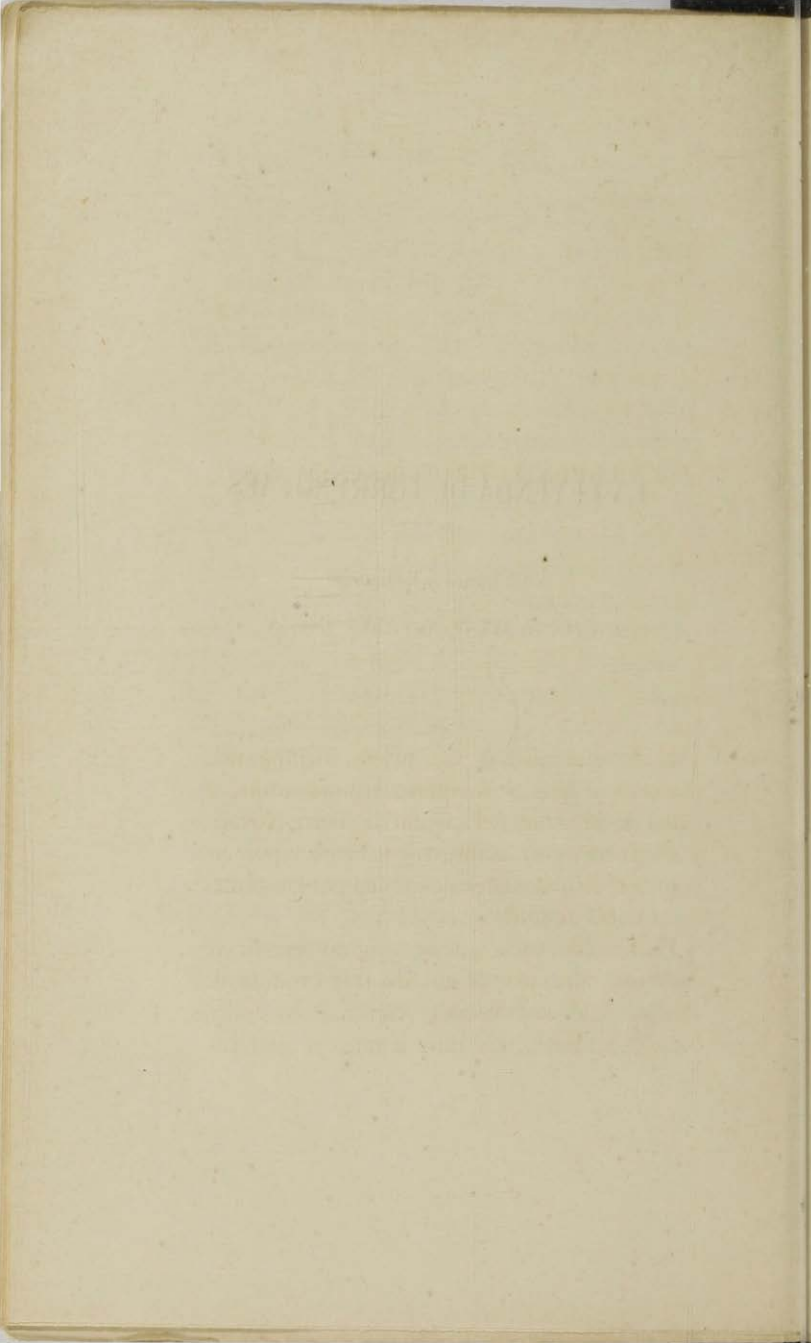
Respetado y tenido en gran aprecio por los más poderosos infanzones, murió en Galicia el Conde de Monterroso y de Allariz, dejando á sus descendientes ricos y extensos dominios, entre otros, los de la Plana, Guepillás (Golpellás), Pedron (Padrenda), Paderne, Tamallancos, Boimorto, Loureiro, Cabeo, Villamarin, Barbantes, Viña, Allariz, Monterroso, San Payo de Abeleda, Milmanda y Baños de Molgas.

LA LEYENDA DE TORRENOVAES



À mi franco y leal amigo

DON WALDO ÁLVAREZ INSUA



LA LEYENDA DE TORRENOVAES

I

Nada más agreste, y al propio tiempo más pintoresco, que el grandioso panorama que se extiende á los pies del castillo de Torre-Novaes, y no *Torrenovais*, como vulgarmente y por corrupción de lenguaje se denomina por las gentes de la tierra de Quiroga.

Pocos años hace que se originó una grave cuestión entre los vecinos de la parroquia de Piñeira y los de Sotordey, con motivo de haberse descubierto una antigua mina ó subterrá-

neo, en la línea divisoria de los dos pueblos, disputándose con empeño el derecho de rebuscar en las obscuras profundidades de aquel ignorado camino un soñado tesoro, que la calenturienta imaginación de nuestros campesinos suponía encerrado allí por los moros, fantásticos autores de mil maravillas, encantamientos y hechizos, según las consejas que corren de boca en boca entre las crédulas y sencillas gentes de aldea.

No faltaron algunos más valerosos, ó avaros que, provistos de linternas y herramientas, penetrasen, durante la obscura y callada noche, en el medroso subterráneo, avanzando por su interior largo trecho y siguiendo una rápida y húmeda pendiente, sin que encontrasen más tesoros ni princesas encantadas que algún gigantesco murciélago, cuyas membranosas alas pasaban rozando los pálidos rostros de los exploradores; y así hubieran continuado, si las filtraciones que atravesaban la parte superior de la mina, y un ruido sordo que se dejaba sentir sobre sus cabezas, no les hubiera hecho comprender que se hallaban bajo el profundo lecho del turbulento Sil.

Esta idea, y la inutilidad de sus pesquisas, fueron causas bastantes para hacerles desistir de

su propósito, retrocediendo, desde luego, sin atreverse á proseguir la peligrosa aventura.

Contáronme el suceso, cuando me hallaba visitando en cierta ocasión aquel pintoresco país, y excitada mi curiosidad, me propuse averiguar lo que hubiera de cierto sobre las diferentes versiones que se daban respecto á la existencia y el origen del mencionado subterráneo, y, por mi fortuna, encontré quien me refiriese la *Leyenda de Torrenovais*, íntimamente ligada con la misteriosa mina, origen de las cuestiones surgidas entre los crédulos vecinos de Piñeira y Sotordey.

Busqué después algunos antecedentes históricos, referentes á los señores del antiguo castillo, cuyas torres aun se elevan medio derruidas sobre la derecha orilla del Sil, habiendo llamado también mi atención una pequeña atalaya situada en la opuesta margen del río Quiroga, desde donde se domina el fértil valle y el lindo pueblecillo de Novais con sus rústicas viviendas y sus ricos viñedos.

Los antecedentes históricos y la leyenda que me contaron, parecieronme de algún interés, y los he conservado entre mis apuntes, viniendo á formar hoy parte de esta modesta colección.

II

Reinaba en Asturias y León, allá por el año 931, Ramiro II, por voluntaria renuncia de su hermano Alfonso IV, que se retirara á disfrutar de la tranquilidad del claustro en el monasterio de Sahagun.

Apaciguadas las contiendas interiores de sus estados con la prisión de los hijos de don Fruela y la de su hermano Alfonso, á quien mandó sacar los ojos para que no volviera á intentar apoderarse de la corona que había re renunciado, emprendió Ramiro con gran brío la reconquista, llegando en el siguiente año de 932 hasta las puertas de *Magerit*, plaza y fortaleza que conquistó á los árabes, sin preveer que, pasados muchos años, había de ser la brillante y populosa capital de la nación española, cambiando con el trascurso del tiempo su nombre árabe de *Magerit* por el de Madrid.

Siguiéronle en esta expedición varios nobles gallegos, distinguiéndose por su valor un hidalgo de la tierra de Quiroga, llamado Pai Pérez, á quien el Rey premió concediéndole un peque-

ño señorío sobre la margen derecha del Sil, y muy cerca de *Montefurado*, ó sea en la comarca en donde aun existen las ruinosas torres del castillo de Torrenovais.

Aliado más tarde con el Conde de Castilla, no duda Ramiro II en medir sus armas con el mismo Califa Abderrhaman III, presentándole batalla el año 939 en Simancas, y alcanzando una completa victoria sobre las numerosas huestes del temido y, hasta entonces, afortunado vencedor Califa cordobés.

No fué pequeña la parte de rico botín que correspondió al valiente y fiel hidalgo Pai Pérez en esta memorable jornada, pues grandes y numerosas eran las riquezas halladas en las tiendas de los soberbios caudillos moros y del magnífico Califa de Córdoba, obteniendo más tarde la venia del Rey para retirarse á su país y construir un castillo señorial en las tierras que anteriormente le fueran donadas por el mismo Ramiro II.

III

Cuatro años más tarde, se presentó en las tierras de Quiroga un hombre de armas leonés,

en representación de Ordoño III, hijo y sucesor de Ramiro II, quien, aliado con su suegro el Conde de Castilla, Fernán González, convocaba á todos sus ricos-homes y vasallos para continuar la reconquista emprendida por sus antecesores contra los árabes.

Desconocedor del país el hidalgo, preguntó á las gentes del campo por la morada de varios señores, citando entre ellos á Pai Pérez, siendo guiado en el acto por un campesino hasta la falda de la colina sobre que se hallaba situado el castillo. Indicóle el plebeyo el camino que le había de conducir á la cumbre y pronunció, al despedirse, estas palabras: «*Aquela torre nova é,*» palabras á las que contestó el hidalgo: «*Torre-nova-é, en verdade,*» de donde tomó la fortaleza el nombre de Torrenovaé, ó Torrenovaes, que desde entonces se dió al castillo, según me refieren los que se dan por conocedores de las antigüedades del país.

No tan afortunado en esta campaña, como en las anteriores, el señor de Torrenovaes murió peleando al frente de su mesnada contra los infieles, sin dejar directa descendencia que pudiera heredar los bienes y el castillo que debía á la munificencia de Ramiro II.

Nombró Ordoño III Alcaide de Torrenovaes

á uno de sus deudos, y nada aparece en las crónicas de aquellos tiempos, que á este señorío se refiera, hasta los reinados de Alfonso VI, de Castilla y Sancho I y Alonso II de Portugal.

Sirviera con lealtad y bravura el rico-home Payo Correa, primero de este apellido, al Rey Alfonso VI en el cerco y conquista de Toledo el año 1085, por lo que obtuvo varias mercedes, educándose en la Corte su nieto Pedro Correa, que primeramente fué paje de la Infanta doña Urraca, y que sirvió más tarde al Rey Alfonso VII en las excursiones que este monarca realizó por Andalucía, hasta la conquista de la plaza de Almería, haciéndole entonces el soberano donación del castillo de Torrenovaes, por cuya causa fué conocido con el nombre de Pedro de Novaes, según le citan los cronistas, apellidándole también el *Viejo*, por la larga vida que alcanzó hasta fines del reinado de Fernando II de León en 1158.

Pedro de Novaes, el Viejo, tuvo de su matrimonio con una rica-hembra de la familia gallega de los Martínez, á Martín Fernández de Novaes, que casó con doña Sancha Martínez de Riva de Visela, y tuvieron á Vasco Martínez de Pimentel, primero de este apellido, que sirvió á Alonso II de Portugal, y á cuyos estados pasa-

ra, huyendo de la venganza de Alfonso IX de León, por su manifiesta parcialidad en favor del Rey de Castilla, Fernando III, durante la menor edad de este monarca.

El carácter áspero y violento de Vasco Martínez de Pimentel fué causa de que provocase reñidas contiendas y continuas discordias con frailes y obispos de Portugal; y poderoso entonces como nunca el clero, lanzó sobre el señor de Torrenovaes, para deshacerse de tan pertinaz como turbulento enemigo, anatemas y excomuniones, de las que no fué bastante á librarle el amparo y la alta protección de Alonso II, por lo cual tuvo que refugiarse en Galicia y pedir protección á uno de sus deudos más cercanos, á quien había nombrado Alcaide del castillo de Torrenovaes el Rey de León.

IV

No tardó el vengativo Alfonso IX, que llevó el rencor contra su propio hijo Fernando III hasta el extremo de negarle la corona de León en la misma hora de su muerte; no tardó, repito, en tener conocimiento de la entrada de Vas-

co Martínez en Galicia, y del amparo que le diera su deudo en el castillo de Torrenovaes.

Nunca mejor ocasión para castigar al levantisco y turbulento excomulgado, disponiendo que uno de sus capitanes cercase con todo rigor la fortaleza, y que no dejase piedra sobre piedra del maldito castillo, arrasando sus torres y murallas, y sembrando con sal todas sus pertenencias, si no le entregaban prisionero á Vasco Martínez de Pimentel.

Grave era el aprieto en que se veía el deudo del señor de Torrenovaes, cuando se presentó á las puertas de la fortaleza un escudero, acompañado de heraldos y farautes, proclamando tres veces el nombre del Rey don Alfonso IX de León, é intimando la inmediata entrega del rebelde y excomulgado Vasco Martínez, dentro del breve plazo de veinticuatro horas.

Fuertes eran los muros, y aguerridos y fieles los hombres de armas que guarnecían el castillo de Torrenovaes; pero, si el cerco se prolongaba, muy en breve carecerían de agua y de provisiones, viéndose entonces en la precisión de entregarse á merced del vencedor. Sin atemorizarse ante estas consideraciones, el bravo é iracundo señor de Pimentel sólo pidió de plazo á su deudo hasta la media noche, para adoptar

una resolución definitiva, puesto que el sol traspasaba ya las altas cumbres de las vecinas montañas, cuando los soldados del monarca de León arribaron á las puertas del castillo.

Aceptó la proposición el Alcáide, y retiróse el señor de Torrenovaes á su cámara, cerrando la ancha puerta con dobles cerrojos y dirigiéndose después al esculpido lechón de encina, le apartó con recio empuje, dejando al descubierto una argolla de hierro, amarrada al pavimento de la habitación.

Abrió en seguida un gran armario de roble, que estaba colocado á un extremo de la cámara, proveyóse de una larga antorcha y de una escalera de cuerda, colocólas sobre un sillón, asió la argolla con sus membrudas manos, y haciendo un poderoso esfuerzo, levantó una trampa que ocultaba un subterráneo desconocido para todos los habitantes del castillo.

Una vez practicadas estas operaciones preliminares, y satisfecho del resultado, abrió la puerta de la estancia y exclamó con potente y clara voz:

—Nuño! Nuño!

Oyéronse por el corredor los pasos de un hombre de armas y el crujir de un arnés, apareciendo al poco rato el dendo del señor de Torrenovaes á la entrada de la cámara.

—Retira los centinelas de las murallas, mi buen Nuño, reúne á todos los servidores y soldados del castillo, y que te acompañen á esta habitación. Anda presto, que el tiempo urge, y la noche avanza.

Marchóse el Alcaide sin hacer la menor objeción, y paseábase en tanto Vasco Martínez de un extremo á otro de la cámara con marcadas muestras de impaciencia, hasta que el ruido de fuertes pisadas le hicieron detenerse y fijar sus ojos en la puerta, por donde penetró el fiel Nuño, seguido de todos los hombres de armas del castillo, que guardaron respetuoso silencio esperando las órdenes de su señor.

—No quiero que sufráis injustamente por mí causa las iras del Rey de León, ni exponeros á una muerte segura resistiendo aquí á sus soldados, dijo Vasco Martínez: pero en cambio puedo ofreceros riquezas y libertad si quereis seguirme al servicio del poderoso y magnífico Abu-Iacob.

Cuando mi abuelo Pedro de Novaes recibió en donación esta fortaleza de manos del Rey Alfonso VI, mandó construir una mina que, desde los subterráneos del castillo, conduce hasta la orilla izquierda del Sil, obligando bajo juramento á los ejecutores de esta obra á guardar

el más riguroso secreto. Así lo cumplieron, y únicamente se ha conservado entre los señores de Torrenovaes, de padres á hijos, el conocimiento de la mina salvadora por donde, en caso de guerra, pueden los moradores del castillo burlar á los sitiadores, y escapar nosotros á la venganza del Rey de León.

Aquí está la bajada á los subterráneos; aquí una larga y fuerte escala de cuerda, y, por último, una antorcha para alumbrar nuestro camino bajo las profundidades de la tierra. ¿Quereis seguirme?

—Reinó profundo silencio en la vasta cámara, después de pronunciadas las anteriores palabras por Vasco Martínez de Pimentel, silencio que al fin fué interrumpido por el fiel Nuño que, con respeto, pero con grave firmeza al propio tiempo, se expresó así:

—Loado sea Dios, que tan buena idea inspiró á vuestro previsor abuelo Pedro de Novaes, evitando así una sangrienta lucha entre soldados cristianos y vasallos todos de un mismo Rey.

Nosotros no podemos seguirte al servicio del Rey moro, enemigo de nuestra patria y de nuestra religión, porque nos encontramos en distintas condiciones. Marcha tú en buen hora, ya

que la desgracia te obliga á refugiarte en tierra enemiga, y que el Señor te proteja y que ilumine también al Rey de León para que un tan bravo caballero no vuelva sus armas y su brazo contra sus hermanos, ni contra su Dios.

—Quedóse meditabundo largo rato Vasco Martínez, al escuchar las sentidas y severas frases del buen Nuño, revelándose en su enérgico semblante las encontradas pasiones que agitaban su alma; pero, levantando con arrogancia su fiera cabeza, exclamó:

—Dices bien, Nuño. Yo solo soy el maldito; yo solo debo huir de mi patria y del solar de mis mayores, sin arrastrar en mi desgracia á servidores tan bravos como leales. Podeis retiraros, y mañana al amanecer abrid sin temor las puertas del castillo á los soldados del Rey de León, pues Vasco Martínez de Pimentel habrá burlado ya sus planes de venganza y se encontrará lejos de aquí.

Dijo, y despidió con majestuoso ademán á sus servidores, quedando tan sólo allí el buen Nuño que, con lágrimas en los ojos, estrechaba acaso por última vez la nervuda mano de su deudo, y que abandonó por fin la estancia cabizbajo y hondamente preocupado por la suerte del señor de Torrenovaes.

V

Amaneció el siguiente día y penetró el Alcaide de la fortaleza en la estancia de Vasco Martínez, con la más viva ansiedad retratada en su semblante. Recorrió con ávida mirada todos los rincones de la cámara, y acercándose á la negra y obscura boca que comunicaba con el subterráneo, vió colgando la fuerte escala de cuerda, señal evidente de que su deudo había seguido el oculto camino que se ofrecía á su vista, y utilizara ya aquel único y seguro medio de salvación.

Tranquilo respecto á este punto, retiró la escala, cerró la trampa, ocultándola después con el pesado lecho, y colocó cada objeto en su lugar acostumbrado.

Los soldados del castillo le esperaban formados en el patio de honor, á donde se dirigió, ordenando que se abriesen las ferradas puertas de la fortaleza, se soltasen las cadenas del puente levadizo, y que se dejase entrada franca al Capitán leonés que, en nombre de Alfonso IX, venía á llevarse prisionero al rebelde y excomulgado Vasco Martínez de Pimentel.

Cuando el Capitán del Rey de León se presentó con sus hombres de armas á la entrada del castillo, adelantóse á su encuentro el valiente Nuño, ofreciéndole franca hospitalidad, que aquél agradeció al buen hidalgo y fiel Alcaide de Torrenovaes.

Breves fueron las explicaciones que mediaron entre los dos hidalgos respecto á Vasco Martínez de Pimentel, asegurando el Alcaide que no se hallaba en el recinto de la fortaleza, y que si el día anterior no había dado ya albergue al mensajero del Rey, fuera tan sólo ante el temor de un ardid de guerra, muy frecuente en aquella época de sorpresas y traiciones, y hasta probable teniendo en cuenta la hora en que se hiciera la intimación, cuando las sombras de la noche impedían reconocer la bandera y las armas del monarca leonés; pero que cerciorado á la luz del día de la verdad de los hechos, no dudara un solo instante en acatar los mandatos de su dueño y señor Alfonso IX, y ponerse á las órdenes del mensajero que tuviera á bien enviar en su nombre.

No dejó, á pesar de tales propuestas, de visitar con detenimiento y escrupulosidad el Capitán todos los departamentos del castillo, diciendo que deseaba conocer el estado en que halla-

ban sus muros, fosos y almenas para resistir un ataque de los enemigos, y convencido al fin de que no se encontraba allí Vasco Martínez, emprendió la marcha á León, no sin descansar todo aquel día disfrutando de la buena hospitalidad del Alcaide de la fortaleza, á quien confirmó en su cargo, reforzando la guarnición del castillo con veinte hombres de toda su confianza para vigilar, acaso, la conducta del fiel Nuño.

VI

En la siguiente primavera una numerosa partida de moros almohades, capitaneados por un guerrero con negra armadura, sin armas ni divisas en su roja bandera, sin plumas ni cimera en su brillante casco, entró por las fronteras de León, llevándolo todo á sangre y fuego, arrasando villas y lugares, y dejando por donde quiera que pasaba el terrible rastro del incendio y de la desolación más espantosa.

Reconoció desde luego Alfonso IX la mano de su vengativo y rebelde vasallo Vasco Martínez de Pimentel; pero disgustado con la Reina de Castilla D.^a Berenguela y con su propio hi-

jo don Fernando, tuvo que sufrir con reconcentrada ira los desmanes y tropelías cometidas por el señor de Torrenovaes y de los soldados de Abu-Jacob, quinto Emperador de los almohades venidos de Africa.

Falleció Alfonso IX, y á pesar de lo que dejara dispuesto en contra de su hijo, reuniéronse las coronas de Castilla y de León sobre la frente de Fernando III, el año 1217, siendo uno de sus primeros actos reintegrar en los derechos del señorío de Torrenovaes á la noble familia de Pimentel, sin que por eso se atreviese á llamar á su decidido partidario Vasco Martínez, á causa de la excomuni6n que sobre él pesaba, y que en aquellos tiempos ni el mismo Rey se atrevía á contrarestar.

No pasó mucho tiempo desde el advenimiento al trono de Fernando III, cuando se presentó en su Corte un caballero cubierto con negra y bruñida armadura, baja también la celada de su casco sin cimera, y solicitando una audiencia secreta del monarca castellano, quien no dudó un solo instante en acceder á la petici6n del misterioso caballero.

Breves debieron ser las palabras que mediaron entre el Rey y el encubierto personaje, saliendo este al poco rato con la cabeza inclinada

hacia el suelo, cruzando silencioso por entre los caballeros de la Corte hasta llegar al espacioso vestíbulo del palacio, y desapareciendo rápidamente al galope de su árabe y fuerte corcel de batalla, que dejara confiado á un hombre de armas de la guardia del Rey.

Á los quince días de este suceso, que tanto preocupara á los infanzones y ricos-homes de la Corte, y que había producido triste impresión en el ánimo del Rey, según se reveló en su pensativo y melancólico rostro, los habitantes del pueblecillo de Torrenovaes y los soldados del castillo comentaban la aparición de un encubierto y misterioso penitente que moraba en la vieja atalaya inmediata á la señorial fortaleza, y cuya ruinoso torre aun puede hoy contemplar el viajero sobre una verde colina próxima al castillo de Torrenovaes.

Alguna relación debía existir entre el solitario ermitaño y el fiel Nuño, pues también se le vió discurrir por los corredores, y la plataforma del elevado torreón, triste y pensativo desde el primer día en que apareció en la comarca el encapuchado personaje; y los que hubieran vigilado durante la noche al ya viejo Alcaide de Torrenovaes, le hubiesen visto salir por la poterna del castillo con gran sigilo, atra-

vesar el río Quiroga por un rústico puente de madera y dirigirse después hacia la vieja atalaya, á cuya puerta le estaba esperando el misterioso penitente para recibir un cesto de provisiones y estrechar cariñosamente y en silencio la mano del buen Nuño que, una vez cumplida su misión, se alejaba sin pronunciar una sola palabra, pero cabizbajo y revelando en sus facciones una profunda pena.

Llegó un día, al fin, en que Nuño no encontró al ermitaño esperándole, cual era su costumbre, á la puerta de la torre. Subió con la premura posible la vacilante escalera, y allí sobre un montón de secas hojas, pudo contemplar el cadáver de aquel misterioso personaje, que había exhalado el último suspiro teniendo entre sus manos un pequeño crucifijo de bronce.

Silenciosas lágrimas corrieron por las arrugadas mejillas de aquel fiel y constante amigo, el cual, arrodillándose á la cabecera del humilde lecho mortuorio, rezó con fervor una oración y cerró piadosamente los ojos del cadáver, alejándose después para regresar con cuatro escuderos del castillo y conducir á la capilla de la señorial fortaleza los inanimados restos del penitente.

Nadie pudo adivinar la causa de estas consideraciones y de los respetuosos homenajes que se rindieron al cadáver de un pobre ermitaño por el Alcaide de Torrenovaes; pero lo cierto es que el escudo del castillo apareció cubierto por negro paño de luto, y que los restos del misterioso penitente obtuvieron honrosa sepultura en el panteón de los señores de Pimentel.

Pasados muchos años, el señorío y el castillo de Torrenovaes vino á poder de los muy altos y ricos Condes de Benavente, por casamiento de una dama de esta casa con uno de los señores de la familia de los Pimenteles, perteneciendo en la actualidad, si la memoria no me es infiel, á los Vázquez-Queipo de Galicia.

FUNDACIÓN DE LA VILLA PORTUGUESA

FREIXO DE ESPADA CINTA



(Episodio histórico del siglo X)



Á mi buen amigo

D. REMIGIO CAULA

LEONARDO DE LA TORRE
ESTUDIO DE LA VIDA CIVIL

1880

D. RAMÓN GARCÍA

FUNDACIÓN DE LA VILLA PORTUGUESA

FREIXO DE ESPADA CINTA

I

Una de las épocas que más permanentes recuerdos han dejado en Galicia es, indudablemente, la *Edad media*, con los fuertes castillos, atalayas, torres, fortalezas y monasterios de aquellos poderosos señores feudales, tan engreídos con sus fueros, como bravos en el combate, cuyas hazañas han quedado escritas con indelebles caracteres en el gran libro de la Historia.

Por bosques y montañas, en los floridos valles y sobre pintorescas colinas, yacen, esparci-

das las señoriales mansiones de soberbios magnates y ricos-homes, arruinadas las unas, con sus esbeltos torreones en pie las otras, cual mudos pero elocuentes testigos de la pasada grandeza de esta región.

Los inexpugnables castillos de Monfero, Monterrey, Mós, Andrade, Bayona, Monforte, Maceda, El Castro, Villamarín, Porquera, Sandianes y otros, que aun conservan sus murallas y puentes levadizos; los suntuosos monasterios de Osera, San Martín, Samos, Celanova, Conjo, San Esteban de Rivas de Sil, Melón, Sobrado y Lorenzana; los derruídos fuertes y atalayas *d'o Peito Burdelo*, de los Bóvedas, Roteas, Churruchaos, Paradas, Riveras, Ojeas, Seoanes, Sarmientos y Tenorios; las admirables ruinas del Alcázar de Milmanda, de Celme, da Pena y de Altamira, con otras cien más como las de los castillos de Quita-Pesares, Bande, Caracocha, Taboadela, Vilasuso, Moeche y Goyanes, aun conservan apreciables vestigios de la riqueza y del poderío de sus antiguos señores, y vienen á confirmar la existencia de tantas nobles familias gallegas y las proezas ejecutadas por todas ellas durante aquella gloriosa época, en que los españoles llevaron á cabo la colosal empresa de nuestra reconquista.

Entre los ilustres varones que honraron á su patria durante aquella sublime y sangrienta epopeya, figura dignamente el Conde de Galicia, don Tibaldo, ó Giraldo, (que los dos nombres le dan en las antiguas crónicas al noble progenitor de la linajuda familia de Feijóo), el cual era hijo del Conde de Celanova, don Nuño, nieto del Conde don Gutierre y de la familia del venerable San Rosendo.

II

Terminara ya el efímero reinado de Ramiro III, que había heredado la corona de León, cuando apenas cumpliera cinco años de edad, y empuñaba el cetro Bermudo II, quien, por su desgracia, tuvo que refugiarse con su Corte en las montañas de Asturias, para ponerse á cubierto de las terribles algaradas del victorioso Almanzor.

Tristes y fatales eran los días que corrían para los cristianos; pues destruída por los moros la ciudad de León, en la campaña de 984, y saqueadas las plazas de Pamplona y Barcelona en las expediciones moriscas del siguiente año, te-

nían que refugiarse los españoles en las asperezas más abruptas é inaccesibles de Asturias y de Galicia, ante el temor de una nueva y más formidable invasión del primer Ministro de Hixen II.

Trató el Rey Bermudo de obtener treguas y concertar las paces con Almanzor, ofreciéndole en matrimonio á su propia hija la infanta doña Teresa, hecho que confirma el historiador árabe Ibu-Jaldun, asegurando que la infanta vivió en Córdoba con el célebre caudillo moro, hasta que, á la muerte de éste, regresó á su patria y vivió al lado de su familia.

Duraron las paces dos años; pero, como deseara Almanzor reunir bajo el poder del Califa cordobés los diferentes estados que aún se hallaban libres de la dominación sarracena, entró en el año 997 por la frontera lusitana, y, atravesando todo Portugal, pasó el Duero y el Miño, asoló á su paso villas y lugares, y llegó con sus huestes hasta la misma ciudad de Compostela.

Considerable fué el número de cautivos, y muchas las alhajas y riquezas de que se apoderaron los infieles, los cuales hicieron conducir hasta Córdoba, sobre los hombros de infelices prisioneros, las famosas campanas de la Basílica compostelana.

Dirigíanse los árabes á la frontera, con objeto de repasar el Miño é internarse por tierra lusitana, conduciendo, al propio tiempo, rico botín de guerra, ganados, prisioneros y valiosas preseas, y era tanto el terror que se había apoderado de los habitantes de Galicia, que ningún hidalgo ni rico-home se atrevía á salir al campo con sus mesnadas para oponerse á la victoriosa marcha del ejército musulmán.

No faltó, apesar de esto, un digno hijo de Galicia que enarbolase su pendón de guerra, convocase á todos sus deudos y vasallos y recibiese bajo su bandera á cuantos desearan luchar contra el feroz sarraceno, que había arrebatado de su hogar hombres y mujeres, convertidos los unos en bestias de carga y destinadas las otras á poblar los harenes del bárbaro musulmán.

Si el Conde Tibaldo no pudo reunir fuerzas bastantes para salir al encuentro de los moros y presentarles formal batalla, logró, en cambio, hostilizar con frecuencia su retaguardia y rescatar gran número de prisioneros y parte del rico botín que conducian los soldados enemigos; pues demasiado confiados éstos en su poder y en sus fáciles victorias, se apartaban con frecuencia del grueso del ejército en pequeñas partidas, para ejercer el robo y el pillaje por los

pueblos inmediatos, proporcionando así á los hombres del Conde Tibaldo frecuentes ocasiones de tomar sangrientas represalias.

Avanzaba el Conde por el hermoso y dilatado valle *d' ouro*, que se extiende á la falda del pintoresco cerro sobre que se eleva la histórica y antigua ciudad de Tuy, y espoleaba á su caballo, con ánimo decidido de molestar á los moros durante su paso á través del caudaloso Miño, cuando recibió aviso de que una rezagada partida de infieles estaba saqueando los arrabales de la ciudad, y que era muy fácil sorprenderlos y rescatar la presa que pudieran haber hecho aquellos insaciables enemigos de nuestra religión y de nuestra patria.

Al recibir la noticia, aplicó el Conde los acicates á los hijares de su fogoso bridón de guerra, y emprendió la carrera, seguido de los más bien montados caballeros; pero, mejor jinete don Tibaldo, ó con más bríos su corcel llegó de un solo repelón al centro del arrabal, y, lanzando el conocido grito de guerra: ¡Santiago y cierra España!, arremetió contra la soldadesca enemiga, sin contar el número de sus contrarios, ni esperar la llegada de su gente.

Cada bote de su lanza derriba en tierra á un soldado moro; hace retroceder á los más va-

lientes, y sembrando el terror entre los infieles, logra reanimar el abatido espíritu de los atemorizados habitantes del arrabal, y obliga al enemigo á emprender la fuga á través de la extensa vega, hasta traspasar las aguas del río Miño.

Desembarazado el Conde de la chusma morisca, regresa al paso de su corcel para salir al encuentro de su gente. Sorpréndenle seis moros que salían del primitivo convento, situado extramuros de la ciudad, y que atacan sin vacilar al esforzado caudillo cristiano, poniéndole en grave aprieto por lo inesperado del lance, y su fatiga consiguiente después de la empeñada lucha sostenida contra los infieles.

Rota la recia lanza de roble de don Tibaldo, é incapaz de retroceder ante el enemigo, por duro y peligroso que fuera aquel inesperado ataque, echa mano con rapidez á su largo y pesado montante de guerra y, dirigiendo su encubertado bridón sobre los moros, hiere, acuchilla á diestro y á siniestro, siembra el terror y el espanto en torno suyo y, confiado en el poder de su brazo y en su nunca desmentido valor, no vacila ni retrocede hasta morir ó vencer.

Breve, pero sangrienta, fué también ahora la desigual contienda sostenida por el Conde; pues antes de que los caballeros de su mesnada pu-

dieran llegar al lugar en donde llevó á cabo este glorioso y heróico hecho de armas, ya tenía tendidos bajo los pies de su corcel á los seis musulmanes, que tan traidoramente le atacaran.

Reunida toda su gente y tranquilizados los habitantes de la ciudad y sus arrabales, hizo don Tibaldo su eutrada en Tuy, entre ruidosas aclamaciones, siendo recibido con sincero júbilo y viéndose agasajado por las nobles familias tudenses, por el clero y por los atemorizados vecinos de la población.

Allí descansó dos días y mandó pintar en su escudo *seis rocles de sangre en campo de oro y una espada de combate en medio*, como memoria de la hazaña ejecutada, combatiendo solo contra seis moros, el cual blasón fué después confirmado y autorizado por el mismo Rey Bermudo II, quien le otorgó grandes mercedes, entre otras, las ricas tierras y posesiones de Bóveda, Ramirás, Sorga, Berredo, Zarracos y todas sus pertenencias, con las que se constituyó el señorío de la noble y antigua casa de los Feijóos.

III

Habilitaron los vecinos de la ciudad y los pescadores algunas balsas y barquichuelos para que el Conde pudiera pasar con sus gentes á la opuesta orilla del Miño y perseguir á los reza- gados musulmanes, como así lo efectuó, em- prendiendo la marcha con dirección á Braga y ostigando continuamente la retaguardia de las huestes de Almanzor.

Fuese internando de esta suerte el valiente caudillo, por tierra lusitana, hasta la provincia de *Tras-os-montes*, en donde logró alcanzar, muy cerca de Moncorvo, á una numerosa par- tida de infieles, destinada á custodiar y condu- cir la multitud de prisioneros y ganados que el Jefe mahometano dejara á su espalda, por consi- derarlos como una impedimenta que retrasaba las rápidas jornadas y los movimientos de su ejército.

Acampados los moros en una pequeña aldea, situada sobre la izquierda orilla del Duero, pre- viniéronse á la defensa tan pronto como los centinelas avanzados divisaron la reducida, pe-

ro bien organizada y aguerrida mesnada del Conde gallego. Tal fuerza moral había adquirido ya sobre los suyos el bravo Capitán, y tanta era la certeza que tenía de que los infieles confiaban para vencer en su fuerza numérica, más que en su pericia y valor sobre los cristianos, que no dudó don Tibaldo ni un solo instante en dar la señal de ataque, ni titubearon los suyos en acometer con empuje irresistible, hasta penetrar, cual desbordado torrente, en el centro de las filas musulmanas y pelear cuerpo á cuerpo, con verdadero heroísmo y bravura, contra aquella chusma de bandidos.

Acuchillaban á los moros los caballeros del Conde y manejaban con acierto los peones sus hondas y ballestas, causando numerosas bajas á los infieles.

No dejaron de contribuir también los prisioneros cristianos al feliz éxito de esta jornada; pues aprovechándose de la confusión que reinaba entre los soldados moros, se arrojaron sobre éstos con el temerario valor que la desesperación suele infundir en tales casos.

Después de una larga hora de combate, emprendió vergonzosamente la fuga la retaguardia del victorioso Almanzor, dejando abandonado gran número de prisioneros sobre el campo de

batalla, y no pequeña parte del rico botín que conducía, producto de las continuas rapiñas ejercidas por aquellas indisciplinadas taifas de feroces africanos.

Eran lusitanos en su mayoría los cautivos que alcanzaron su libertad en tan memorable día, y se contaban, entre ellos, muchos hijos de Galicia, los cuales prefirieron quedarse con sus compañeros de desgracia en aquella fértil y hermosa comarca, que tantas afinidades tenía con la suya, antes que regresar á sus devastadas y desiertas montañas para contemplar la triste soledad de las incendiadas aldeas y de las arrasadas campiñas de su bello país.

No quiso contrariar estos propósitos el Conde, y ordenó que se fundase, sobre el mismo terreno en que se había alcanzado tan señalada victoria, una nueva villa con el nombre de *Freixo de espada cinta*, á la que concedió varios privilegios y le dió por armas las que primitivamente campeaban en el escudo de este esforzado y bravo caudillo, ó sean: *dos freixos y una espada en medio*, las cuales armas aún conserva en nuestros días la villa portuguesa del citado nombre, en la provincia de *Tras-os-montes*, y en la circunscripción de la torre de Moncorvo.

También existe en la provincia de Orense

otro *Freixo*, pequeño lugar situado cerca de Villanueva, ó Vilanova de los Infantes, de donde eran originarios los ascendientes de San Rosendo, y por lo tanto, los del Conde don Tibaldo Freixo, progenitor de la noble casa de los Feijóos y fundador de la villa portuguesa de *Freixo de espada cinta*, según confirma el historiador lusitano, Juan de Barros, en su obra, titulada *Antigüedades de entre Duero y Miño*.

IV

Creció en importancia, por su excelente situación estratégica, la nueva villa, y construyeron más tarde sus moradores un fuerte castillo con tres torres para su defensa, el cual aun se conserva en nuestros días, ostentando gravadas en su gran escudo blasonado las armas que le otorgó el célebre Capitán y esclarecido Conde don Tibaldo.

Contrajo matrimonio el renombrado Conde de Galicia con una noble dama de la familia de los Osorios, de la que tuvo varios hijos, entre ellos á Giraldo Feijóo, quien, á su vez, tuvo en matrimonio á Fernán y á Mendo Giráldez Feijóo.

Los enterramientos de estos caballeros existían en el monasterio de Celanova, según lo comprueban varios cronistas é historiadores, en los cuales puede verse, entre otras, la siguiente inscripción:

Hic yacet Ferdinandus Giraldez Feijóo.

Era MCCCXC.

Heredó las posesiones y señoríos de esta casa don Giraldo, y contrajo matrimonio con doña Inés Piques, fundando la torre de su nombre cerca de Allariz, y la de Villar de Cús en Rairiz de Veiga, sobre la derecha margen del río Limia. Juan Feijóo fué el heredero de su padre don Giraldo, dividiéndose desde esta época los ricos bienes y grandes señoríos de esta noble familia entre los hijos de don Juan, y desmembrándose más aún los feudos y haciendas de la primitiva casa del Conde Tibaldo, con motivo de haber heredado algunas hembras que aportaron en dote á otras familias no pequeña parte de sus bienes y riquezas.

Mi querido amigo el docto escritor don Marcelo Macías, en las eruditas notas con que ilustró su brillante *Elogio del P. Feijóo*, refutando las conjeturas de Sarmiento y otros acerca del origen etimológico del apellido Feijóo, se incli-

na á creer que los signos heráldicos del escudo de esta noble casa, no fueron en un principio seis roeles, como se ha venido creyendo, sino *seis feixóos o feijóos*—palabra gallega que significa haba ó alubia, y también criadilla de tierra ó trufa,—y en prueba de ello cita la siguiente quintilla, grabada en la orladura del escudo que campaba en el monumento sepulcral de don Juan de Prado, el Bueno, en la antigua capilla de San Rosendo del monasterio de Celanova.

«Esta espada ensangrentada
Que vosotros aquí veis,
Que de Feijóos es llamada,
Y de ellos está cercada,
Denota sangre de reis.»

En dichas notas ocúpase extensamente el señor Macías de la genealogía de los Feijóos, de los suntuosos enterramientos que los caballeros de este apellido tenían en la capilla del monasterio de Celanova, donde reposaban los milagrosos restos de su ascendiente San Rosendo, y de algunos puntos relacionados con el origen é historia de tan ilustre familia.

EL ÚLTIMO SEÑOR DE MILMANDA



(Episodio histórico)

Al querido compañero y amigo

D. BENITO FERNÁNDEZ ALONSO

EL ÚLTIMO SEÑOR DE MILMANDA

(EPISODIO HISTÓRICO)

I

Era Sancho Ioanes cuarto hijo del Conde de Allariz, Fernán Ioanes, y premió los servicios del padre el Rey Alfonso VII, al ser proclamado Emperador, donando al hijo el rico castillo y señorío de Milmanda y sus anejos.

Contrajo don Sancho matrimonio, en Celanova, con doña Teresa de Trastamara, y adoptó, desde esta fecha, por armas en su escudo un castillo de plata con dos estrellas á los lados y una flor de lis encima, como prueba de que el alcázar de Milmanda había pertenecido al patrimonio de la corona.

De este matrimonio nacieron Fernando, Juan y Payo Seoane,—ya diré más adelante el origen de este apellido,—heredando Payo la tenencia del castillo de Milmanda y casándose con una dama de la familia de los Yañez, de la que tuvo á Juan Seoane, apellidado el *Viejo*, quien fundó la torre ó atalaya de Rotea.

Se enlazó Juan de Seoane con doña Teresa Álvarez de Araujo, y tuvieron de su matrimonio á don Antonio Seoane de Araujo, que casó con doña Lucrecia Salgado, quienes, á su vez, tuvieron tres hijos, que fueron los fundadores de las familias de los Salgados de Gron, de los Roteas y de los Alvar Yañez.

Heredó el señorío de Milmanda el segundo hijo don Suero Yañez, conocido en las crónicas de Galicia con el nombre de Suero Yañez de Parada, último señor de Milmanda y del alcazar de este título en Parada de Lobios.

Admirablemente situado el pueblecillo de Milmanda sobre una pintoresca colina que domina fértil y pequeño valle, regado por bullicioso riachuelo, aun puede el viajero contemplar á muy corta distancia los dispersos restos del antiguo alcázar, designado por Fontán con rigurosa exactitud en su excelente carta geográfica.

Nace el Tuño en los montes de Cejo, los cuales ocupan no corta extensión al Sur de Celanova y Norte de Bande, y se encuentra el emplazamiento del alcázar entre la parroquia de Santa Eufemia y la de Santa María de Cejo, ocupando excelente posición y dominando los risueños valles y verdes cañadas, por entre las que corre alegre y murmurante el pequeño riachuelo que da fertilidad y vigor á los prados y arboledas de aquel poético retiro.

Aun se conservan en toda la comarca los nombres de muchos pueblos que constituían los distintos y extensos señoríos de los Ioanes, como Parada y Araujo, los cuales fueron confiscados al último señor de Milmanda, don Suero Yañez de Parada, por el Rey don Enrique II, el de las Mercedes, después del terrible drama de los campos de Montiel.

II

Ahora que conocemos algo de la historia de esta noble familia gallega, y la pintoresca comarca en donde se elevó altivo, bello y suntuoso el alcázar de Milmanda, cumpliré como mejor

pueda el objeto que me propuse al evocar recuerdos de otros tiempos y las memorias de aquellos soberbios y poderosos señores feudales.

Conviene advertir, para mejor inteligencia de mis lectores, que no debe confundirse el pueblecillo de *Seoane Vello*, entre Villarínofrío y Villarínopequeno, en el partido del Barco de Valdeorras, con la torre de Seoane, fundada en la Barra, por Sancho Ioanes, cuarto hijo de Juan Ioanes, pues de este último lugar ni aun el nombre se conserva, y casi se ha perdido su memoria en las tierras de Albán y de Armental, pertenecientes al Ayuntamiento de la Peroja, en los límites de la provincia de Orense con la de Lugo, señalados allí por la mansa corriente del Bubal, los *castros* de Morgade y los *pazos do Monte*.

Allá por los años 1150, después de la conquista de Almería, recobrada más tarde por los árabes cuando Alfonso VII no pudo resistir el empuje de Almoravides y Almohades coaligados, pasó don Sancho Ioanes con su esposa doña Toda de Trastámara, á visitar las tierras y señoríos que esta nobilísima dama había aportado en dote al matrimonio, determinando fundar una torre ó fortaleza que perpetuase el re-

cuerdo de esta visita y la unión de las dos linajudas casas, eligiendo al efecto el lugar de la Barra como el más pintoresco y mejor situado entre los vastos dominios que á doña Toda pertenecían.

Abundan en aquella tierra, según dice Huerta, unas yerbas ó plantas silvestres, conocidas con el nombre de *seoanes* por los naturales del país, y, una vez edificada la torre, ordenó don Sancho al alarife encargado de la obra, que colocase su escudo de armas sobre el portón de entrada, poniéndole por aditamento *dos ramos*, uno á cada lado de aquella planta silvestre, dando así origen en la comarca al apellido de los Seoanes, que trasmitió don Sancho á sus tres hijos Fernando, Juan y Payo, y conservándose en otra rama de la familia el nombre de la casa de Ioanes.

Descendiente de los Seoanes era, como dejó dicho ya, el último señor de Milmanda, don Suero Yañez de Parada, en el reinado de don Pedro I de Castilla, á quien muchos apellidan el *Cruel* y otros el *Justiciero*, quedándome yo con esta última opinión.

III

Fatídicos aires corrían por los estados del Rey don Pedro, y grande era la soberbia de los nobles castellanos que formaran *la liga* contra el soberano de Castilla, alentados por la misma doña María de Portugal, quien no titubeó en llamar á Toro á su propio hijo para que allí le hicieran prisionero los conjurados.

Algunos fieles servidores, que acompañaban al monarca, pudieron facilitarle los medios de huir de su prisión, y, tal fué la cólera de don Pedro, que ni á sus mismos hermanos perdonó, cuando tuvo ocasión propicia de tomar la revancha.

Murió el gran Maestre de Santiago, don Fadrique, á mano de los ballesteros de maza en el Palacio real, y vióse obligado don Enrique á huir á Francia con sus parciales, para evitar igual ó parecido fin.

Siguiera don Suero Yañez de Parada al Rey don Pedro al extranjero, y le ayudara después con sus hombres de armas en la guerra que Castilla sostuvo contra Aragón en 1357, pelean-

en cambio el Infante don Enrique al lado de los enemigos de su patria y acrecentando el rencor que don Pedro iba acumulando en el fondo del pecho contra sus hermanos bastardos.

Cuando don Enrique declaró nuevamente la guerra al legítimo monarca de Castilla, apoyado por el Rey de Aragón y con el auxilio de las célebres *compañías blancas*, capitaneadas por Beltrán Duguesclin, después de varios reveses, vióse don Pedro precisado á huir de sus reinos, solicitando en Francia la protección del Príncipe Negro, no abandonándole en tan crítica situación el valiente y leal Men Rodríguez de Sanabria ni Suero Núñez de Parada, que le siguieron á la emigración y le ayudaron después en la reconquista de su reino.

La batalla de Nájera, dada en 1367, fué una completa victoria para las armas de don Pedro, y la derrota más deshecha para el rebelde pretendiente, cayendo prisionero el mismo Duguesclin, y teniendo, á su vez, que refugiarse en Francia el bastardo.

Premió entonces el monarca al señor de Parada, nombrándole Adelantado Mayor de Galicia, á donde pasó, fundando el castillo ó torre de Parada, de la que tomó el segundo apellido con que figura en las crónicas de aquellos tiempos.

Duras fueron las represalias ejercidas por los parciales del Rey, y aterradores los castigos impuestos por el mismo don Pedro á los principales magnates egoistas, ambiciosos, discolos y rebeldes, que perturbaban continuamente el reino con sus discordias y alentaban las pretensiones de don Enrique, esperando sacar mayor presa entre sus garras de esta guerra fratricida y maldita.

Descontendo el Príncipe Negro de la conducta seguida por el monarca de Castilla, retiróle su protección, y, alentados los descontentos, no tardaron en urdir una nueva conspiración, figurando por tercera vez á su cabeza el ingrato don Enrique, perdonado ya por su hermano, pero rebelde siempre contra su legítimo señor.

Repugnante es el cuadro que la Historia nos presenta en aquella época desdichada, y, si á don Pedro le apellidaron el *Cruel*, no veo razón ni justicia para que á don Enrique se le conozca con el sobrenombre del de *las mercedes*, cuando debiera llamarse el *fratricida maldito*.

IV

Recorrian por segunda vez las *compañías blancas* del caballero Beltrán Duguesclin los campos de Castilla, asolando y robando, como bandidos que eran, villas y lugares, proclamando Rey á don Enrique y aumentando sus huestes con las de todos los nobles ambiciosos y descontentos.

Si algunas ciudades abrieron sus puertas al de Trastámara, otras se conservaron fieles á su Rey, siendo la que más resistió á los rebeldes la inexpugnable ciudad de Toledo, en auxilio de la que vino don Pedro desde Sevilla, confiado en su derecho y en la justicia de Dios.

¿Quién no conoce el triste desenlace de esta historia, que terminó cual lúgubre drama en los campos de Montiel? Después de la inícuca intervención de Beltrán Duguesclin, según unos, y del castellano felón llamado Tovar, según aseguran algunos historiadores y críticos modernos, y dada alevosa muerte á don Pedro por su hermano, allá en el silencio de una obscura noche, sus fieles servidores Suero Núñez de Para-

da y Men Rodríguez de Sanabria, se alejaron del castillo de Montiel, huyendo de la venganza que les esperaba, como premio de su adhesión y lealtad al infortunado monarca de Castilla; y, no creyéndose seguro don Suero en su torre de Parada, ni en el soberbio alcázar de Milmanda, pasó á Portugal, entrando al servicio de Fernando I, antes que reconocer como Rey de Castilla al que villanamente matara á su propio hermano.

Vanos fueron los esfuerzos que hizo más tarde don Enrique por atraer á su Corte á don Suero, haciendo así justicia á su noble proceder y reconociendo el gran prestigio de que gozaba entre los caballeros de Galicia; pero todos sus ofrecimientos y alhagos se estrellaron contra la firmeza del señor de Parada y el recuerdo imperecedero de aquella noche fatal, en la que contempló por última vez el yerto cadáver de su legítimo Rey.

No faltaron ambiciosos, que importunaron al nuevo monarca, solicitando la concesión del rico señorío de Milmanda, negándose constantemente don Enrique á esta donación y confiando en el regreso de don Suero á su patria, para lo que no dudó en ofrecerle el cargo de Adelantado Mayor del reino de Galicia y reintegrarle en

el dominio de todos sus bienes, títulos y señoríos.

Convencido, al fin, de que el fiel compañero del Rey don Pedro jamás había de reconocerle como soberano, ni rendirle pleito-homenaje cual legítimo monarca de Castilla, dispuso que el alcázar de Milmanda, con todos sus privilegios y prebendas, quedase agregado á los bienes que constituían el patrimonio real, sin que desde aquella época aparezca donado á ninguna otra familia tan rico como importante señorío.

Bien recibido en la Corte de Fernando I de Portugal, y ocupando allí lucrativa y alta posición, ya no regresó á su patria don Suero Yañez de Parada, quien vivió con su esposa doña Mayor Pérez de Sotomayor, al lado del monarca portugués, hasta el día de su muerte, y conservando indeleble el recuerdo de aquella triste noche en que vió asesinado á don Pedro I de Castilla y triunfante al rebelde y fratricida bastardo.

Tanta lealtad y tanta nobleza, dignas son de imperecedera memoria, y feliz seré yo si, al escribir estas breves é incorrectas líneas, consigo renovar el recuerdo de aquel ilustre hijo de Galicia, que prefirió abandonar el suelo querido de

la patria y las cuantiosas riquezas que le pertenecían, á reconocer la soberanía del que venciera en lucha desigual y asesinara al legítimo y *justiciero* monarca de Castilla.

UNA TERRIBLE JUSTICIA DEL REY
ALFONSO VIII

— ∞ —
(Tradición)
—

Al infatigable y entusiasta fundador

DE LA

Biblioteca gallega

D. ANDRÉS MARTÍNEZ SALAZAR

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

UNA TERRIBLE JUSTICIA DEL REY

ALFONSO VIII

(Tradición)

I

Corrían los años de 1209 y hallábase Alfonso VIII en la imperial Toledo, aunando voluntades y concertando alianzas con los Reyes de León, de Navarra y Portugal, para combatir á los moros, venidos de Africa al mando del feroz Jacob ò Jiocud, y vengar la derrota de Alarcos.

Recuperada por Alfonso VI, fué Toledo desde entonces residencia predilecta de los monarcas de Castilla, como lo había sido antes de la batalla del Guadalete, y cuando el Tajo contem-

plara los lividinosos amores de Florinda con el último Rey de los godos.

Las revueltas que durante la menor edad de Alfonso VIII habían perturbado sus estados; las continuas luchas sostenidas entre moros y cristianos durante cuatro siglos, y el necesario concurso de la nobleza para efectuar la reconquista de España, habían contribuido á engrandecer á los ricos-homes, condes é infanzones, constituyéndose cada cual en reyezuelo de una porción más ó menos vasta de territorio, y haciendo pesar sobre los pueblos el duro yugo del feudalismo.

Aquellos señores de horca y cuchillo, pendón y caldera, ejerciendo alta y baja justicia sobre sus vasallos, y haciendo uso del infamante *derecho de pernada*, no titubeaban en declararse con frecuencia la guerra, sosteniendo sangrientas luchas con grave perjuicio de los comunes intereses de la patria.

Atropellaban todos los derechos conocidos, asolaban las comarcas que eran teatro de estos rudos combates, y se convertían con harta frecuencia en capitanes de hordas de bandidos, pues no de otra manera merecen ser calificados, por sus rapiñas, sus infamias y sus crímenes.

¡Triste época aquella en que el derecho del más fuerte era la única ley, y en la que monarcas y prelados, nobles y sacerdotes, apelaban al juicio de Dios—¡horrible sarcasmo!—para declarar la culpabilidad ó la inocencia de un acusado!

La ilustración y el progreso han derrumbado poco á poco aquellas costumbres y aquellas creencias, reivindicando los derechos del hombre, sin distinción de clases ni jerarquías, conceptuándonos iguales ante la ley y prescindiendo en absoluto de los privilegios de raza.

Mucho camino resta aún por recorrer á la humanidad en la hermosa y gloriosa senda del progreso; pero entre la tiranía feudal y la época presente, media un abismo, que ya no es posible volver á repasar.

II

Era tenido el infanzón Don Pedro Albar, por uno de los nobles más poderosos de su país, y, aun los mismos ricos señores de las *Torres de Lestroba*, sus vecinos, solían pasar por alto los desafueros que cometía en los vastos dominios de tan rico señorío.

País accidentado y montañoso el que constituye la derecha vertiente del río Tambre, ofrecía la fortaleza del infanzón gallego, situada sobre uno de los altos riscos que, como continuación del monte Pica, se levantan entre los pueblecillos y aldeas de Javestre, Barros y Trazo, hasta las *Torres de Lestroba*, el mismo aspecto que el nido de una ave de rapiña dispuesta á lanzarse sobre el infortunado que despertase su codicia ó su cólera.

Inmediato á Javestre y dominando la vertiente del Tambre, en la comarca de Grijoa, provincia de la Coruña, hasta el punto que hoy se conoce con el nombre de *punte Albar*, destacábase el castillo de Don Pedro, terror de sus vasallos, cuyas negras murallas y fuertes bastiones, de los que no se conservan ni aun los restos, ofrecían inexpugnable asilo á un noble infame y cruel que, con sus atropellos y sus crímenes, provocó las iras de Alfonso VIII, obligándole á salir de Toledo para venir á Galicia á ejercer una justicia ejemplar en la persona de su discolo vasallo.

Plebeya, sí, pero hermosa y rubia como las doradas espigas, que con sus blancas manos recogía en el campo, era la joven Marcela, hija única y bien querida del pechero Blas Pérez,

colono y vasallo de Pedro Albar, quien había fijado sus cínicas miradas más de una vez sobre las turgentes formas y el esbelto talle de Marcela.

Acostumbrado á satisfacer sus más insignificantes caprichos, no titubeó en hacer indignas proposiciones á la joven doncella: una tarde que la encontró en el bosque y, ante el rubor que coloreó las mejillas de la pudorosa Marcela, al oír las atrevidas palabras de su señor, creyó éste seguro el éxito de sus pretensiones, y rodeó con sus nervudos brazos la mórbida cintura de la aldeana, estampando sus impuros labios sobre la boca virginal de la doncella.

Pudo ésta librarse, con poderoso esfuerzo, de los infames lazos que la sujetaban, y huir azorada por entre la espesura del bosque hacia su cabaña, en donde, atribulada y llorosa, refirió á su buen padre el terrible lance de que se había librado milagrosamente.

Conocía el desdichado Blas el iracundo carácter de don Pedro, y, agobiado por tristes presentimientos, dispuso con su hija alejarse de aquellos lugares y abandonar aquella maldita comarca, en la que corría grave peligro su honor y la tranquilidad de su hija querida.

Tormentosa se vino la noche, no oyéndose

en el interior de la cabaña otro ruido que el de las fuertes ráfagas del vendabal que azotaba las añosas ramas de los árboles.

Los preparativos de la fuga se hicieron en silencio, y, cuando Blas y su hija encerraran ya su mísero ajuar y sus ropas en dos grandes sacos de burda tela, se oyeron de repente relinchos de caballos y recio crujir de arneses, á la parte exterior, cayendo la puerta de aquella pobre vivienda, arrollada por los hombres de armas que acompañaban al señor de Albar.

En vano intenta defenderse el desesperado Blas contra aquellos infames sicarios, y defender también el honor de su hija; nada importa su denüedo y su resistencia ante el número de sus enemigos, que le maltratan rudamente, arrojándole exánime sobre el terroso y húmedo suelo de su cabaña.

Durante aquella lucha desigual, se apodera el jefe de aquellos bandidos de la desventurada Marcela, la coloca sobre el arzón de su caballo, y, dando la señal de partida, emprende á través del bosque el áspero camino de su guarida, sin parar mientes en los desgarradores gritos de la doncella, que se pierden entre el fragor de la tempestad.

III

Dos meses trascurrieran desde la desaparición de Marcela, y se ignoraba también el paradero de Blas, sin que los compañeros y vecinos del infeliz pechero se atreviesen á inquirir las causas de tan extraño suceso, por temor de atraer sobre ellos la terrible cólera del señor de Albar.

Al caer una tarde del triste y frío mes de Enero, dibujóse en las lindes del bosque, que rodeaba el castillo del hidalgo, la vaga silueta de un ser humano, que permaneció inmóvil durante largo tiempo, hasta que pudo avanzar por la empinada y tortuosa senda que conducía á la fortaleza, protegido por las sombras de la noche próxima y de los seculares árboles del monte.

No sin gran esfuerzo, y venciendo con tenaz insistencia las asperezas del camino, avanzó con cautela, procurando ocultarse lo mejor posible á las vigilantes miradas del hombre de armas, colocado sobre la plataforma del torreón central. Situado, al fin, bajo las mismas murallas

del castillo, allí permaneció inmóvil y silencioso.

Sonó al poco rato el débil y medroso canto del mochuelo, cuyos melancólicos sonidos aún infunden hoy pavor entre nuestros supersticiosos y crédulos campesinos, por conceptuarlos como señal evidente de próxima muerte, ó desgracia inevitable; pero algún despreocupado morador de la fortaleza intentó ahuyentar, sin duda, á la agorera ave nocturna, lanzando una piedra desde la cima de las murallas, con tanto acierto, que vino á caer muy cerca del lugar en donde se alojaba el ave nocturna, haciendo cesar instantáneamente su agorero cantar.

Dibujóse en la oscuridad, al pie de la muralla, algo parecido á una sombra humana, y dejóse percibir en el silencio de la noche, la voz medrosa de un hombre que decía:

—Blas, tu hija descansa ya en el cielo. El Todopoderoso puso fin á sus horribles tormentos, arrebatándola para siempre á la insaciable y brutal tiranía de nuestro señor.

Calló la voz y se desplomó la sombra sobre el suelo, permaneciendo inmóvil hasta que los primeros albores de la aurora empezaron á iluminar las elevadas cimas de aquellas montañas.

La húmeda y fría niebla de la madrugada le

despertó de su letargo y reavivó su espíritu, dando una fuerza ficticia á su cuerpo.

Lanzóse, entonces, cual fiera herida por el cazador, á través del bosque, lanzando roncós é inarticulados gritos, que pintaban la más horrible desesperación, revelando con sus ademanes los deseos de venganza que agitaban su alma.

Allá va el infortunado padre recorriendo valles y montes, procurando seguir el camino más recto; allá va sin detenerse en su rápida carrera mas que breves instantes para recuperar las fuerzas perdidas y pedir algún mezquino alimento en las cabañas de los pastores; allá va con su pensamiento fijo en una sola idea, recorriendo las llanuras de Castilla, escalando las nevadas cimas del Guadarrama, con dirección á Toledo; penetra por entre las calles de la imperial ciudad, hasta caer estenuado y rendido á las puertas del alcázar real, con las ropas desgarradas y los pies destrozados, pidiendo justicia ante los sorprendidos soldados de Alfonso VIII, que le contemplan con curiosidad, y que, al oír el triste relato de sus infortunios, hacen llegar hasta el monarca la noticia de tan extraño suceso.

No duda el Rey un solo instante en recibir

ante su Corte al desventurado Blas, oyendo de su propia boca la triste historia de sus desgracias, y, una vez terminada la relación de los horrendos crímenes del señor de Albar, ordena que den alojamiento en el mismo alcázar al desdichado padrê, prometiéndole ejercer muy en breve ejemplar justicia en la persona de aquel noble tan indigno como cruel.

IV

Lucido es el escuadrón que, al trote de sus bridones de guerra, avanza con rapidez por el camino de Compostela, cuyas torres se dibujan cada vez con más claridad en el horizonte.

Ya la dulce luz crepuscular reviste de tornasoladas tintas el pintoresco valle que se extiende al pie de aquellos guerreros, y aun reflejan las cúpulas de la majestuosa basilica los postrimeros rayos del sol poniente.

Avanza el escuadrón con más rapidez aún, obedeciendo las órdenes de su Jefe, que luce rica armadura con acerado casco de Milán, brillando sobre el flotante y niveo manto la roja cruz de Santiago, y, antes de que el toque de

angelus lance sus melancólicos sonos por el espacio, arremeten todos, sin detenerse ante los guardias de la ciudad, por la antigua puerta que hoy se denomina *Faxeira*, dirigiéndose al palacio arzobispal, en donde el Prelado, al recibir el mensaje que el Capitán de aquella fuerza le envía por uno de sus escuderos, se apresura á recibir al incógnito caballero, rodeado de sus pajes y familiares, hombres de armas y capitanes de su guardia, inclinándose con respeto ante el apuesto guerrero que, después de besar el arzobispal anillo, es conducido á la suntuosa cámara de don Pedro Suárez de Deza, duodécimo Arzobispo de Compostela y segundo de este nombre.

Á solas ya el apuesto guerrero y el poderoso Prelado, despojóse el primero de su casco y dejó al descubierto la noble frente y reflexivo semblante de Alfonso VIII, que había abandonado su real alcázar de Toledo, al frente de lucido escuadrón de caballeros, para poner coto á los desmanes y tropelías de Pedro Albar, y cumplir así la palabra empeñada con el infortunado Blas.

Largo rato departieron á solas el monarca y su alto y poderoso vasallo, poniéndose de acuerdo respecto á la mejor manera de llevar á cabo

los propósitos del Rey, y retirándose después á descansar en mullido lecho el monarca, cuando el Prelado salió á dar sus órdenes al Jefe de su guardia.

Aun no se distinguían bien los objetos con la naciente luz del alba, cuando sonaban ya en los patios, corredores y escaleras del arzobispal palacio, fuertes voces de mando; apresurados pasos de pajes, escuderos y familiares, cruzando en todas direcciones, en tanto que en la gran plaza del palacio arzobispal se iban reuniendo los caballeros y soldados del Rey de Castilla.

Presentáronse á la media hora Alfonso VIII y el muy noble y poderoso don Pedro II Suárez de Deza, cabalgando sobre briosos corceles de guerra, cubiertos de ricos arneses, empuñando recias lanzas de roble y seguidos por gran número de ballesteros, escuderos y peones, que lucían sobre sus pechos el blasón del Prelado, pues en aquellos tiempos los príncipes de la Iglesia, de la misma manera empuñaban el báculo simbólico para presidir una gran solemnidad religiosa, que cubrían su cuerpo con férrea armadura, embrazaban el escudo y batían el cobre con bravura en el campo de batalla, al frente de sus guerreros y vasallos.

Reunidas las gentes del Rey y del Arzobispo,

colocáronse éstos á su cabeza y emprendieron la marcha con dirección al *Burgo de Grixoa*, para desde este punto tomar posiciones y poner sitio al castillo de don Pedro Albar.

Era la hora del yantar, poco más ó menos, cuando aquella soberbia mesnada dió vista á la feudal mansión, concediendo entonces el monarca un breve descanso, que tan necesario era á los peones, y ordenando que un heraldo y dos farautes, acompañados de seis lanzas, avansasen hasta los muros de la fortaleza y se intimase al hidalgo gallego la orden de franquear al monarca las puertas del castillo, y de someterse á la soberana é inapelable justicia de Alfonso VIII.

Más de media hora invirtieron los mensajeros en llegar hasta la cima del empinado risco sobre que se elevaba la fortaleza, y cuando sonaron los clarines, y el heraldo proclamó hasta tres veces el nombre del muy poderoso y temido monarca don Alfonso VIII, Rey de Castilla, Asturias y Galicia, ordenando que se cumpliese su soberana voluntad, el silencio más profundo fué la respuesta dada por los defensores del castillo al regio mandato, repitiendo en vano heraldo y farautes los toques de sus clarines y el heraldo su real pregón.

Retiráronse los mensajeros, é irritado Alfonso ante el despreciativo silencio del de Albar, ordenó que avanzasen cien ginetes, resguardados por sus férreos cascos y bien templados arneses, llevando todos un peón á la grupa, y que protegiesen su marcha los saeteros y ballesteros, disparando sobre el castillo sus jaras y venablos.

Cumpliéronse las órdenes del monarca, y muy en breve se estrecharon las distancias, impidiendo los ballesteros que los hombres de armas del castillo molestasen á los ginetes, que se colocaron con gran rapidez al abrigo de las murallas; pero los defensores de la feudal mansión, conocieron la inminencia del peligro y, arriesgando su vida, se presentaron en las almenas, decididos á defender á toda costa la entrada de la fortaleza.

Resguardados con sus escudos, resistieron los soldados del monarca la lluvia de pez, aceite hirviendo y enormes piedras que los secuaces del señor de Albar arrojaban desde las almenas y murallas, sin cejar en su rudo ataque contra la ferrada puerta del castillo, en tanto los peones intentaban escalar los muros.

Gran destrozo causaron los del rebelde hidalgo en las filas de los sitiadores; pero los heri-

dos eran reemplazados en el acto por otros hombres de refresco, que entraban en la lid con nuevos bríos, y redoblaban sus ataques con creciente furor, logrando, al fin, que la gran puerta del castillo se derrumbase con terrible estrépito sobre el foso interior, y dejase providencialmente establecido un puente provisional, que las tropas del Rey utilizaron para lanzarse sobre la puerta de la torre principal.

No tardó ésta en caer también derribada por los sitiadores, precipitándose los caballeros y hombres de armas de Alfonso VIII por el interior del castillo, hasta llegar al pie de la estrecha escalera que daba acceso á la plataforma de la torre del homenaje, en donde suponían que se había refugiado el de Albar, en vista de la desesperada resistencia que allí oponían sus gentes á las del monarca de Castilla.

Empeñada y tenaz fué la lucha por una y otra parte, y, más de un caballero, y más de diez rodaron heridos mortalmente sobre los que tras ellos subían; pero sentíase crecer á cada instante aquella ola invasora, y los últimos arqueros del hidalgo fueron materialmente aplastados y arrojados al foso, desde las almenas, por los soldados del Rey, irritados con las numerosas bajas causadas en sus filas, terminando por

proclamar á los cuatro vientos, desde aquella misma plataforma, el nombre del muy alto, poderoso y justiciero monarca de Castilla.

V

Reconociéronse los cadáveres y los heridos de sitiadores y sitiados, sin que entre ellos fuera posible encontrar el cuerpo de Pedro Albar; registráronse inútilmente los subterráneos y dependencias todas del castillo, los fosos y las cuevas, y, cuando un soldado dió cuenta que había visto abierta una pequeña poterna situada á la parte opuesta de la entrada principal, convencióronse, al fin, de que el perseguido infanzón había abandonado la fortaleza, aprovechándose de la confusión que reinara durante la pelea.

Salieron en el acto caballeros y peones con orden de reconocer el bosque y la comarca entera, si preciso fuese, para dar alcance al fugitivo. Escudriñaron unos y otros los lugares más ocultos y peligrosos, y se oyeron, al fin, resonar en lo más enmarañado de la selva, las fuertes y vibrantes notas de una trompa guerrera, que

anunciaba el encuentro de la fiera á que se pretendía dar caza.

Acudieron allí las gentes del Rey, y vieron á don Pedro, inmóvil, sobre un alto peñasco, tranquilo al parecer, y desafiando el peligro con su arrogante aptitud.

Antes de que pudieran cercarle, lanzóse con increíble rapidez por la escarpada pendiente que á su espalda había, y, conocedor práctico de aquel accidentado terreno, internóse en el bosque, atravesó impávido por entre espesos tojos y espinas, y se perdió de vista buscando, acaso, oculta y desconocida guarida en donde refugiarse.

Si el de Albar hubiera poseído en aquel crítico momento un caballo fuerte y corredor, hubiérase burlado de sus enemigos; pero en tan apurado trance, aun cuando los peones no pudieron seguirle en su rápida carrera, los caballeros le seguían de cerca apartando todos los obstáculos con el empuje de sus encubertados corceles de guerra, sirviéndoles de guía en tan empeñada persecución, un escudero de Alfonso VIII, que, sin temor á dejar sus vestiduras y su piel entre los agudos espinos de los tojales, seguía con tenaz empeño al de Albar, arrancando roncás y destempladas notas de la trompa gue-

rrera que, ya desde un principio, sirviera de aviso á los soldados del Rey, y empuñando con la diestra mano larga sogá de cuero, en uno de cuyos extremos se veía formado un lazo corrido.

Cansado, acorralado y sin salvación posible, entregóse, al fin, el de Albar, cobardemente, al infatigable escudero, que no era otro que nuestro antiguo conocido Blas Pérez, el cual, sujetándole con el fatídico lazo de su sogá de cuero, le condujo á presencia del irritado monarca.

Reunió éste en el acto el Consejo, formado por el Arzobispo don Pedro Suárez de Deza, y los Capitanes que le acompañaban, quienes pronunciaron su fallo, condenando al prisionero á la infamante pena de horca, y, como complemento de esta terrible y merecida pena, ordenaba el Consejo que el verdugo rompiese el escudo de Albar, y que fuese demolida su fortaleza, por el grave delito de rebelión contra su Rey.

Ni una sola palabra pronunció el feudal tiranuelo al oír la fatal sentencia, y, cuando el sol empezaba á trasponer las altas cimas del monte Pica, de Javestre y de San Juan, la fresca brisa de las vecinas montañas hacía oscilar una lúgubre y fatídica sombra, pendiente de un roble por *una sogá de cuero*, terrible representación

de la justicia de Alfonso VIII y de la venganza de Blas Pérez, ejercida contra el que en vida fué terror y azote de los habitantes de aquella comarca, con el nombre de Pedro Albar.

Á los rojizos resplandores del incendio que hacía saltar los techos y derrumbaba las paredes de aquella feudal guarida, emprendieron el regreso á Compostela las tropas del Rey de Castilla y de don Pedro Suárez de Deza.

Algunos días más tarde, volvieron á verse en el país los soldados del Arzobispo para cumplir las órdenes del monarca, demoliendo las murallas del castillo, y cegando sus fosos, no quedando á la posteridad más recuerdo de estos sucesos que la justicia ejercida por Alfonso VIII, consignada en la historia de su reinado, y el nombre de *Puente Albar*, que aun hoy existe sobre el río Tambre.

The first part of the paper is devoted to a general
 consideration of the subject. It is shown that the
 results of the experiments are in agreement with
 the theoretical predictions. The second part of the
 paper is devoted to a detailed description of the
 experimental apparatus and the method of
 observation. The third part of the paper is
 devoted to a discussion of the results and to
 a comparison with the theoretical predictions.
 The fourth part of the paper is devoted to a
 summary of the results and to a few concluding
 remarks.

The first part of the paper is devoted to a general
 consideration of the subject. It is shown that the
 results of the experiments are in agreement with
 the theoretical predictions. The second part of the
 paper is devoted to a detailed description of the
 experimental apparatus and the method of
 observation. The third part of the paper is
 devoted to a discussion of the results and to
 a comparison with the theoretical predictions.
 The fourth part of the paper is devoted to a
 summary of the results and to a few concluding
 remarks.

JUAN DE NOVOA

Y LA DEFENSA DEL PUENTE DE ORENSE



(Episodio histórico)



Al afamado jurisconsulto y elocuente tribuno

D. JUAN M. PAZ NOVOA

PLATE DE 20701

THE OFFICE OF THE DIRECTOR OF MINE

WASHINGTON, D. C.

1907

U. S. GEOLOGICAL SURVEY

WASHINGTON, D. C.

JUAN DE NOVOA

Y LA DEFENSA DEL PUENTE DE ORENSE

I

En distintas épocas tuvo que sufrir la ciudad de Orense los ataques de pueblos extranjeros, viendo ya, durante el reinado de don Favila, arrasadas sus antiguas murallas y derruidos sus templos por los árabes, según refieren las crónicas de aquellos tiempos.

Corría el año 738, y reinaba en Asturias y Galicia el sucesor de don Pelayo, elegido, á la muerte del héroe de Covadonga, por los nobles refugiados en las asperezas de aquellas montañas, inexpugnable fortaleza, que el Ser Supremo

colocó allí para servir de baluarte á los esforzados varones, que supieron resistir el empuje de las feroces hordas africanas.

Entraron los árabes por la Lusitania, arrasando villas, ciudades y monasterios, desde Braga hasta Oporto, Coimbra, Guimarees y Tuy, siendo esta ciudad la que sufrió más calamidades, según se deduce de una escritura de donación, firmada por doña Urraca el año 1071, y en la que se otorgan varios privilegios y mercedes á la Iglesia Tudense, como afirma Sandoval.

Dice la escritura así:

«Sabemos, cierto por relación de los antiguos, que los cristianos fueron señores de toda España, y que cada provincia estaba adornada con sus sillas é Iglesias episcopales: Y no mucho después (creciendo los pecados) fué destruida por los moros africanos: Y que la Iglesia de Tuy y el Obispo que tenía su gobierno y regla, con todos los suyos, fueron llevados cautivos de los enemigos. Á unos mataron y á otros vendieron y así mismo destruyeron la ciudad, la cual muchos años estuvo viuda y cargada de luto.»

No satisfechos los árabes con el rico botín que habían reunido, determinaron avanzar con sus huestes por toda Galicia, hasta Orense, por

lo que sus habitantes se previnieron á la defensa, á pesar de verse abandonados de su Obispo Sabario y del alto clero que, ante la inminencia del peligro, huyeron de la ciudad, llevando cuanto de más valor encerraban templos y santuarios.

Refugiados en el Castro, y creyéndose allí al abrigo de la irrupción agarena, no se cuidaron de enviar socorros á la ciudad en tan apretado lance; pero el valor de los orensanos supo resistir uno y otro ataque, irritando en tan alto grado al enemigo que, cuando logró al fin vencer á los esforzados defensores de la plaza, en fuerza de carecer de alimentos y vituallas, castigó cruelmente tan larga resistencia, saqueando y arrasando todos sus edificios más principales y acuchillando sin piedad á los valientes y leales hijos de Orense.

Grande fué el terror que se extendió por los pueblos y lugares vecinos, al conocer la bárbara conducta de los moros, hasta el extremo de huir en masa, abandonando sus haciendas y procurando salvar únicamente sus vidas y los objetos más preciosos, sin olvidar aquellos que veneraban con santo fervor y religiosa piedad.

Nuestra Señora de las Hermitas, la Virgen del Cristal, y otras imágenes, á las que tenían

gran devoción los naturales del país, fueron llevadas y puestas en seguridad entre las asperezas de las montañas; conservándose en toda la provincia la popular tradición, que se refiere al milagroso hallazgo de la segunda de dichas imágenes en Villanueva de los Infantes, el año 1730.

Asegura Huerta que el Obispo Sabario llevó también la imagen del Crucificado, que se venera en la Catedral de Orense, así como las ricas alhajas y preciadas reliquias del templo, pues, si así no fuera, hubieran formado parte del botín arrebatado por los infieles, de la misma manera que lo fueron las grandes riquezas de los monasterios de San Salvador de Frigigeiro y de San Esteban de Rivas de Sil, cuyos monjes perecieron casi todos y hechos cautivos los restantes, haciendo resaltar la conducta de estos monjes, lo mismo que la del Obispo de Tuy, el abandono en que dejó á su grey el Prelado de Orense.

Después de largos años, se repuso algún tanto la ciudad de las pérdidas sufridas, y, aun cuando no había ya que temer los ataques de los moros, reducidos á la posesión de la baja Extremadura y parte de Andalucía, no faltaron, en la época á que me refiero, enemigos de Es-

paña, que intentaron apoderarse de Galicia y llegaron hasta las mismas puertas de Orense; pero si en el año 738 se vió el pueblo huérfano y abandonado por su Obispo Sabario, en 1386 contaron los orensanos con un valiente Capitán para conducirles al combate y obtener la victoria contra los enemigos de su patria.

II

Triste y calamitoso era el estado en que se hallaba España después de la guerra civil, sostenida con singular encarnizamiento entre don Pedro I de Castilla y sus hermanos bastardos, no pudiendo don Enrique el de las Mercedes satisfacer las desmedidas ambiciones de la turbulenta nobleza, ni acallar las pretensiones de algunos Príncipes extranjeros á la corona que don Pedro perdiera con la vida en los campos de Montiel, por la traidora intervenció de un Capitán de aventureros.

Diez años reinó don Enrique, sucediéndole su hijo Juan I, que dejó bastante quebrantado el prestigio de Castilla en la desastrosa jornada de Aljubarrota, no logrando impedir que fuese proclamado Rey de Portugal el célebre Maestre

de Avis, mediante la coalición de ingleses y portugueses, celebrada con el preferente objeto de entregar la corona castellana al Duque de Alencastre, que fundaba sus pretensiones en su casamiento con doña Constanza, hija de Pedro I y de doña María de Padilla.

Sublevóse el orgulloso español ante la alianza del Rey de Portugal y del Duque de Alencastre, acudiendo los nobles y pecheros de Castilla, Asturias y Galicia á la defensa del suelo patrio, haciendo sufrir á los coaligados dos importantes derrotas, la una en Benavente, y la otra en el puente de Orense, y consiguiendo que, tanto el Maestre de Avis como el Duque de Alencastre, modificaran sus locas pretensiones y se concertasen las paces mediante el casamiento del Infante don Enrique, heredero del trono de Castilla, con la Infanta doña Catalina, hija del Duque y nieta del difunto Rey don Pedro.

Con motivo de tan fausto acontecimiento, celebráronse grandes fiestas en la Corte de Juan I, corriéronse cañas y sortijas, y se dió por vez primera á los Infantes desposados el título de *Príncipes de Asturias*, con el que se viene designando desde entonces al heredero de la corona de España.

Al esfuerzo del Conde don Alvar Pérez Osorio, que reunió en Benavente á todos los caballeros de la nobleza castellana, para poner coto á las depredaciones causadas por ingleses y portugueses en las plazas fronterizas, se debe, en primer lugar, tan satisfactorio resultado.

Era el Conde descendiente de don Alvar Nuñez Osorio, Justicia Mayor del reino en tiempos del Rey don Pedro I, y de antiguo y nobilísimo linaje, oriundo de Galicia, según consta de una escritura del año 770, firmada por Osorio Pérez, que descendía del Infante don Dionisio, sobrino del Rey godo Teodorico, y por la cual escritura otorgaba á la familia de los Osorios varias donaciones al monasterio de Santa María del Val.

Seiscientos caballeros y mil peones salieron de la antigua y fortísima plaza de Benavente, que por aquel entonces era considerada como una de las mejores de Castilla, debido á su ventajosa posición sobre la colina que domina la rica y extensa vega, que se dilata á los pies de su gótico castillo, hermoso panorama que el viajero puede contemplar á su sabor desde las estribaciones de la feudal fortaleza, situada á un extremo del lindo paseo de la Mota.

Cortos en número los españoles, pero de es-

forzado ánimo, y alentados por el santo amor de la patria, presentaron la batalla á los de Portugal, peleando con valor y desnudo á las órdenes del Conde Alvar Pérez Osorio, hasta alcanzar completa victoria y vengar allí la sangrienta catástrofe de Aljubarrota, obligando al enemigo á internarse de nuevo en territorio lusitano.

III

En tanto las tropas castellanas rechazaban en Benavente á los portugueses, aprestábanse los gallegos á defender su territorio de la invasión extranjera, porque Juan I de Portugal avanzaba ya al frente de un cuerpo de ejército y amenazaba seriamente las plazas fronterizas, obligando á todos los habitantes de la derecha del Miño, de Guillarey, Entienza, Cabreira, Puenteareas, Filgueira y Arbo, á refugiarse en las fortalezas de Tuy, Salvatierra, Melón y Ribadavia, por mas que la gran mayoría buscaba refugio dentro de los muros de Orense, como punto alejado de la frontera y con mayores elementos para resistir á ingleses y lusitanos coaligados.

Veíanse por los caminos largas hileras de ca-

rretas, que, al tardo paso de los forzudos bueyes, conducían los pobres ajuares de las gentes del campo, las cuales huían del enemigo y buscaban refugio en las plazas fuertes y castillos del país.

La aglomeración de tantas familias hacía difícil la cuestión de subsistencias y contribuía á difundir la alarma y aumentar el terror con sus exageradas noticias y sus lamentos entre todas las clases sociales de la capital.

Un hombre solo consiguió dominar tanta confusión, alentando á los unos, dominando á los otros con la firmeza de su carácter, dictando órdenes y albergando á las mujeres, niños y ancianos en las iglesias y conventos de la ciudad.

Era este valeroso caudillo Juan de Novoa, y pertenecía á la ilustre familia de los Condes de Maceda, habiéndose granjeado el respeto y el cariño de sus conciudadanos, por su noble linaje, su bravura y las bellas cualidades de su carácter, siendo compasivo y generoso con el débil, severo y digno con sus iguales, y entusiasta defensor de la justicia.

En breve tiempo hizo cambiar el aspecto habitual de la ciudad, acumulando la mayor parte de las fuerzas, que pudo organizar, sobre las emi-

nencias que, desde la orilla izquierda del Miño, dominaban entonces la opuesta margen, con objeto de que molestasen todo lo posible al enemigo y le impusieran respeto con la presencia de aquella masa de gente armada y prevenida á defender el paso del Puente mayor.

Elevábase en el centro de esta soberbia obra romana, un castillete ó baluarte que, en aquellas circunstancias, utilizó Juan de Novoa como base de sus operaciones, procurando dejar aislados en la otra banda á los portugueses y retirando, al efecto, todas las barcas de pasaje, para lo que envió río abajo fieles emisarios hasta Filgueira, ordenando al propio tiempo que todos los habitantes de los pueblos y lugares vecinos se presentasen en Orense con los ganados, vituallas y enseres que fuesen de su pertenencia, privando así al enemigo de los recursos más indispensables y abasteciendo de víveres á la capital.

Una vez organizadas las defensas interiores, no era Juan de Novoa de los que esperan con calma el ataque del contrario y, eligiendo entre los más valientes y experimentados caballeros de la ciudad, un pequeño escuadrón de veinte ginetes, avanzó con ellos y una mesnada de peones por el camino de Ribadavia.

Algunos campesinos rezagados, poseídos del mayor pánico, dieron aviso al de Novoa de la aproximación de los portugueses y, una vez dada la señal de aviso convenida á los defensores del Puente, adelantóse con los suyos hasta el frondoso bosque que entonces cubría ambas orillas del camino hasta más allá del lugar que ocupa hoy la pequeña aldea de las Caldas.

No fué muy larga la espera, y, cuando el sol se ocultaba tras los montes de Piñor, llegaban ya las avanzadas del Maestre de Avis muy cerca del punto en que se hallaba emboscado Juan de Novoa con su gente, quien, dando la señal de ataque, cayó de repente con sus caballeros sobre los sorprendidos portugueses, y les puso en precipitada fuga, haciéndoles retroceder hasta incorporarse al grueso del ejército lusitano, no sin dejar algunos prisioneros en poder del bravo Capitán gallego.

Comprendió Juan de Novoa cuán aventurado sería espesar el grueso de las fuerzas contrarias, que se veían ya avanzar con rapidez, y dispuso la retirada, colocándose con sus ginetes á retaguardia, y teniendo más de una vez que rechazar los impetuosos ataques de los escuadrones enemigos, que, enfurecidos por la inesperada acometida de los orensanos, no dejaban un

instante de reposo á nuestros valientes soldados, ante el deseo de rescatar á los prisioneros y tomar la revancha.

Repasóse, al fin, el Puente mayor, y, realizados en parte los propósitos del arrojado defensor de Orense, ordenó éste que los prisioneros fueran encerrados en una de las iglesias de la ciudad, y que se les tratase de la misma manera que á los naturales del país, refugiados en la capital, suministrándoles iguales raciones y resguardándoles con un fuerte destacamento de peones que, á la vez que les custodiaban, debían impedir cualquiera desmán del irritado populacho.

IV

Vino la noche con sus oscuras y silenciosas sombras; releváronse distintas veces los centinelas que velaban sobre las márgenes del Miño, oyéndose resonar el «alerta» de nuestros soldados, en tanto que en la derecha orilla, brillaban las numerosas hogueras del ejército portugués, y el noble deudo de los condes de Maceda, recorría incansable los puestos avanzados, reco-

mendando la mayor vigilancia, ó disponiendo nuevos elementos de defensa contra los enemigos de su patria.

Grande algazara y movimiento se observó desde las primeras horas de la mañana, en el campamento de Juan I de Portugal, y, cuando el sol iluminaba ya valles y montañas, quebrando sus rayos en las aguas del caudaloso río, avanzaron seis mesnadas ó compañías sobre el Puente mayor, y atacaron con gran empeño y decisión el baluarte y los parapetos que Juan de Novoa mandara levantar como refuerzo para la defensa de la capital.

Una y otra vez fueron rechazados los portugueses, sin conseguir tomar las posiciones de los nuestros; pero no por eso cesaron en sus acometidas, hasta que, convencido el Maestre de Avis de lo infructuoso del ataque, ordenó la retirada, y convocó á consejo á los capitanes de su ejército, quienes, después de larga deliberación, acordaron intentar el paso del río en grandes balsas, que se construyeron á toda prisa, y que, al amanecer del siguiente día, flotaban ya sobre las profundas aguas del Miño.

Sorprendidos los orensanos al contemplar la obra del ejército enemigo, conceptuaban ya en poder de los portugueses su querida ciudad; pe-

ro Juan de Novoa acudió también en esta ocasión á la defensa, cual experto Capitán, y colocando á lo largo del Puente, lo mismo que en la izquierda orilla del río, á sus más hábiles ballesteros, ordenó á los restantes peones que condujesen hasta la cima del arco central, grandes peñascos, con objeto de arrojarlos sobre las balsas que se aventurasen en tan peligrosa intenciona.

Ejecutóse con presteza lo dispuesto por el bravo caudillo y, cuando las toscas embarcaciones empezaron á moverse con la forzosa lentitud que les imponía su especial construcción, los ballesteros del de Novoa cumplieron á conciencia su cometido, causando numerosas bajas entre los indefensos portugueses y viéndose en breve arrastrada por la corriente la primera balsa, sin remeros experimentados que la dirigiesen, y con la mayoría de sus tripulantes heridos.

Avanzaron las embarcaciones restantes deseando vengar este primer fracaso; pero desbaratadas con los peñascos que desde lo alto del Puente arrojaban los infantes, perecieron ahogados más de doscientos enemigos, logrando salvarse tan sólo de la catástrofe, aquellos que pudieron retroceder á tiempo y arribar otra vez al punto de partida.

Tan terrible desastre, desanimó por completo á los lusitanos y, antes de que el sol desapareciese tras las cumbres de Piñor, ya el ejército portugués había emprendido la retirada, y Orense podía conceptuarse libre de la invasión extranjera, habiendo recabado, con el solo esfuerzo de sus leales habitantes, la gloria de ser, en aquella ocasión, el baluarte de la independencia patria, ante el cual se estrellaron los ambiciosos proyectos de Juan I de Portugal y del intrigante Duque de Alençastre.

Con este notable hecho de armas creció la fama y el renombre de Juan de Novoa, quien, después, contribuyó con su prestigio á que se concertasen las paces entre Castilla, Inglaterra y Portugal, renunciando el de Alençastre á sus locas pretensiones, y conformándose el monarca lusitano con el territorio portugués, propiamente dicho, ó sea desde el cabo de Santa María al S. hasta la desembocadura del Miño en el Atlántico.

SANTA MARÍA DE TENTUDÍA

—••—
(Tradición)
—

Al cariñoso amigo y elocuente orador sagrado

D. MARCELO MACÍAS

ANNUAL REPORT OF THE

COMMISSIONER OF THE

GENERAL LAND OFFICE

FOR THE YEAR 1880

WASHINGTON: GOVERNMENT PRINTING OFFICE: 1881.

SANTA MARÍA DE TENTUDÍA

(TRADICIÓN)

I

Uno de los nobles gallegos que más se distinguieron por sus hechos de armas en la Edad Media y con motivo de la reconquista, fué don Pelai Pérez de Correa, Gran Maestre de la orden de Santiago y descendiente del célebre Payo de Correa y de Pedro Correa, *el Viejo*, señor de Novaes, de quienes me ocupé al escribir la leyenda del excomulgado Vasco Martínez de Pimentel.

Era don Pelai Pérez de Correa, hijo de Pedro Pérez y doña Dordia Aguiar, naturales de Ga-

licia, los dos, y por esta razón, aseguran Gándara y Huerta, que aquél era gallego y no portugués, según pretende Rades, viniendo á confirmarlo la alta investidura de Gran Maestro de la orden de Santiago, con que fué agraciado por el Rey Fernando III de Castilla y de León.

Proclamado este monarca el año 1230, apercibióse desde luego á continuar la gran obra de la reconquista, enviando, al efecto, sobre Córdoba, el año 1234, al Infante don Alonso, con un fuerte ejército, del que era uno de sus Capitanes don Pelai Pérez de Correa, al que cupo la gloria de penetrar un día bravamente con su mesnada en la corte de los Omniadas, sembrando el terror entre los infieles, y logrando hacerse fuerte en un arrabal de muzárabes, cuando los moros, repuestos algún tanto de su primera sorpresa, se revolvieron contra los cristianos y pretendieron agobiarles con su número.

El arriesgado lance, en que se metiera don Pelai, requería pronto y eficaz auxilio, y el Infante emprendía uno y otro ataque contra las fuertes murallas de Córdoba, sin conseguir más ventajas que prestar alientos á los cercados y hambrientos hombres de Correa; pero sabedor el Rey de la comprometida situación en que se hallaba su ejército, y muy especialmente aquel

puñado de valientes, salió de Benavente á marchas forzadas en socorro de don Alonso y de Pelai Pérez, poniendo estrecho cerco á la capital del Califato de Occidente.

Rendida Córdoba al Rey cristiano, en 1236, puso sitio después á Jaén, que pertenecía al Rey de Granada, Mahomed-Alhamar, á donde le siguió el señor de Correa, distinguiéndose por su valor y entrando en la ciudad con Fernando III, cuando Alhamar entregó la plaza al victorioso monarca de Castilla.

Marchó el Rey con parte de su gente sobre Sevilla y ordenó, al propio tiempo, al Infante don Alonso, que avanzase sobre el reino de Murcia, mandato que ejecutó con tan feliz estrella, acompañado del bravo Capitán Pelai Pérez, que, antes de haber cercado por completo á Sevilla el Rey, ya regresaban aquéllos, victoriosos de su empresa, y eran portadores de un nuevo y rico florón para la corona que ceñía á su frente el afortunado monarca.

Incansable el esforzado noble gallego en sus guerreras empresas, después de haber acompañado al Infante en el cerco y toma de Alcalá de Guadaira y de Yelves, recibe de manos del soberano la alta investidura de Gran Maestre, coopera á la toma de Sevilla; arremete con su mes-

nada por el célebre barrio de Triana; llega hasta las puertas de la ciudad; saquea, mata y siembra el espanto entre los moros, y coopera con su acreditado valor á que en 1248 pase á poder de Fernando III la hermosa sultana del Guadalquivir.

II

Vencido y humillado Abul-Hassan, parte al África con trescientos mil árabes, según refiere la Historia, y el monarca castellano da treguas á los moros y concede descanso á sus guerreros, con objeto de preparar una expedición al mismo territorio africano; pero no por esto deja de combatir Pelai Pérez á los infieles y de llevar á cabo frecuentes excursiones por el reino granadino, al frente de los caballeros de la orden de Santiago y de los valientes y aguerridos soldados gallegos de su mesnada.

Regresaba el noble Maestre de verificar una correría por tierra de Llerena, cuando se vió atacado repentinamente por un fuerte cuerpo de caballeros árabes que le esperaban emboscados en las últimas estribaciones de la sierra, pa-

ra asegurar mejor la victoria; pero no era Pelai Pérez de los que se atemorizan por el número de sus enemigos, ni le sorprendían tan fácilmente los moros con sus estratagemas, y, tomando con rapidéz una acertada resolución, hizo retirar sus peones á la espalda, esperando, al frente de sus caballeros, la arremetida de los ginetes árabes.

Acometieron éstos con furor, llegando hasta tocar con las puntas de sus lanzas en los embrazados escudos de los caballeros de Santiago, que abrieron sus filas en tan crítico momento, con admirable precisión, se dividieron en dos alas y partieron al galope de sus corceles en opuesto sentido, logrando así formar un vasto círculo, en cuyo centro quedaron encerrados los ginetes árabes, sorprendidos por tan rápida maniobra y acribillados á ballestazos por los peones cristianos que les hacían frente.

Cuando los ginetes moros se preparaban para atacar nuevamente al enemigo, ya arremetían los de Pelai Pérez, estrechando cada vez más las distancias y entablándose una sangrienta lucha, cuyo resultado era difícil prever.

Terrible fué el choque; pero los de Santiago obedecen como un solo hombre á su Maestre que, á cada bote de su lanza, derriba á un infiel

en tierra y que, lanzando con formidable voz el guerrero grito de: «¡Santiago, y cierra España!», acomete con más bravura; y la victoria no era ya dudosa para los cristianos, si las sombras de la noche no venían á proteger al enemigo.

Resistía éste con valor; prolongábase el combate más de lo que quería el Gran Maestre, y se batían en retirada sobre la sierra los moros, cuando el sol comenzaba á desaparecer sobre sus elevadas cumbres.

Apretaba los puños Pelai Pérez, enarbolando su terrible maza de armas, y se revolvía entre los grupos de ginetes árabes, destrozando cimeras, magullando cascos y aclarando cada vez más las filas del enemigo; pero comprendiendo que no podía vencerlos tan pronto como deseaba, para asegurar la victoria, y que en breve desaparecerían entre la obscuridad de la noche y los desfiladeros de la montaña, elevó sus ojos al cielo y, mirando al astro del día, que muy pronto dejaría de brillar, exclamó en un arranque de sublime desesperación: «¡Santa María, ten-tu-día!»

Refiere la Sagrada Escritura que Josué alcanzó una memorable victoria sobre los enemigos del pueblo hebreo, mediante el raro prodigio de la parada del sol en el horizonte, logrando

así derrotar por completo al ejército que combatía contra el pueblo de Israel.

Igual prodigio solicitó de la Madre de Jesús el buen caballero gallego, y, cuenta la tradición, que se realizó el milagro por segunda vez, pudiendo así derrotar completamente á los infieles, tradición que se ha perpetuado hasta nuestros días entre los habitantes de aquella comarca, por haber erigido Pelai Pérez, en el mismo lugar en donde alcanzó tan memorable victoria, un santuario consagrado en honor de la Virgen María, y que es conocido con el nombre de *Santa María de Tentudia*.

III

Cuando por vez primera publiqué esta tradición, no me fué posible encontrar datos fehacientes sobre la existencia del santuario, ó el punto en que se hubiese erigido, para comprobar cuanto posible fuera mi relato.

Hallábame, por esta razón, algún tanto rehacio para incluir este trabajo en el tomo correspondiente de la *Biblioteca Gallega*, y ocurrióseme un día la feliz idea de consultar al ilustrado

profesor de Retórica del Instituto de Orense, don Marcelo Macías, y, en verdad, que nunca pude sospechar que mi distinguido amigo pudiera facilitarme datos tan cumplidos como satisfactorios.

Al señor Macías corresponde, pues, la parte más esencial é interesante de la tradición que hoy creo conveniente reproducir, en vista de la importancia de las noticias y curiosos detalles que aquél se ha servido facilitarme, respecto al santuario de Santa María de Tentudía.

En los límites de la provincia de Badajoz con el antiguo reino de Andalucía, y sobre uno de los más altos picos, Sierra Morena, se conserva aún en pie la capilla ó ermita, erigida por Pelai Pérez de Correa en honor de la Madre de Jesús, entre los pueblos de Calera de León y el de Monesterio.

Hállase ya el santuario en estado ruinoso, por más que el sepulcro de azulejos en que duerme el sueño eterno aquel esclarecido hijo de Galicia, se conserve sin grandes desperfectos, lo mismo que otros varios enterramientos con estatuas yacentes de algunos caballeros de la orden de Santiago.

Al lado del Evangelio puede apreciarse el lugar en que permanece empotrada y tapiada la

vencedora espada de Pelai Pérez, ofrecida á la Virgen, después de la victoria obtenida con su intercesión.

Contiguas á la capilla se elevan las paredes de un convento aruinado, que amenaza desplomarse por completo y que, en otros tiempos, servía de reclusión á los caballeros de la Orden, que merecían algún castigo de sus Jefes.

En el declive de la montaña se conservan también las paredes de una pequeña ermita, conocida con el nombre de *Humilladero*, y que las gentes del país señalan como el lugar en que don Pelai se arrodilló, invocando el auxilio de la Virgen María.

Por los azulejos de reflejos metálicos, que aún puede admirar el viajero, y que van llevándose los *touristas* aficionados á estos recuerdos, se comprende el lujo y la magnificencia con que fué decorado el *Humilladero*.

Con estos mismos azulejos se han construído dos artísticos cuadros, incrustados en la pared, á ambos lados del altar mayor del santuario principal, y que bien merecen ser conservados por todos los medios posibles.

Celébrase anualmente en Santa María de Tenuidia la festividad de San Marcos, el 23 de Abril, en honor del patrón de la casa matriz de los ca-

balleros de Santiago, que estaba en León, y en ese día concurren casi todos los vecinos de los pueblos comarcanos á la hermosa pradera que se extiende á los pies de la capilla.

Desde la torre del santuario pueden divisarse, en días claros y serenos y con el auxilio de un buen antejo, las ciudades de Badajoz y Sevilla, los pueblos de Llerena, Montemolín, Fuente-de-canto, Monesterio, Zafra y otros muchos, así como los tortuosos caminos de la sierra, y por ellos millares de romeros, que acuden á venerar los restos del famoso *Pelayo*. según le apellidan las gentes del país.

Sale procesionalmente de Calera de León la imagen de San Marcos, hasta el santuario, por la mañana, y regresa á la tarde, atribuyéndose también la fundación de Calera, al mismo Pelai Pérez y demás caballeros de Santiago, como parece indicarlo su nombre, y haber pertenecido con otros muchos pueblos de aquella comarca, hasta la formación del coto redondo de *Ciudad Real*, al Priorato de las Órdenes militares, cuya capital era Llerena, y cuyos pueblos y ciudades donó el Rey á sus conquistadores don Pelai Pérez y demás sucesores.

En el pueblo de Calera se conserva aún otro grandioso edificio, que perteneció á la Orden, y

es fama que se titula Calera, porque en este punto se establecieron los operarios y trabajadores para la construcción del santuario.

Sensible es que, tanto el monasterio como la capilla, se hallen amenazados de inmediata ruina, desapareciendo así aquellos gloriosos recuerdos y las cenizas de un hijo de Galicia, cuyo nombre adquirió justa fama y notoria celebridad, durante el reinado de Fernando III.

Las ricas dehesas y fértiles y extensos terrenos, que al monasterio y santuario pertenecían, han sido adquiridos por un particular, que hoy los disfruta, y que representan un capital de algunos millones, aún cuando fueron comprados por una cantidad insignificante; pero sin que tan pingüe ganancia impulse al propietario á consagrar la más mínima suma á la conservación de aquellos monumentos.

Cuando mi excelente amigo el señor Macías se hallaba de Cura párroco en Monesterio, recibió órdenes del Obispo de Badajoz, para verificar la entrega de la mitad del edificio conventual á los Ingenieros, que el Gobierno destinaba para practicar varios estudios en aquella comarca, con la obligación de que atendiesen á la reparación de la Iglesia y del santuario.

No pudo hacerlo así el señor Macías, porque

obtuvo el nombramiento de catedrático para un Instituto de segunda enseñanza, y abandonó aquellos lugares, antes de que llegasen los Ingenieros; pero propuso y trabajó con gran interés para que se gestionase la traslación de las cenizas de Pelai Pérez al panteón de hombres ilustres, ó que se declarase el santuario monumento nacional.

Desgraciadamente nada se ha conseguido hasta hoy, y, después de hacer aquí presente mi gratitud al Sr. Macías, por su interés en favor de una legítima gloria gallega, creo oportuno dirigir un ruego á los hombres importantes de nuestra región, como los señores Montero Ríos, Elduayen, Vega Armijo, Bugallal, Merelles, Vincenti, Puga, Urzaiz, Pérez y otros, que tienen reconocida influencia en las regiones oficiales, para que trabajen, y trabajen con fe, hasta conseguir que el santuario de Santa María de Tentudía, sea declarado monumento nacional, y se atienda á su conservación, con todo el esmero que se merece.

EL CID CAMPEADOR

PROBABLE DESCENDENCIA DE ESTE HÉROE EN GALICIA



Al consecuente republicano é incansable escritor

MANUEL CASTRO LÓPEZ

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

THE OLD CAMPBELL

EL CID CAMPEADOR

PROBABLE DESCENDENCIA DE ESTE HÉROE

EN GALICIA

I

En distintas ocasiones ha preocupado mi ánimo el origen que pueda tener este ilustre apellido en Galicia, existiendo en la actualidad muchas familias que lo poseen, popularizando así el sobrenombre del célebre guerrero Rui Díaz de Vivar, con el que fué designado por los moros, á quienes combatió y derrotó, conquistándoles tierras y castillos, plazas fuertes, y ciudades tan ricas é importantes como Valencia.

Han puesto algunos en duda la existencia de

este legendario tipo de los caballeros de la Edad Media, de este héroe, que lo mismo se atrevía á exigir juramento á Alfonso VI, en Santa Gadea, como conquistaba, á fuerza de puños y botes de lanza, un reino entero, para regalarlo después al ingrato y desconfiado monarca, que lo desterrara de su reino.

La existencia del Campeador, es indudable ya, y el pueblo español le considera como uno de sus héroes más queridos, desde que Zorrilla, el inspirado y dulce cantor de populares tradiciones y de todo lo bello y grande que la Naturaleza encierra, ha venido con su fecunda musa á cantar, también, en un grandioso poema, la gloriosa apoteosis del Cid Campeador.

El erudito Marqués de Pidal, el inolvidable Hartzembusch, el señor Cavanilles, y la misma Academia española, han contribuído á esclarecer las dudas que sobre este importante punto de nuestra historia patria, han manifestado historiadores como Masdeu, Dunhan y su traductor don Antonio Alcalá Galiano, dando á conocer la célebre crónica *Gesta Roderici Campidocti*, recuperada del poder de un sabio escritor alemán por la Academia, y según la cual, no puede ya dudarse de la existencia del Cid, por haberse escrito dicha crónica en el siglo XII, y

haber publicado después, á mayor abundamiento, el señor Dozy, un libro en el que, con testimonio de respetables escritores árabes, contemporáneos del Campeador, se confirman su existencia y sus memorables hazañas.

Indudable, pues, la existencia y la justa celebridad del inmortal paladín de la Edad Media, de aquel héroe de pura raza española por sus cuatro costados, tan caballero y generoso, que no cedía al mismo Rey; no seré yo quien vaya á poner en duda ciertos hechos y aventuras que se relatan en el popular Romancero, y que han llegado hasta nosotros de generación en generación, conservando todo el interés novelesco que todas ellas encierran por su misma grandeza y sencillez.

La jura de Santa Gadea; la conquista de Valencia, en que se revela el carácter caballeresco del *batallador*, al enviar á su Rey las llaves de aquella hermosa ciudad, noble rasgo que consigna el Romancero, diciendo:

«Y conquistado un castillo,
Fago pintar en sus piedras
Las armas del Rey Alfonso,
Y yo humillado á par de ellas;»

el engaño con que logró sacar á los ricos judíos de Burgos una alzada cantidad, y que también

se relata, poniendo en boca del Cid las siguientes palabras:

«Y decidles de mi parte
Que me quieran perdonar,
Que con la cuita lo fice
De mi gran necesidad;
Que, aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ellos
El oro de mi verdad;»

la batalla que se cuenta, ganó después de muerto á los Almoravides; la aventura del león, y otras ciento, que han llegado hasta nuestros días sin perder ese colorido especial con que aparece revestida la noble y caballeresca figura del Campeador, forman un conjunto verdaderamente original, y si la historia afirma unos hechos y pone en duda otros, no he de ser yo tan severo como el historiador, cuando tan poco valgo, ni he de contrariar por eso la idea que me he formado, leyendo uno y otro *romance*, en los que, la imaginación del poeta parece adaptarse á los sueños y fantasmagorías de mi propia imaginación, y el pensamiento se traslada, soñando, á la época en que vivieron aquellos bravos caballeros, corredores de aventuras, protectores de doncellas, desfacedores de entuertos, y campeones constantes de su Dios, de su Rey y de su dama.

Ahora bien: ¿dejó el Cid hijos varones, que perpetuasen su raza y el glorioso sobrenombre que le dieron los árabes, ó pasó éste á alguna rama colateral de su familia?

He aquí lo que varias veces me he propuesto averiguar; esto es, el origen del apellido que llevo unido á mi nombre de pila, y que también poseen otras muchas familias de Galicia.

Y téngase bien entendido que no me ha impulsado jamás el afán de recabar glorias pasadas ya, ni origen tan nobilísimo, porque soy demócrata por mis costumbres, por mi propia naturaleza y por convicción; pero el deseo de escudriñar el motivo de que se conserve aquí el nombre del Cid, sin corrupción ni variación alguna, desde aquellos lejanos tiempos, páreceme que justifica sobradamente mi curiosidad, y como el Campeador sólo figura en la historia con dos hijas, que no podían transmitir á sus descendientes el sobrenombre del conquistador de Valencia, preciso es buscar en una rama colateral la perpetuidad de este apellido, y la trasmisión del mismo hasta nuestros días, durante el trascurso de siete siglos, si posible me fuera hacerlo así, y encontrar los datos necesarios entre los escasos é incompletos libros y documentos que me es dado consultar para este objeto.

II

Después de la muerte del Rey moro de Toledo, el generoso Alimenón, constante protector del monarca castellano Alfonso VI, cuando éste se hallaba expatriado y perseguido, presentóse ancho campo para las guerreras empresas del Campeador, dispuesto siempre á combatir contra los naturales enemigos de todo buen caballero cristiano.

Cuando Alfonso VI recuperó la corona, mediante el auxilio que generosamente le prestara Alimenón, firmaron los dos monarcas estrecho pacto de alianza, que mantuvieron fielmente uno y otro hasta la muerte del Rey moro de Toledo y de su hijo Hixen; pero que fué quebrantada durante el reinado de Jahia-Cadir, con la declaración de guerra hecha por el Rey de Castilla y de León, que puso riguroso cerco á la antigua capital de la monarquía goda, y que consiguió hacerse dueño de plaza tan importante el año 1085.

Fué el Cid el primer caballero castellano que penetró en la histórica y monumental ciudad,

tremolando el victorioso pendón de Castilla, según refieren varios cronistas, mereciendo del monarca la alta distinción de ser nombrado primer Alcaide de Toledo, cargo ambicionado y disputado por los más nobles y ricos señores de la corte.

Mil caballeros quedaron para resguardo de la plaza, á las órdenes de Rui Díaz de Vivar, revelando así la importancia en que se tenía á la reina del Tajo, y la gran responsabilidad que sobre su Alcaide pesaba, si los árabes volvieran á recuperarla algún día; pero afortunadamente conservóse siempre, desde aquella época, en poder de los cristianos, y según refiere Sandoval, sucedieron al Cid en la ambicionada Alcaidía de Toledo, ricos y poderosos infanzones castellanos, fieles siempre á su patria y á su Rey.

Fué el segundo Alcaide el Conde don Ramón, yerno del Rey y casado con la Infanta doña Urraca, el año 1095, y le sucedió en tan importante cargo don Alvar Yáñez de Miaña, primo hermano del Campeador, por ser hijo de Fernán Lainez, hermano de Diego Lainez, que á su vez era el padre de Rui Díaz de Vivar, siendo también hermanas las madres del Cid y de Alvar Yáñez de Miaña, llamadas Teresa Núñez y Ximèna Núñez, como aparece consigna-

do en la vieja crónica que me sirve de consulta.

Durante el mando de Alvar Yáñez en Toledo, puso cerco á la inexpugnable ciudad el Rey de Marruecos Insuf-Ben-Takfin, que había desembarcado en las costas españolas con un numeroso ejército, y cuyos esfuerzos se estrellaron ante la bravura y la lealtad de los mil caballeros cristianos que, á las órdenes de su tercer Alcaide, supieron resistir las acometidas y los furiosos asaltos del enemigo, manteniendo incólume y victorioso el morado pendón de Castilla sobre los muros de la plaza.

En los últimos años del largo reinado de Alfonso VI, aparece como Alcaide de Toledo, Miguel *Cid*, primero que usa este apellido, figurando así escrito en varios privilegios del monarca de Castilla, que por esta razón debía ser rico-home de su corte y pariente, deudo, ó descendiente del Cid Campeador, pues de otra manera no se comprende ni explica que aquél adoptase el sobrenombre puramente árabe que los moros dieron al conquistador de Valencia.

Lo cierto es que en la cronología de los Alcaides de Toledo, figura Miguel Cid, y no conociéndose hasta entonces en Castilla dicho apellido, debe creerse que era pariente muy cer-

cano de Rui Díaz de Vivar, y que en su memoria lo tomó dicho Alcaide para honrar al temido y batallador enemigo de los árabes, pues existiendo en aquélla época deudos y parientes muy cercanos del Campeador, no puede suponerse que un extraño á la familia hiciese uso del glorioso sobrenombre que el célebre Capitán había alcanzado en los campos de batalla, con sus proezas y sus heróicos hechos de armas.

Por otra parte, el nombre de Miguel Cid, sólo se cita como Alcaide de Toledo y rico-home de la corte de Alfonso VI; pero de ninguna manera como un héroe rival del Campeador, por sus hazañas, y que mereciese ser designado con este honroso sobrenombre, y si esto no se consigna en la historia, ni en las tradiciones, ni en los romances, claro es que únicamente es dado suponer que pudo usar tan glorioso apellido por su parentesco con Rui Díaz de Vivar, de quien era descendiente más ó menos directo.

III

Afirma Sandoval el parentesco de Miguel Cid con el Campeador, y asegura Fray Felipe

de la Gándara que había en su tiempo en Galicia hijos-dalgo de este apellido en el Obispado de Orense, y que no se encontraban en otra parte.

Que en aquella época no existiesen en España otras familias de este nombre, no será yo quien lo ponga en duda; pero en la actualidad, existen también en tierra de Béjar, de Zamora, y aún en la de Burgos, según he tenido ocasión de observar.

Volviendo ahora á la confusa genealogía de los descendientes de Miguel Cid, cuarto Alcaide de Toledo, diré que en tiempos de Alfonso VII, figura Pedro Cid, Capitán del ejército castellano, é hijo de Miguel Cid, teniendo un hermano llamado Fray Martín Cid, de la orden del Cister, y que la historia de la Iglesia cristiana pone como fundador del monasterio de Valparaiso.

Cerca de Orense existen unas propiedades y un monte conocidos con este nombre, y aún cuando no se conservan ya ni vestigios de dicho monasterio, subsiste, en cambio, el *Priorato do Viso*, que revela la existencia de aquél en tiempos mas remotos, pues sabido es que los prioratos han sido como sucursales ó administraciones subalternas de aquellas importantes comunidades de la Edad Media.

Estos son los únicos datos fidedignos que me ha sido posible adquirir, respecto al origen que pueda tener en Galicia el apellido del Cid, no siendo aventurado suponer que los descendientes de Pedro Cid han sido quienes lo usaron primeramente en esta región, y que de este Capitán provenían, por lo tanto, los hijos-dalgo gallegos que menciona el P. Gándara.

En el trascurso de siete siglos ha llegado á popularizarse de tal manera este apellido, que, así como todos conocemos las hazañas del Campeador, relatadas en romances y en tradiciones, que corren de boca en boca, así aquel sobrenombre glorioso del conquistador de Valencia lo conocemos también en todas las actuales clases sociales, aún cuando haya perdido ya los timbres y el prestigio con que le enaltecíó aquel célebre Capitán del décimo siglo.

Jueces, abogados, médicos, sacerdotes, militares, comerciantes, labradores, infatuados mayorazgos próximos á desaparecer, y escritores tan dejados de la mano de Dios y tan atrevidos como el que estas líneas escribe, de todas estas clases existen llevando el inmortal sobrenombre del Campeador, y á todo esto ha llegado el glorioso título, dado por los árabes al infatigable batallador que conquistaba y regalaba reinos

enteros, plazas fuertes y ciudades á su Rey y á su patria.

Negar que me alhaga la idea de contar entre mis ascendientes á tan valiente y caballeroso Capitán, sería hacer alarde de una modestia que nadie había de creer, y que no convencería á mis lectores; pero tampoco debo negar que me alhaga de igual manera ver en la actualidad democratizado aquel glorioso sobrenombre, hasta el extremo de que al lado de un *Cid*, infatuado con su abolengo y con sus pergaminos, pueda codearse otro *Cid*, que sólo sirve para emborronar cuartillas y dar ocupación á los cajistas.

EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS

JUICIO CRÍTICO ACERCA DE ESTA TRADICIÓN,
PREMIADO EN EL CERTAMEN CELEBRADO EL 15 DE
AGOSTO DE 1886 POR EL CÍRCULO LITERARIO
DE CÁDIZ

À mi consecuente y distinguido amigo
ILUSTRÍSIMO. SR. D. JOAQUÍN VILA YAÑEZ

Abogado y Jefe Superior de Administración,
en prueba de franca y sincera amistad.

EL TRIBUTO DE LAS CINCO PORTAS

En el año de mil y seiscientos y noventa y tres
el día de mayo de diez y siete
Yo el Rey, por mandado del Rey nuestro señor
el Sr. D. Felipe IV, el Rey, en su Consejo de
Indias, mandamos que se ponga en ejecución
lo que en el Real Cédula siguiente se contiene.

Que se ponga en ejecución lo que en el Real
Cédula siguiente se contiene.
Yo el Rey, por mandado del Rey nuestro señor
el Sr. D. Felipe IV, el Rey, en su Consejo de
Indias, mandamos que se ponga en ejecución
lo que en el Real Cédula siguiente se contiene.

Que se ponga en ejecución lo que en el Real
Cédula siguiente se contiene.
Yo el Rey, por mandado del Rey nuestro señor
el Sr. D. Felipe IV, el Rey, en su Consejo de
Indias, mandamos que se ponga en ejecución
lo que en el Real Cédula siguiente se contiene.

JUICIO CRÍTICO

ACERCA DE LA TRADICIÓN DEL TRIBUTO DE LAS
CIEN DONCELLAS

Lema: «Sin la tradición,
no sería posible escribir la
historia de la humanidad,
constituyendo, por lo tan-
to, una parte integrante de
esa historia.»

I

¿Es tradición, ó es un hecho real y positivo?

Según unos, *el tributo de las cien doncellas* no es más que una conseja, una leyenda que no tiene fundamento alguno. Según otros, es indudable que en tiempos de Mauregato se pactó con los moros este vergonzoso feudo.

Entre los impugnadores figuran, nombres tan respetables como Ferreras, Florez, Lafuente, Sa-

bau, Masdeu y Cavanilles; entre los que afirman la veracidad del hecho, aparecen D. Lucas de Tuy, D. Rodrigo de Toledo, el cronicón del Cerratense, el de Albaida, Morales, Huerta, Garibai, Gándara y Mariana.

Si los primeros son dignos de respeto, los segundos merecen también gran crédito, y aun cuando aquéllos niegan este hecho, por considerar apócrifo el privilegio del Rey Ramiro, y porque no aparece consignado por los escritores coetáneos, en cambio no dudan en admitir como buenas y exactas otras *relaciones milagrosas*, tanto menos creíbles, cuanto más se apartan de lo natural.

Reducidos los cristianos á la más triste condición, ensoberbecidos los moros con sus victorias y la rápida conquista de la península ibérica, no debemos creer tan imposible la exigencia de aquel *tributo*, por muy afrentoso que aparezca hoy á nuestros ojos, teniendo por una parte en cuenta la reconocida sensualidad y las ardientes pasiones de los árabes, y por otra las bárbaras costumbres de aquella época, así como la debilidad de los españoles ante el poderoso y feroz conquistador.

¿No ha existido, acaso, en la España feudal *el derecho de pernada?*

En Asturias y Galicia se conservan aún latentes los recuerdos del feudalismo, y entre ellos figura el brutal privilegio de los señores de horca y cuchillo, dueños de vidas y haciendas, los cuales disfrutaban las primicias de aquellas siervas que con su hermosura llegaban á despertar los lividinosos deseos de su dueño y señor.

Y yo afirmo que, entre la afrenta *impuesta* por un enemigo bárbaro y cruel, cuya religión le ofrece, como premio en la otra vida, eternos y sensuales placeres, y la ignominia arrojada *por capricho y voluntariamente* sobre nosotros, por quien tiene el deber de amparar á sus hermanos de raza y de religión, es más lógica, más creíble, más racional la injuria del enemigo, que la afrentosa mancha grabada sobre nuestra frente por aquel á quien el destino concedió más poder, unido á la sagrada misión de proteger al débil y ampararle contra los enemigos de su patria.

No debe olvidarse, también, que los primeros días de la historia de todos los pueblos del globo terrestre, y los hechos inmediatos á cambios tan radicales como la destrucción de la monarquía goda, que alteran y trastornan por completo la manera de ser de una nación, sus costumbres y su misma pureza de raza, se fundan, por absoluta necesidad, en la tradición, porque,

en medio de un desquiciamiento que envuelve entre sus ruinas á un pueblo poderoso, no debemos suponer que sobran varones de ánimo fuerte y sereno, que consignen con rigurosa exactitud, y día por día, todos los sucesos acaecidos en horas tan aciagas, cuando la escritura era casi una ciencia, y cuando la tormenta se desencadena para aniquilar á una raza degenerada y maldita.

Aun prescindiendo de estas circunstancias excepcionales que justifican el silencio de los escritores coetáneos sobre *el tributo de las cien doncellas*, debo hacer constar aquí que otros sucesos de mayor importancia histórica se han omitido por los cronistas de aquellos lejanos tiempos, y que, sin embargo, aparecen consignados por todos los historiadores como ciertos é indudables, bastando citar aquí solamente uno de ellos para que el poderoso argumento, empleado por los impugnadores del *tributo*, pierda todo su valor y fuerza, y merezcan en cambio todo nuestro crédito D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo de Toledo, primeros escritores que se ocupan de este vergonzoso feudo.

Nada dicen los historiadores y cronistas de don Alfonso el Casto, respecto á la importante expedición de este monarca por el territorio lu-

sitano y la conquista de Lisboa; pero este hecho que no se menciona por los escritores coetáneos del Rey Alfonso, aparece consignado por los cronistas franceses, cuando describen el recibimiento hecho por Carlo Magno á la embajada del monarca español que, en prueba de amistad, le enviaba, entre otros ricos presentes, un soberbio estandarte ó pabellón conquistado sobre los muros de Lisboa.

Después de haber evidenciado tan importante omisión de nuestros historiadores, como la expedición guerrera del Rey Casto, por tierra lusitana, y la conquista de la plaza de Lisboa, creo oportuno entrar ya en el fondo de la cuestión, examinando los distintos pareceres emitidos sobre el asunto que motiva este trabajo, aun cuando mi desautorizada voz no haya de ser la que ha de prestar verdadera luz á esta *tradición*.

II

IMPUGNADORES

Niega D. Antonio Cavanilles la existencia del *tributo de las cien doncellas*, sin aducir razones

de gran fuerza, pues, hablando del reinado de Aurelio, se concreta á decir:

«Algunos, manchando su memoria, dicen que
»pagaba tributo á Abderrhaman, otros, con no-
»torio error, aseguran que este tributo era el de
»las cien doncellas.»

¿Demuestra Cavanilles este error que califica de *notorio*?—De ninguna manera, y únicamente en la misma página del tomo primero de su obra, pueden leerse las siguientes líneas:

«Nada dicen los cronicones mas inmediatos,
»ni de que Aurelio pagase tributo á Abderrha-
»man, ni del feudo de las cien doncellas, suce-
»so que se atribuye á otro Rey posterior por
»varios escritores, y desacreditado como fábula
»en el día, después que se tiene por apócrifo el
»privilegio de D. Ramiro, en que principalmen-
»te descansa.»

Si el Sr. Cavanilles, al emplear la frase *notorio error*, se refiere tan sólo á la época y reinado en que se concertó el pago de este tributo, nada se debe objetar, pues la generalidad de los escritores, que se ocupan de este hecho, lo atribuyen á Mauregato; pero si quiere referirse á la certeza del hecho, como así parece, es demasiado absoluta la expresión, cuando no se aducen más razones que las que dejo trascritas, y

se conocen omisiones tan importantes de escritores contemporáneos á D. Alfonso el Casto, como la conquista de la plaza de Lisboa, realizada por este monarca.

La ilustración y competencia del Sr. Cavanilles exigía que apoyase su opinión con argumentos más serios que los empleados por un escritor inglés, y que por su mal gusto son más propios de un Almanaque de chistes, que del lugar que ocupan en el apreciable libro de tan sério escritor:

«Un escritor inglés moderno, dice Cavanilles, »para combatir la conseja del feudo de las cien »doncellas, agravia á las asturianas, diciendo que »son feas y que no las querían los moros.»

Es verdad; pero también lo es que ese agravio lo copia un escritor español, sin lanzar una protesta, ni defender á sus compatriotas, intentando, por lo contrario, lanzar el ridículo sobre esa tradición, á costa de un grosero chiste, y sin que su ingenio le sugiriese razones de más fuerza en apoyo de la opinión que emite sobre la existencia de aquel feudo.

Al ocuparse del reinado de Mauregato, niega también que hubiese concertado el *tributo*, lo califica de conseja, desconocida de todos los escritores coetáneos, pues los primeros que lo ci-

tan, son D. Rodrigo de Toledo y D. Lucas de Tuy, cuatrocientos años más tarde, y termina diciendo:

«Escaso era, además, el territorio de los Reyes de Asturias y *muchas las doncellas*,» rivalizando así el Sr. Cavanilles con el escritor inglés que, sin duda, le ha servido de modelo, y apelando al sarcasmo, para lanzar sangriento epigrama sobre la virtud de las doncellas españolas.

Este excepticismo, puramente inglés, desaparece por completo cuando de hechos milagrosos se trata, según demuestra palmariamente al ocuparse de la muerte de Alfonso I, y que refiere, *sin comentarios*, en los siguientes términos:

«Dicen autores graves que á su muerte se oyeron *cantos celestiales*. Que en el silencio de la noche se oyó por todos los circunstantes *la voz de los ángeles que cantaban: ecce quomodo tollitur justus*, ect.»

Ante un contraste tan *notorio* como el que ofrece el Sr. Cavanilles en sus apreciaciones, no debe decirse una palabra más porque, quien consigna sin dudas ni salvedades *hechos milagrosos*, y niega la certeza del *tributo de las cien doncellas*, que cabe dentro de los límites de la inteligencia humana; quien duda de que fuera posible encontrar en Asturias cien vírgenes, co-

mo un inglés ha dudado de su belleza, y convierte á ángeles y querubines en acólitos de capilla que entonan cánticos celestiales, no tiene derecho alguno á ser considerado como juez imparcial en esta contienda.

*
* *

D. Modesto Lafuente niega también la exactitud del hecho, y dice:

«La paz, en que Aurelio vivió con los moros, fué causa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas, de linaje noble, se casaran con musulmanes, lo que acaso dió origen á la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos después, del *tributo de las cien doncellas*.»

Nada concreto se ve aquí, y, de la condescendencia de Aurelio, cuando tan vivas y recientes se hallaban las heridas recibidas por los cristianos, á la concesión del *tributo* en tiempos de Mauregato, sólo media un paso, porque si éste, obligado por la oposición de los nobles asturianos y el poderío de los moros, pudo aceptar las humillantes condiciones impuestas por Abderrhaman, á cambio de su apoyo para usurpar la corona de Asturias, aquél nunca debió avenirse en tiempo de paz á consentir el casamiento de

las damas nobles de su reino con los más encarnizados enemigos de su religión y de su patria.

Y que esto se convino por Aurelio, así lo dicen Cavanilles, Lafuente y cuantos niegan la exactitud del *tributo*, como puede comprobarse citando hechos y documentos que se refieren á la desmoralización producida entre los españoles con los enlaces de moros y cristianas, autorizados por este monarca.

Recibieron con repugnancia los hidalgos de Asturias y Galicia la autorización de Aurelio, que redundaba en perjuicio de sus fueros y contrariaba sus creencias religiosas; pero que venía á secundar los planes políticos de Abderrhman, el cual, habiéndose separado del Califato de Damasco, trataba de consolidar su poderío en la península ibérica con la fundación del Califato de Córdoba, y pretendía hacer que desapareciese la raza goda con los casamientos de doncellas cristianas y capitanes moros, objeto que no se pudo ocultar á los hidalgos de Asturias y Galicia, quiénes no se avinieron á secundar de buen grado los ambiciosos proyectos del conquistador, y que con su resistencia dieron margen á que Abderraman impusiese, como condición precisa, á Mauregato, y cuando las circunstancias le fueron propicias, *el tributo de las*

cien doncellas, como premio de su ayuda y protección, algunas de las cuales aceptaron su enlace con los caudillos moros para huir de la vergonzosa condición de esclavas, arrojadas en el harem y destinadas á satisfacer los sensuales caprichos de los enemigos de su patria.

Esto es, al menos, lo más lógico que debemos suponer, y el mismo Sr. Lafuente se halla conforme con la mayoría de los escritores respecto á Mauregato, expresando así su opinión: «Á éste es á quien han atribuido los más el vergonzoso tributo de las cien doncellas, á cuyo precio dicen compró el auxilio de Abderrhaman. Por nuestra parte, nada tenemos que añadir á lo que arriba dejamos dicho: no necesitamos detenernos á vindicar ninguno de nuestros Reyes de esta deshonrosa mancha; otros se han encargado de hacerlo antes de nosotros, como Morales, Mondejar, Florez, Ferreras y todos los escritores modernos, incluso los extranjeros.»

¿Y han podido vindicarle todos esos escritores, del delito de usurpación, y de la alianza pactada con los infieles?

No; y como nada más ha dicho el Sr. Lafuente, por su parte, resulta que *nada* dice, en efecto, con verdadero fundamento, y que se

concreta á negar, sin aducir otras razones que lo dicho por otros historiadores muy dignos de respeto, pero susceptibles de equivocarse tanto como otro mortal cualquiera, y de juzgar con pasión ciertos hechos que aparezcan opuestos á sus particulares opiniones.

Á esos nombres, citados por el Sr. Lafuente, pueden oponerse otros tantos, que opinan de distinto modo, y esta manera de razonar, afirmando porque otros afirman, y negando porque otros han negado también, no me parece la más conveniente para llevar el convencimiento á nuestro ánimo; pero en cambio presta gran apoyo y valimiento á mi pobre opinión, y por eso debo dar gracias á tales impugnadores.

*
* *

Sabau, comentador del padre Mariana; Masdeu, el padre Florez, Mondejar y otros, también opinan como Lafuente y Cavanilles manifestando el primero que:

»no consta por ningún documento auténtico,
»ni por ningún escritor de aquellos tiempos,
»que este príncipe (Mauregato) pidiese socorro
»á los moros, ni que hiciese el vergonzoso con-
»cierto de darle las cien doncellas; y así debe
»reputarse por una fábula, inventada para deni-

»grar la fama de nuestros Reyes, y recibida y
»propagada inconsideradamente por nuestros
»historiadores.»

¡Raro y vano prurito de vindicar á esos Reyes famosos, como si no fuesen bien conocidas las infamias y delitos de muchos monarcas tan criminales y más aborrecidos que pudiera serlo el mismo Mauregato!

Y por otra parte ¡cuántos hechos aparecen consignados en la historia, cuya veracidad no consta por un solo documento auténtico, y que únicamente conocemos por la tradición!

Ni el Sr. Lafuente, ni el erudito Sabau, que tanto interés demuestran por el buen nombre de nuestros Reyes en este asunto, podrán borrar los parricidios, asesinatos, usurpaciones, violencias y otros crímenes, igualmente punibles y reprobados, con que los monarcas han manchado las páginas de nuestra historia.

En ella aparecen consignados, y serán siempre más vergonzosos que la concesión del *tributo* por Mauregato, y por mucho que se esfuerzen los Sres. Lafuente y Sabau, ciegos defensores de la monarquía, ni esto puede admitirse como argumento de buena ley, ni ellos podrán conseguir así que se olviden los nombres de algunos monarcas, indignos de ocupar

el trono de la hidalga y esforzada nación española.

Vemos, pues, que cuantos figuran como impugnadores del *tributo*, fundan principal y exclusivamente su opinión, en que dicho feudo no aparece consignado por los escritores coetáneos, y en que ha resultado apócrifo el privilegio de D. Ramiro, documento que consigna el pacto de Mauregato y la abolición del *tributo*.

Respecto al primer argumento, evidenciadas quedan omisiones más importantes de los escritores coetáneos de Alfonso el Casto, explicadas por la gran perturbación que reinaba en Asturias y Galicia durante la primera etapa de nuestra reconquista; y respecto á lo segundo, examinaré en capítulo aparte el fundamento que puedan tener los que declaran apócrifo tan importante documento.

III

PARTIDARIOS

Reconocidos están los grandes méritos de Mariana, como historiador, aun cuando le califi-

quen de excesivamente crédulo los modernos escritores, que en cambio no se muestran tan escrupulosos al relatar ciertos hechos sobrenaturales, sin comentario alguno, y en tomar como base de sus obras el valioso y apreciado trabajo del concienzudo recopilador de crónicas, privilegios, diplomas y tradiciones.

Ocupándose de la venida de Muza á España, hace la oportuna consideración de que, «*si los españoles no estuvieran de todo punto apretados y caídos,*» no fueran bastantes los doce mil soldados con que llevó á cabo su empresa, consideración que debe tenerse en cuenta para que no nos cause tanta sorpresa lo pactado por Mauregato.

También hace constar que, con tan reducido número de guerreros, impuso tributos á las ciudades conquistadas, como Mérida, Denia y Alicante, y que los habitantes eran reducidos á la esclavitud como parte del botín que pertenecía al conquistador.

«Quitaban las mujeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas preseas libremente y sin castigo.»

Refiriéndose á las quejas de los españoles, dice:

«Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres, hechos esclavos, *servían á la deshonestidad de sus señores.*»

Estas palabras indican bien claramente los deseos de exterminio que los moros abrigaban contra la raza goda, y evidente es, en efecto, el estado calamitoso á que se vieron reducidos los cristianos, durante la primera época de la reconquista, así como la soberbia y los desmanes sin cuento con que los moros agoviaban á los españoles, viéndose la misma hermana de D. Pelayo, robada y *afrentada* por el caudillo Munuza, é influyendo no poco este vandálico acto en el héroe de Covadonga, para lanzar entre las abruptas montañas de Asturias el sacrosanto grito de ¡patria y libertad!

Todos los historiadores se hallan conformes en atribuir á Aurelio el convenio que autorizaba los casamientos entre las nobles doncellas cristianas y los caudillos moros, pacto tan censurable como el celebrado por Mauregato, y que fué causa de que las costumbres se relajasen y pervirtiesen hasta el extremo de merecer las censuras del Papa Adriano y de los príncipes de la Iglesia católica.

Dice el mismo Ferrer, uno de los impugnadores del *tributo*, y con él Duchesne y Pelli-

cer, refiriéndose á la epístola 96 de aquel Pontífice, que «tan grande era la corrupción de aquellos tiempos, que, además de casarse cristianos con moras y judías, y viceversa, los mismos sacerdotes católicos contraían matrimonio con mujeres casadas, que abandonaban á sus maridos.»

Pues si á tal extremo de inmoralidad habían llegado los cristianos, y tal contraste ofrecía su debilidad ante el poderío y la soberbia del vencedor, ¿por qué ha de parecernos increíble la concesión de Mauregato, por muy grande que sea la ignominia y el baldón arrojados sobre la memoria de un Rey, que solicita la protección de los enemigos de su patria para usurpar la corona que nunca debió ceñir su frente?

Refiriéndose á esta alianza, Mariana se expresa así:

«prometi6 de dalles cada un año por párias cincuenta doncellas nobles, y otras tantas del pueblo,» cuyo hecho confirman Huerta, Garibai, Gándara y Ferrer, al tratar de los blasones que ostentan en sus escudos de armas las nobles familias de los Somozas, Quir6s y Figueiras.

Confirmada la alianza de Mauregato y Abderrhaman, por el cronic6n de Albaida y otros

antiguos documentos, es necesario negar su autenticidad, de la misma manera que se le niega al privilegio de D. Ramiro, para que carezca de todo fundamento la concesión del *tributo*; pero aun cuando así se hiciese, veríamos que el cronicón Cerratense y el del coetáneo Pacense, refieren hechos que vienen á dar verdadera autoridad á esta tradición.

*
* * *

Garibai, refiriéndose á Mauregato, hace constar lo siguiente:

«A este Rey, no solo natura le señaló en pro-
»crearle por bastardía y salir tirano; en quitar-
»le el reino al verdadero y legitimo Rey don
»Alonso, su sobrino, más fué de tan sumisa
»condición que, según queda dicho, se hizo va-
»sallo y tributario de moros, á quienes, con har-
»ta vergüenza suya y de sus súbditos, y en ma-
»nifiesto agravio de sus reinos, refieren que ca-
»da año también entregaba, en reconocimiento
»de vasallaje, cincuenta doncellas cristianas hi-
»jas-dalgo, y otras tantas que no eran nobles.»

Asimismo en el cronicón Cerratense se encuentra el siguiente texto:

«Rex Ramirus comissit prelium cum Sarrace-
»nis divo Jacobo visibiliter adjuvante, et excus-

»sit grave jugum á cervicibus christianorum;
 »namque usque ad illum diem dabant eis cen-
 »tum virgines deludendas.»

Si esto dicen varios escritores y cronistas posteriores á la época de Mauregato, también el coetáneo Pacense consigna un hecho que tiene gran importancia, aun cuando no se refiera precisamente al *tributo*. Según copia literalmente el padre Florez, se hace constar en dicho cronicón que: «fueron conducidas al serrallo de Damasco gran número de damas nobles, y otras muchas á los harenes de los caudillos moros.»

Dando todo el crédito que se merece á esta afirmación de una crónica coetánea, que, como tal, debe ser respetada y creída por los que niegan la existencia del *tributo*, fundándose en que no ha sido consignado por los cronistas contemporáneos de Mauregato, y de los Reyes que le sucedieron, debemos ahora preguntar:

¿De dónde provenía ese crecido número de doncellas nobles y cristianas, enviadas al serrallo de Damasco y á los harenes de los caudillos moros?

¿No debe suponerse que, reinando la paz entre Mauregato y Abderrhaman, sólo por medio de un feudo ó rico presente pudiera el Califa cordobés disponer de aquellas infelices donce-

llas, destinadas á satisfacer la concupiscencia del conquistador?

Lógica y racional nos parece la deducción, pues no de otra manera puede concebirse el envío de tan valioso presente al Califa de Damasco, cuando la historia no hace mención de batalla alguna, ni conquista importante en territorio cristiano, durante el corto reinado de Mauregato, que pudiera facilitar el numeroso contingente de doncellas nobles, que fueron reducidas al triste y vergonzoso estado de esclavas y concubinas en los harenes del poderoso Califa y de los caudillos moros establecidos en España.

En el gran diccionario histórico-biográfico, publicado en 1753 por el erudito Miravel, individuo de la real Academia de la Historia, se dice lo siguiente:

«Para conservarse Mauregato en el reino, que
»había usurpado á su sobrino Alfonso, se confe-
»deró con Abderrhaman, primero del nombre,
»Rey de Córdoba el año 783, ofreciéndole cien
»doncellas en tributo cada año, la mitad de
»ellas nobles á 500 sueldos de oro por la que
»faltase, moneda que cada uno de dichos valia
»400 maravedises de los nuestros, según Gari-
»bai y Guardiola.»

Vemos aquí consignado el *tributo* en su ver-

dadera condición de feudo, por cuanto Mauregato se obliga á pagar en dinero cada una de las doncellas que dejase de ser entregada, y en verdad que deseáramos poder examinar el curioso documento en que el ilustrado Sr. Miravel se ha fundado para afirmar esta especial condición del convenio, que tanta fuerza y valor le da en contra de sus impugnadores.

En el catálogo cronológico de los Reyes de España, publicado por Silva, también se da como cierto el *tributo* pactado por Mauregato, y el mismo César Cantú, sin desmentir ni calificar de conseja este hecho, dice lo siguiente:

«Mauregato *pidió socorros* á Abderrhaman, »con los cuales despojó á su sobrino, *permaneció fiel á los árabes y fomentó los matrimonios* »entre ellos y los cristianos, lo cual le atrajo el »odio de sus súbditos. Quizá tomaron de aquí »pie para decir que se había obligado á entregar á los árabes cada año cien doncellas.»

Interminable sería nuestra tarea, si fuéramos á transcribir y comentar textos de respetables escritores, afirmando los unos, negando los otros, y sin que muchos se atrevan á negar en absoluto la existencia del *tributo*; pero con lo dicho basta ya para nuestro propósito, haciendo observar, sin embargo, que tanto Masden como

otros escritores que niegan la autenticidad de dicho feudo, no dudan en llevar esas negaciones hasta el extremo de desmentir la alianza de Abderrhaman y Mauregato, con objeto de dar más fuerza á su opinión; pero esta negativa es desautorizada por completo con lo que dicen el respetable César Cantú, el erudito Miravel, y el mismo Mariana, respecto á dicha alianza.

Para quitar todo viso de veracidad al vergonzoso convenio, y defender la memoria de un Rey usurpador, no dudan en negar cuantos hechos se relacionan directamente con dicho tributo, despreciando la opinión de historiadores tan eminentes; pero olvidan, sin duda, que este sistema resulta contraproducente, hablando en términos vulgares, y que quien todo lo niega, todo lo confiesa y afirma.



Trovadores y autores dramáticos, poetas y novelistas han tomado como argumento de sus romances y comedias, poesías y novelas, la tradición del *tributo* de las cien doncellas, y si esto no puede aducirse como verdadero fundamento de veracidad para comprobar la concesión de este feudo, nos demuestra, sin embargo, la general creencia entre todas las clases del

pueblo español, y en todas las épocas, respecto á la certeza del convenio pactado entre Mauregato y Abderrhaman.

Desde Frey Lope Félix de Vega, hasta el popular novelista Fernández y González, se han escrito y publicado trabajos más ó menos verídicos; pero en los que se consigna la vergozosa humillación de un Rey débil y ambicioso, y se pone de relieve la proverbial altivez y reconocida bravura de aquellos hidalgos y pecheros, que supieron resistir á los aguerridos soldados del Califa cordobés, y salvar á sus hijas y hermanas de la afrentosa esclavitud á que estaban destinadas.

Lope de Vega, en su linda comedia *Las famosas asturianas*, pone en boca del Rey Casto y del noble Nuño, las siguientes palabras:

«Reinaron Aurelio y Silo,
y aunque á Dosinda pesó,
Mauregato socedió,
bastardo y de tal estilo.
(¡Mala su memoria sea!)
que á tal tributo dejó
de cien doncellas, que yo
non quiera Dios que lo vea.»

Basado el argumento de la obra en la popular tradición, y desarrollado con la habilidad que tanto distingue á este fecundo ingenio, el

valeroso Nuño explica así al Rey Alfonso su desobediencia, y la causa de haberse negado á entregar las cien doncellas:

Yo llevé las cien doncellas,
las pecheras y fidalgas,
famoso Rey de León,
de Asturias y las montañas,
para entregar á los moros
y á su Capitán Audalla,
como lo dirá el presente
que estuences me vió llevarlas.
Del solar de don García
saqué, Rey, á doña Sancha,
mujer asaz belicosa
y digna de eterna fama.
Ella por todo el camino,
quitada su saboyana,
iba los brazos y piernas
descubiertos á luz crara.
Nos tuvismolo á sandez
y non quisimos miralla,
que aun hay en homes mesura
á tiempo que en fembras falta.
Cuando Sancha vió á los moros
vistióse cedo, y miraba
si alguno de ellos la vía,
vergüenosa y recatada.
Como la vimos vestir,
pescudámosle la causa,
y dijo que entre nosotros
de ir desnuda non coidaba

por ser, como ella, mujeres
viles, endebres y fracas;
pero que en viendo á los moros,
homes fuertes, homes de armas,
se recató, como fembra
que del home se recata.
Apenas la oí, Señor,
cuando, á tener luenga barba,
pedazos me la ficiera,
más pagolo la mi cara.
Juré por Dios, que non pude
á tan gran jura quebrarla,
de non entregar las donas,
de non dar las viles párias.
Socedió lo que ya sabes:
así los cielos te fagan
el más dichoso, buen Rey,
en todas las tus andanzas,
que juzgues lo que ficieras
si en aquel prado te hallaras
viéndote llamar mujer,
fidalgo y de ley cristiana,
y llamar home valiente
á un moro de ley contraria.
Córtame, Rey, la cabeza,
aquí tengo la garganta:
home moriré, non fembra
como los que dan las párias. »

Tomando como base la tradición, en ella se han inspirado los escritores de distintas épocas para hacer revivir y perpetuar su memoria, y,

en nuestro concepto, la tradición es el verdadero origen de la historia de la humanidad, hasta que esa tradición, hablada y trasferida de padres á hijos durante un número incalculable de años, la consignó Moisés en el Génesis, formando así la historia del pueblo hebreo.

Por esta razón debe merecer, cuando menos, mucho respeto la tradición del *tributo de las cien doncellas*, tradición tan popular y admitida como verídica y exacta, que los más famosos dramaturgos y novelistas de nuestra patria la han tomado por base para escribir algunas de sus obras.

IV

CRÓNICAS GALLEGAS

Prescindiendo ahora de cuanto ha podido crear la fantasía de poetas y novelistas, pasaremos á la exposición de datos de mayor fuerza, cual son las crónicas de varias casas nobles de Asturias y Galicia, de las que procede parte de la más antigua y linajuda nobleza española.

Era el año 797 y reinaba ya D. Alfonso el Casto, por voluntaria cesión de D. Bermudo.

Tocara en hora adversa á una dama de la familia de los Figueroas formar parte del *tributo de las cien doncellas*, según refieren las crónicas de esta casa, al tratar del origen de su blasón, y debía verse en breve separada para siempre de su prometido, que era el jefe de tan noble familia, como refiere el analista Huerta y confirman Morales y Garibai.

Conducidas las infortunadas doncellas de aquella comarca, á quienes la suerte fatal designara para formar parte de tan odioso tributo, á una torre atalaya situada á cuatro leguas de la Coruña, y cuyos restos fueron conocidos durante muchos años en aquel país con el gráfico nombre de *Torre do peyto burdelo*, allí fueron entregadas á los soldados moros que recorrían los pueblos para hacer efectivo el feudo.

Impulsó la desesperación al jefe de la familia de los Figueroas á pedir ayuda á sus cuatro hermanos que, unidos á los deudos y parientes de las otras doncellas, esperaron á los infieles en el *campo de las higueras*, situado una legua más allá de la histórica torre, y les acometieron con el valor de los héroes, sin arredrarse ante soldados bien armados, en mayor número y acostumbrados á la pelea.

Pusieron los bravos hijos de Galicia en ver-

gonzosa fuga á los moros, y rescataron á las cautivas doncellas, que regresaron á sus hogares puras y sin mancilla, mediante el esfuerzo de aquellos dignos descendientes de los celtas.

Esta heroica acción de los Figueroas, consignada por Huerta, la confirma también Castellá Ferrer, uno de los que niegan la exactitud del tributo, diciendo que las jóvenes libertadas eran cautivas, lo cual nos parece inverosímil, teniendo en cuenta el lugar del suceso, situado en la parte más interior del territorio galaico, en donde seguramente no se atreverían á penetrar los moros en son de guerra y en número tan escaso, ni á turbar las paces concertadas, que más tarde se rompieron, dando lugar á la célebre batalla de Ledos.

El mismo Castellá Ferrer, en el libro 3.º capítulo 6.º de la Historia del Apostol Santiago, dice lo siguiente:

«Que en memoria de esta verdadera hazaña, mandó edificar la familia de los Figueroas una casa fuerte en el mismo *campo de las higueras*, para perpetuar el feliz acontecimiento y el enlace de las dos ramas de los Figueroas con el matrimonio del jefe de esta familia y la noble doncella libertada del poder de los moros.»

Huerta, en el libro 8.º, capítulo 6.º, del se-

gundo tomo de sus *Anales*, refiere también lo que sigue, confirmado por Morales, en el capítulo 27 del libro 13:

«La familia de los Figueroas mandó, con tal motivo, grabar en su escudo *cinco hojas de higuera verdes en forma de aspa y en campo de oro*, en memoria de los cinco hermanos que combatieron contra los moros, y poner por timbre *un brazo teñido en sangre con un ramo de higuera en la mano.*»

Por último, el actual marqués de Figueroa, distinguido literato gallego y joven entusiasta por todo lo que al buen nombre y prestigio de Galicia se refiere, ha esclarecido suficientemente este punto de la historia patria en el Apéndice número 2, con que aparece ilustrado su notable discurso sobre la *Poesía gallega*, leído en el Ateneo de Madrid el 11 de Febrero de 1889, y comentado muy favorablemente por toda la prensa de la Corte.

*
* *

Conviene á nuestro propósito hacer constar cómo Castellá Ferrer y Huerta refieren, además, otro episodio relacionado también directamente con el *tributo de las cien doncellas*, y que relataremos con la posible brevedad.

Habiendo venido desterrado á España un hidalgo francés, deudo y primo del Soberano de Francia, fué protegido por D. Bermudo, que le concedió en Galicia el señorío de las *Somozas*, en tierra de Monforte de Lemos, circunscripción del valle de Sober, y que no debemos confundir con *Somozas de Chantada*, perteneciente al Ayuntamiento de Antas, porque en tierra de Lemos es en donde la familia de los Somozas conserva aún su casa solariega y gran parte de sus antiguas pertenencias.

Por efecto, sin duda, de la resistencia de los Figueroas, entraron por las fronteras de Galicia fuertes partidas de moros, para exigir el cumplimiento de lo pactado por Mauregato, reuniéndose con tal motivo los nobles é hijos-dalgos gallegos en el campo de Mellid, lugar designado para estas asambleas para deliberar, y, una vez acordada la resistencia, echaron suertes para designar el Jefe que los había de conducir al combate, y no herir el amor propio de cualquiera de los presentes, con lo que se producirían rivalidades siempre sensibles en tales casos.

Jugáronse los dados, dice Huerta, y sacó el número más alto el noble francés, que rehusó tan honroso cargo, alegando que, entre los hijos

de Galicia, había quien pudiera ejercerlo con más méritos y mejor derecho.

Tomaron en cuenta sus razones, y se repitió el juego, designando la suerte por segunda vez al hidalgo, que aceptó, en vista de tal coincidencia, y con verdadera satisfacción de todos los congregados.

Dice Ferrer que los dados se jugaron sobre una gran piedra colocada en el centro del campo, la cual fué después trasladada á la ermita de San Sebastián, en Mellid, y se construyó sobre ella el altar del santuario.

Salieron al encuentro de los moros los nobles gallegos con sus deudos y vasallos, avistando al enemigo después de trasponer los montes de Carrión, y, según parece, entre los ríos Ferreira y Zamay, aun cuando Huerta ni Ferrer señalan el lugar en que se libró la batalla.

Bajo la dirección del noble francés obtuvieron una completa victoria los cristianos en esta jornada, tomando aquél desde este día el nombre de Somoza, y estableciéndose definitivamente en la comarca de este nombre, en razón al señorío que le otorgara D. Bermudo.

En conmemoración de tan glorioso hecho de armas, llevado á cabo para libertar de la infamia que amenazada á las doncellas de Galicia, refie-

re Huerta y corrobora Ferrer, que el jefe de los Somozas mandó grabar en su escudo *cinco flores de lis*, porque así le correspondía como perteneciente á la real casa de Francia; *un brazo empuñando una maza*, porque con esta arma peleó y venció á los moros; *seis dados*, porque fué doble la suerte que le designó como Capitán; *con seis puntas cada uno*, para indicar que sacó el número más alto, y figurando por debajo *las ondas de un río*, para demostrar que á sus orillas se libró el combate y se alcanzó la victoria.



Acaso se pretenda sacar partido, en contra de nuestra opinión, de estos dos hechos que revelan un mismo fin, y que fueron ejecutados por distintos personajes y en lugares distintos; pero debemos suponer que la resistencia al pago del ignominioso *tributo*, fué parcial en los primeros momentos, y no general, de la misma manera que una sublevación cunde y se propaga, cuando encuentra eco en la opinión y es simpática la causa que la motiva, y llega á convertirse en movimiento nacional.

No pudiendo oponer los cristianos grandes fuerzas á los victoriosos y engreídos musulmanes, apelaron á esa guerra especial, en la que

siempre se distinguieron los iberos, por sus excepcionales condiciones, desde Viriato hasta nuestros días, y sólo como indómitos y prácticos guerrilleros pudieron obtener ventajas, que seguramente no hubieran alcanzado de otra manera.

Por otra parte, confiados los árabes en su poder y en las paces concertadas, es de suponer que recorrían en pequeñas partidas las villas y lugares para hacer efectivo el feudo de Mauregato, y solo así se explica la victoria de los Figueroas y la alcanzada después en Mellid, pues, si más grande era el número de guerreros moros en este último encuentro, mayor era también el número de combatientes que presentaron los cristianos, según se puede deducir por la reunión celebrada antes del combate.

También se resistieron en Asturias al pago del tributo, porque así consta en las crónicas conservadas en los archivos de las casas de Quirós, de los Pradas y de los Bóvedas, y, por estas resistencias parciales, se organizó la invasión de los moros por las fronteras del reino, en tiempos de D. Alfonso el Casto, y la celebre batalla de Ledos, en la que los cristianos alcanzaron tan señalada victoria, según refiere Mariana, que se dió por abolido desde entonces el afrentoso tributo pactado por Mauregato.

Ahora bien, si la antigua nobleza de estas comarcas en donde se refugiaron los españoles para resistir la formidable invasión de los árabes, conserva fielmente en sus crónicas la memoria de los hechos de armas citados, atribuyéndoles tan digno como levantado objeto, ¿porqué hemos de negar su autenticidad, sin otro fundamento que el silencio guardado sobre este punto por los escritores coetáneos, y desmentir lo que refieren cronistas é historiadores como D. Rodrigo, D. Lucas de Tuy, Huerta, Garibai y Mariana?

Parécenos tal empeño vano prurito de adulación á la memoria de un Rey usurpador, y de menoscabar, en cambio, el valor nunca desmentido de los españoles que, con su propio esfuerzo y por el honor de la patria, han realizado empresas gigantescas como la conquista de Méjico, la del Perú, la expulsión de otro Rey usurpador como José Bonaparte, y hechos heroicos como los de Sagunto y Numancia; pero, ni las aguas del Jordán podrían purificar la memoria de aquel monarca, ni las mismas ondas del Leteo harían olvidar la larga serie de crímenes, con que la historia de los Reyes aparece exornada ante la posteridad.

V

EL PRIVILEGIO DE D. RAMIRO

Algunos críticos modernos, pero no todos, han juzgado falso el privilegio de D. Ramiro I, siendo Masdeu quien más ha combatido la autenticidad de este documento, y, como con él se relaciona directamente el *tributo de las cien doncellas*, deber nuestro es combatir esta opinión.

En tanto no se pruebe la imposibilidad física ó moral de su existencia, ó se aleguen verdaderas razones de fuerza en contra de su veracidad, fácil es rebatir los argumentos empleados por Masdeu y otros críticos, demasiado escépticos ó escrupulosos.

Verdad es que los cronicones coetáneos guardan silencio sobre este punto; pero también lo es que en todos ellos resulta mayor el número de los omitidos que el de los consignados, habiendo tenido precisión de recopilar los modernos historiadores cuantos se refieren en códices, escrituras, fundaciones, crónicas generales y particulares de nobles familias, anales y diplo-

mas, tanto coetáneos, como posteriores á los hechos relatados, para formar la historia de aquellos tiempos.

Que desde los primeros siglos de la reconquista vienen satisfaciendo los Reyes de España el *voto*, á que se refiere el privilegio de D. Ramiro, no cabe duda alguna, así como haber sido conceptuado como auténtico y verdadero, durante quinientos años, por soberanos y pontífices, según puede verse en la página 37, tomo 23, del Apéndice del P. Florez, al tratar del cronicón de Cardena, lo cual da gran fuerza á dicho documento.

Además, los efectos del privilegio se hallan comprobados por dos escrituras góticas coetáneas, que declaran la colectación de *votos*, y que se conservan en los antiguos monasterios de San Martín de Santiago y de San Juan de Samos, existiendo también, ó habiendo existido, en el archivo del Cabildo de Orense, una copia literal de tan importante documento, hecha á principios del siglo XII, y anterior, por lo tanto, á D. Rodrigo de Toledo, sobre unos 150 años.

Es verdad que no se conserva el privilegio original; pero esto mismo sucede con otros muchos privilegios y documentos históricos refe-

rentes á concilios, otorgamientos y fundaciones, sin que por eso se deduzca que no se celebraron tales concilios, ni han subsistido los privilegios otorgados, tan sólo porque no existen en la actualidad los documentos originales.

En cambio, si no se conserva el privilegio original, se observa en todas las copias una verdadera y asombrosa uniformidad en su texto, condición que desaparece al examinar las copias de otros documentos, y que presta gran fuerza á la autenticidad de dicho privilegio.

Después de los siglos trascurridos, aun se conservan ciertas prácticas religiosas en el Cabildo secular de León y en el de Santiago, que no podemos rechazar, sin que neguemos todo valor á las numerosas tradiciones conservadas por el pueblo, y en las que se apoyan muchos hechos históricos conceptuados como verídicos y exactos.

Celébrase en León y Santiago, el 15 de Agosto, una procesión con determinado número de doncellas elegidas de todas las parroquias, y se conmemora de esta manera la libertad que obtuvieron las destinadas á pagar el *tributo*, á consecuencia de los combates sostenidos contra los moros que venían á exigir el feudo de Mauregato, y, lo que más ha llamado nuestra atención,

es ver que la misma ceremonia se practica por los habitantes de la villa de Carrión, próxima á los montes de este nombre y al lugar en que los gallegos, congregados en el campo de Mellid, libraron glorioso combate contra los árabes, capitaneados los primeros por el noble francés expatriado y que pasó á ser jefe de la familia de los Somozas.

Alegan Masdeu y otros críticos, para desvirtuar las deducciones que de estas ceremonias cívico-religiosas hacen los que no dudán de la autenticidad del *tributo* y del privilegio de don Ramiro, que aquéllas se conservan en memoria de las cautivas cristianas que en las acciones de guerra se llevaban los moros como parte de botín, y que después eran rescatadas del poder de los árabes, y que, por lo tanto, nada prueban en favor del ominoso feudo; pero si así fuera, según pretende Masdeu, ¿porqué razón no figuran también en dichas ceremonias ó procesiones los soldados cristianos, cuando siempre ha sido mucho mayor el número de cautivos, que de cautivas, reducidos á la esclavitud?

En caso de celebrarse para conmemorar la libertad ó la redención de los cautivos y prisioneros de guerra, no podrá negarnos Masdeu, y cuantos como él opinan, que en dichos actos

debían figurar por precisión varones y hembras, siendo los primeros en mayor número que las segundas, por la lógica natural de los hechos á que dicha conmemoración se refiere, y, que de lo contrario, al figurar tan sólo doncellas con exclusión de los varones, tiene por único objeto recordar un hecho, en que la parte principal y exclusiva corresponde tan sólo á las hembras, como acontece con el *tributo* pactado por Mauregato.

Se conserva también, en el ángulo meridional de la Iglesia compostelana, un antiquísimo escudo de piedra, en el que se representan varias doncellas ostentando diversos trajes, como indicación de su diverso linaje y condición, dando gracias al Apóstol por la libertad que alcanzaron, y aquí, como en las ceremonias que dejamos mencionadas, para nada figuran los hombres, porque éstos no constituían en manera alguna parte del *tributo*, y no podían aparecer en el escudo que conmemora la abolición de este feudo.

Confirmado el célebre privilegio de D. Ramiro por varios monarcas, aun cuando nada digan sobre él los escritores coetáneos, y mantenido el cumplimiento de sus votos hasta nuestros días por todos los Reyes de España, debemos

creer indudable su autenticidad, y sin valor real las negativas de algunos críticos respecto á este punto y al no menos célebre *tributo* de las cien doncellas, á que principalmente se refiere tan importante documento.

VI

CONSIDERACIONES GENERALES

Demostrados quedan los vicios de que adolecen los argumentos aducidos por los impugnadores del *tributo*, su manifiesta parcialidad en favor de Mauregato, por el solo hecho de ostentar una corona real sobre su frente, su excesiva credulidad respecto á otros hechos verdaderamente sobrenaturales, y evidenciado queda también el sistema negativo empleado sobre cuanto tiene relación con aquel feudo, como la alianza del Rey cristiano con Abderrhman, consignada por el mismo César Cantú, y la autenticidad del privilegio de D. Ramiro.

Realizado, pues, nuestro propósito, oportuno nos parece entrar en otro género de consideraciones respecto á la importancia que siempre

han tenido las tradiciones en general, y del papel esencialísimo que representan en la historia de todos los pueblos.

Nada más bello, en nuestro concepto, que la tradición, ni que ejerza un papel más importante y esencial en la historia de la humanidad, porque, sin esa tradición, sería de todo punto imposible reconstituir la vida y costumbres de aquellas lejanas edades, en que los primitivos pueblos realizaron hechos de gran trascendencia, y que se perderían entre el cúmulo de siglos transcurridos desde los primeros pasos del hombre sobre la tierra, hasta nuestros días.

La tradición es la fuente de la historia de la humanidad, y en ella se funda el Génesis, ese gran libro escrito por Moisés y que constituye un manantial inagotable en donde los más esclarecidos ingenios han podido estudiar los primeros pasos de aquellas tribus que poblaron y ocuparon territorios tan vastos, que se extendían desde la Arabia feliz y los últimos confines del mar Rojo, hasta los apartados límites de la Persia y de la India, dejando en pos de sí múltiples vestigios de sus usos y costumbres, y, más tarde, de su gran poderío y asombrosa civilización.

Una de las tradicionales leyendas de los per-

sas, confirmando la frase de un escritor célebre, *lo más bello es lo más verdadero*, refiere como su primer Rey, Gaimnard, enseñó á los hombres el uso de las vestiduras de pieles y que, más tarde, el Rey Hvscheng, comprendió la existencia del fuego y su inmensa utilidad, contemplando los efectos del rayo en un árbol incendiado, creyendo que aquel don inapreciable provenía del cielo y que, como de origen divino, era necesario que los hombres le rindiesen culto, quedando desde entonces establecida la adoración del fuego entre los persas, y conservándose este culto hasta nuestros días, lo mismo que una tradición tan remota como bella por su sencillez y naturalidad.

Densas tinieblas envuelven la cuna del género humano y de aquella primitiva civilización, apareciendo la tierra de Chus rodeada de obscuras nebulosidades; pero no por eso ha dejado de escribirse la historia de aquella época tan lejana, sirviéndole de fundamento la ciencia y la tradición.

Esto mismo sucede con la historia de pueblos tan poderosos como el egipcio, el macedonio y el persa, más antiguos que el hebreo, y que dejaron en pos de sí soberbias muestras de su cultura, según podemos comprobar exami-

nando las colosales ruinas de Ninive, Babilonia, Tebas, Menfis y otras muchas ciudades cubiertas por las ardientes arenas de los desiertos de la India y del Egipto.

En las tradiciones, y en los restos de la pasada y muerta grandeza de estos pueblos, fundan los historiadores sus deducciones y, desde los primeros discípulos de Zoroastro hasta nuestros días, desde los Branmas de la India hasta los sacerdotes egipcios, ni uno sólo ha podido prescindir de la tradición para coordinar y reconstituir las ordenadas páginas de ese gran libro del pasado, tan perdido en la obscuridad de aquellas lejanas épocas, como los primeros días de la creación.

El *Ramascirón* de los egipcios, las leyendas de *Izdubar*, el *Zend-Avesta* de Zoroastro, los *Vedas* de la India, el *Ramayan*, y el *Maharabata*, ¿qué otra cosa son que bellísimas tradiciones coleccionadas y escritas, y qué otro fundamento tienen, lo mismo que el *Génesis* de Moisés, que la tradición?

¿Ó vamos, acaso, á conceder la revelación divina para una raza privilegiada, para el pueblo hebreo tan sólo, y se la negaremos al resto de la humanidad?

El *Ramascirón* está formado por una serie

de inscripciones geroglíficas, grabadas por los sacerdotes de este templo en sus múltiples columnas, relatando las hazañas de Ramsés el Grande; el *Maharabata* es una gran epopeya nacional índica, anterior 1.000 años al nacimiento de Cristo, y en la que se refieren los hechos del joven Ariuna, protegido de Dios; los *Vedas* se componen de libros antiquísimos, escritos por los patriarcas de la India quince siglos antes de la era vulgar, en cuyas páginas han ido escribiendo diferentes generaciones de sacerdotes la historia de la creación, las tradiciones de su pueblo, sin variante alguna, y los hechos de sus Reyes más famosos, siendo guardados fielmente tan preciosos documentos por los Branmas á la curiosidad de los profanos; el *Zend-Avesta* está escrito por Zoroastro sesenta siglos, según unos, y ciento veinte, según otros, antes de nuestra era, y viene á constituir un grandioso poema en que Ormud (Dios) revela á su elegido Zoroastro el orden del universo, la senda del bien y del mal y las leyes porque el hombre ha de regirse.

Y aun cuando la tradición, según las palabras de César Cantú, acumula en torno de estos poemas y leyendas, hechos en extremo lejanos y distintos, y que *la demasiada luz confunde en*

vez de aclarar; aun cuando las confusiones, que por todas partes surgen á nuestra vista, imposibilitan la investigación concreta é indubitable de la verdad, no por eso dejan de ser compulsados esos libros antiquísimos por todos los historiadores y por sabios dignos de respeto, que acuden á beber en tan rico manantial, para escribir la historia de aquellos pueblos, por más que se funden en la tradición, única fuente que le es dado consultar, para conocer hechos acaecidos en tan remotas edades.

No cabe duda alguna. Las tradiciones existen y vivirán eternamente y eternamente estarán unidas á la historia de todos los pueblos, mereciendo ser respetadas como las mismas creencias religiosas de esos pueblos, porque unas y otras se han trasmitido de padres á hijos, hasta que las primeras fueron escritas viniendo á constituir la historia, y las segundas se elevaron á preceptos, constituyendo, á su vez, un verdadero código moral.

Negar que la tradición ejerce un papel importante en nuestra historia patria, es negar el amor que el hombre consagra á los gloriosos recuerdos de sus antepasados, es negar ese impulso misterioso en que fundamos nuestra fe y nuestras creencias religiosas, es negar la existencia

de cuanto no podemos ver y tocar con nuestros ojos y nuestras propias manos, y es, en fin, la negación más completa del Génesis de Moisés y de todas esas Biblias admirables, escritas por los sacerdotes y legisladores de la antigüedad.

VII

CONCLUSIÓN

Todos cuantos esfuerzos se realicen para esclarecer las sombras en que aparecen envueltos ciertos acontecimientos, como los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra, son siempre dignos de aplauso y merecen el apoyo de cuantos se interesen porque brille la luz en donde sólo vemos un caos, en medio del cual se pierde la verdad; pero preciso es reconocer que Maşdeu, Cavanilles y otros críticos é historiadores no han estado muy acertados en lo que al *tributo* de las cien doncellas se refiere, y que más bien acumulan sombras, que desvanecen dudas.

Y en verdad, que no debe extrañarnos tal conducta, pues si hombres tan respetables po-

nen en duda la veracidad de algunas tradiciones, otros muchos no sólo dudan, sino que acriminan con sus burlas á los partidarios de estudios prehistóricos, calificándoles de visionarios y de locos, cuando son dignos de respeto y consideración esos fervientes apóstoles de una nueva ciencia, que tanta luz ha derramado sobre las espesas brumas en que aparecen envueltas las primitivas evoluciones del planeta que habitamos, y las primeras fases de la historia del hombre en este planeta.

Pero cada día que transcurre es un nuevo triunfo para esos sabios eminentes y una terrible derrota para sus escépticos detractores, que niegan la edad de piedra y que rechazan las tradiciones que no se hallan conformes con su apasionado criterio, sin tener en cuenta que no deben buscarse tan sólo en los archivos y bibliotecas los testimonios más auténticos de la historia de los pueblos.

La ciencia prehistórica es de tanta importancia y está hoy en día tan reconocida su inmensa utilidad, que cuenta entre sus adeptos á muchos hombres eminentes, dignos de respeto por su saber, á prelados ilustres y sacerdotes católicos, que se dedican al estudio de lo que constituye la base más firme de la historia del hom-

bre, y es, además, protegida por naciones tan cultas como Bélgica, Francia é Italia, cuyos museos paleontológicos encierran verdaderas maravillas, preciosas colecciones de animales fósiles, desconocidos en la actualidad, é instrumentos de pedernal que demuestran la existencia de esa edad de piedra, que los incrédulos conceptúan como un mito.

Pues bien, tan inconcebible como esta negación, es la del *tributo de las cien doncellas* por aquellos mismos que conceden entero crédito al coro de ángeles que entonaba alabanzas ante los restos mortales del Rey D. Alfonso el Casto.

Pero, no por esas negaciones debemos de desmayar los que afirmamos la existencia de ese feudo, como no desmayan los partidarios de la ciencia prehistórica cuando se ven burlados por especuladores de mala ley que les venden falsos objetos procedentes, en apariencia, de aquellas remotas edades, proporcionando así gran regocijo y satisfacción á los escépticos, y como tampoco desmayan esos sabios orientalistas que se dedican al estudio fatigoso de las costumbres y de la pasmosa civilización de los egipcios y de los antiguos pueblos de la India, para reconstituir la historia de tan poderosas naciones, por más que se vean engañados con frecuencia por

los árabes, que saben presentarles entre las ruinas y las arenas de los desiertos, ó bajo el fan-goso limo del sagrado río, fingidos enterra-mientos, falsas momias, contrahechos papi-rus, cubiertos de geroglíficos, y multitud de objetos admirablemente imitados, hasta el punto de ha-cer dudar á los más expertos conocedores de estas mistificaciones.

Reasumiendo, pues, y concretándonos á la importante cuestión que tratamos de esclarecer, diremos:

Que, si es verdad que el *tributo* de Maurega-to no aparece consignado por los escritores coe-táneos, preciso es tener en cuenta la reciente invasión agarena, que tan grande perturbación había introducido entre los cristianos de la pe-nínsula ibérica, y que, por esta misma causa, tampoco aparecen consignados otros hechos de no menor trascendencia, como la toma de Lis-boá, acaecida algunos años más tarde, y de la que sólo se tiene noticia por haberla consigna-do los cronistas de Carlo Magno, al enumerar los presentes enviados á este monarca por el Rey de España.

Que aducir, como argumento en contra del *tributo*, el buen nombre de nuestros reyes, que pretenden infamar sin consideración alguna los

enemigos de la monarquía, es ridículo y pueril, porque no puede olvidarse tan fácilmente, que en la historia aparecen, grabados con indelebles caracteres, asesinatos, traiciones, incestos, parricidios y otros crímenes, que dan una triste idea de los monarcas que los perpetraron, dejando como memoria de sus reinados el vergonzoso recuerdo de tanta corrupción y maldad.

Y, por último, que, si humillante es para la memoria de un hombre, aun cuando ostente sobre su cabeza una corona real, el recuerdo de tan afrentoso *tributo*, más humillante resulta que un pueblo, una nación entera, acate sumiso el *derecho de peruada*, concedido á los feudales tiranos de la Edad Media.

Todo esto que en nuestros días conceptuamos denigrante, y que repugna á nuestros sentimientos, era admitido y tolerado en aquella época de vasallaje y de barbarie, de la misma manera que, en pueblos tan civilizados como el de Babilonia, subsistió la inmoral práctica de prostituirse voluntariamente las mujeres, una vez cuando menos en su vida, en el templo de Milita.

Conocidas son, además, las ardientes pasiones de los musulmanes, que conceptúan á la mujer como la hembra destinada á proporcio-

narles en este mundo los placeres que su misma religión les ofrece como premio en la otra vida; conocida es también la dura ley del vencedor en aquellos rudos tiempos de pelea y de conquistas.

¿Por qué, pues, ha de sorprendernos que intentaran introducir en España sus sensuales costumbres, esos hábitos de molicie que son patrimonio de los pueblos orientales, y que trataran á los españoles con toda la soberbia del conquistador?

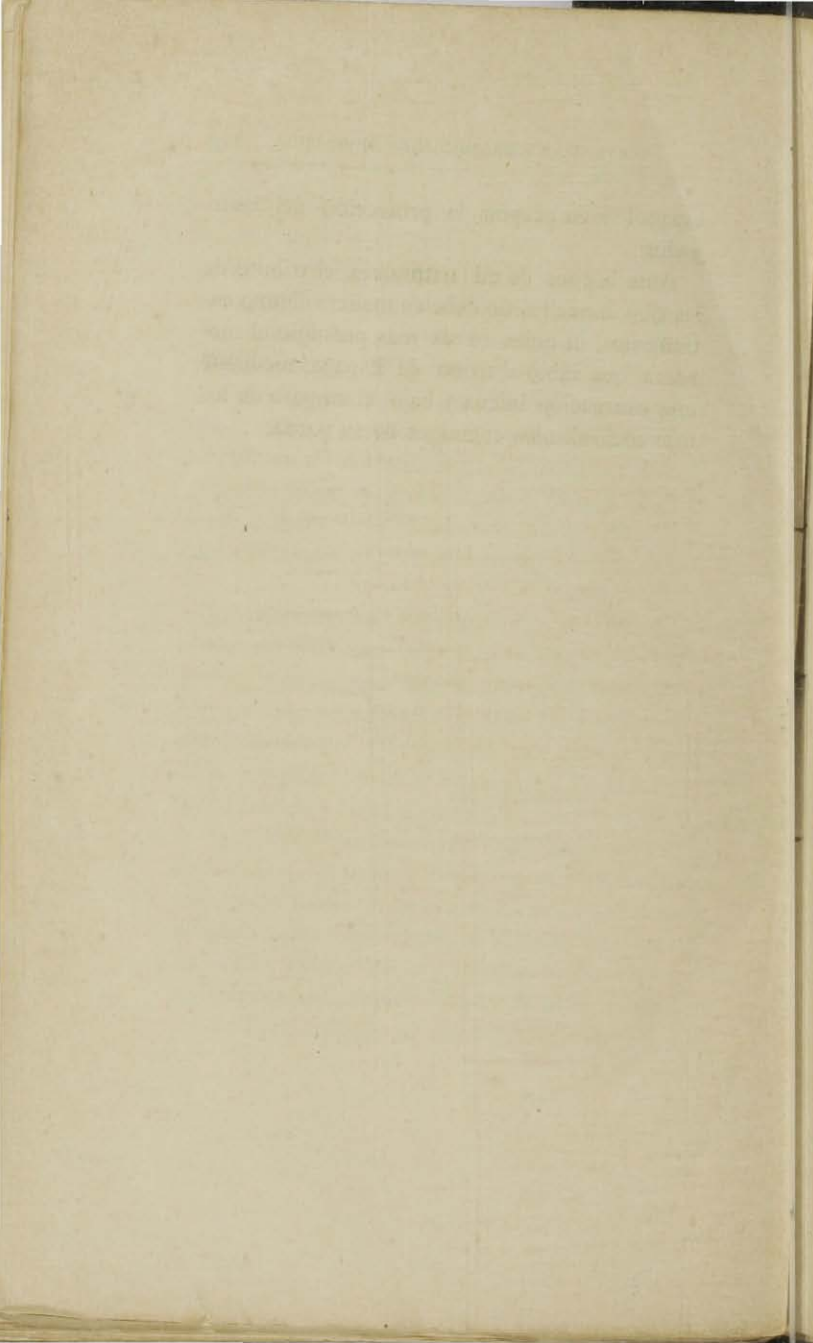
El mismo Abderrhaman, al propio tiempo que dirigía todos sus esfuerzos á constituir en la península ibérica un gran Califato independiente del de Damasco, procuró también, por cuantos medios le sugería su indisputable génio político, anular el espíritu indómito é independiente de la raza goda, allí en donde no logró extender el dominio de sus huestes vencedoras, ya apelando á los casamientos de damas cristianas con los principales caudillos moros y magnates de su corte, ya, al comprender la repugnancia de los españoles de cumplir lo pactado por Aurelio, aprovechando la primera ocasión propicia, cual fué la ayuda y protección solicitada por el usurpador Mauregato, para imponer el vergonzoso tributo de las cien doncellas.

Este denigrante feudo fué impuesto, además, por la fuerza de las circunstancias, y los españoles no tardaron en rebelarse contra lo que conceptuaban como humillante afrenta y tiránica imposición, haciendo contraste esta viril protesta con el voluntario ofrecimiento de las mujeres de Babilonia, confirmado por escritores dignos de crédito, por más que un hecho de tal naturaleza sólo pueda concebirse como una aberración de la inteligencia humana, contraria á todos los sentimientos que el amor de la familia despierta en el hombre y en la mujer.

Ya sabemos que nos lanzarán su anatema los fanáticos defensores de ciertas instituciones, porque con nuestros argumentos manchamos la memoria de un monarca español; pero nosotros somos de los que creemos que, por muy purificada que pudieran dejar la memoria de Mauregato, borrando hasta el recuerdo del *tributo de las cien doncellas*, no por eso lograríamos arrancar del gran libro de la historia patria los indelebles caracteres con que en él están grabadas la infame traición del Conde D. Julián, en aquella lejana época, ni la vergonzosa y cobarde abdicación de Fernando VII, en la nuestra, que no duda en entregar al extranjero el territorio

español, y en aceptar la protección del usurpador.

Ante hechos de tal naturaleza, el tributo de las cien doncellas no debe en manera alguna extrañarnos, ni quita ni da más prestigio al monarca que subió al trono de España, mediante una usurpación inicua y bajo el amparo de los más encarnizados enemigos de su patria.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN.....	V
<i>Fernán Ioanes</i> (episodio histórico).....	11
<i>La leyenda de Torrenovaes</i> (leyenda).....	23
<i>Fundación de la villa portuguesa de FREIXO DE ESPADA CINTA</i> (episodio histórico).....	45
<i>El último señor de Milmanda</i> (idem).....	61
<i>Una terrible justicia del Rey Alfonso VIII</i> (tradición)	75
<i>Juan de Novoa</i> (episodio histórico).....	97
<i>Santa María de Tentudía</i> (tradición).....	115
<i>El Cid Campeador</i> (apuntes históricos).....	129
<i>El tributo de las cien doncellas</i> (juicio crítico).....	143

ERRATAS NOTABLES

PAG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
36	13	—Reinó	Reinó.
37	6	—Quedóse	Quedóse
40	3	encontaba	encontraba
68	22	pelean-	peleando
70	1. ^a	represalias	represalias
»	10	descontendo	descontento
104	7	orguloso	orgullo.

